

Que aunque con ellos venimos
Nunca de ellos fuimos fámulos.
Sólo sabemos que ese
Hombre de buen talle y garbo
Que á la doliente señora
Tomó altivo entre sus brazos,
Por sus demás compañeros
Es con respeto tratado.
—¿Y su nombre, no sabeis?
—Ninguno ha movido el labio
Durante nuestra jornada,
Ni nadie á nadie ha nombrado.
—¿Y la mujer?—Con el rostro
Siempre encubierto, llorando
Vino por todo el camino
Sumida en mortal quebranto.
Y es tal el miedo que muestra,
Tan grande su sobresalto,
Que á juzgar por lo que sufre
Y al considerar sus hábitos,
Monja creí que sería
Arrebatada del claústro,
O novicia que conducen
Al convento mal su grado.»
Esto dijo el mozo al Cura
Y este se tornó despacio
A su punto de partida
Dó estan los recién llegados.

CII

La tapada.

COBRÓ alientos Dorotea
Al ver que el Cura llegaba,
Y acercándose á la triste
Que está en su silla sentada,
Y que muestra en su apostura
El gran dolor que la embarga,

Con generosos intentos
Le dirigió la palabra
Diciendo:—¿Qué mal sentís,
Señora, que en tristes ansias
Aquí silenciosamente
Sufrís sin decirnos nada?
Si padecéis, y yo puedo
Remediar vuestra desgracia
Tened por cierto y seguro
Que lo haré de buena gana.»

Calló la jóven, y aquella
Á quien van encaminadas
Sus frases, bajó la frente
Vertiendo en silencio lágrimas.
Y como compadecida
Dorotea, se empeñaba
En renovar sus ofertas
Procurando consolarla,
Levantóse el embozado
Que diz que en los otros manda
Exclamando:—No os canséis,
En decir ni ofrecer nada
Á esa mujer cuya boca
Mil viles mentiras manchan.»

—Nunca las dije, contesta
Sollozando la tapada;
Que por no ser mentirosa
Hoy sufro desdicha tanta.
Y de esta verdad que os hablo
Testigo es Dios, que declara
Á voces, vuestra falsía
Y de mentiroso os tacha.»

Esto dijo la doliente
Recien venida en voz alta,
Y Cardenio que la escucha
Desde la vecina estancia
Dando un gran grito, al instante:
—¡Ay! válgame el cielo! exclama,
¿Qué voz es esa que llega
Á mi oído y á mi alma?»

Volvió la cabeza al punto
La que tanto se recata,

Y no encontrando al que dijo
Las anteriores palabras,
Quiso ver el aposento
En donde Cardenio estaba;
Mas no pudo conseguirlo;
Que el caballero le ataja
La acción y el paso, diciendo:
—¿Dónde vais, desventurada?
—Ya lo veis, responde ella;
Y de su rostro se escapa
El tafetán que encubría
Su hermosura sobrehumana,
Con lo cual todos lograron
Ver juntos en una cara
La esplendidez de los cielos
Que inspira ventura y calma,
Y las nubes de las penas
Que el más puro cielo empañan.

CIII

La voz del honor.

Aquí nos cuentan las crónicas
Cosas tan inesperadas
Y tan graves, que no puede
El ROMANCERO callarlas.
Dicen que la hermosa jóven
Por desasirse pugnaba
Del tirano que la tiene
Asida de las espaldas;
Mas á la vez que esto hizo,
Queriendo de allí arrancarla,
No advirtió que se caían
Los embozos de su capa.
Vióle el rostro Dorotea,
Y al mirar toda turbada
Que D. Fernando, su esposo,
Era el hombre que abrazaba

Á la otra mujer, un grito
Del fondo de sus entrañas
Arrancó, y súbitamente
Cayó al suelo desmayada.
Recogióla entre sus brazos
El Barbero, que allí estaba,
Y el Cura quiso en el rostro
Echarle un poco de agua,
Quitándole el rebocillo
Con que su faz ocultaba.
Conocióla el caballero,
Que perdió toda su calma,
Y Cardenio, que oyó el grito
Que Dorotea lanzara,
Creyendo que era Luscinda
La que triste se quejaba,
Abrió la puerta furioso
Y presentóse en la sala.

Viéronse los dos rivales
Frente á frente, cara á cara,
Y al punto se conocieron
Llenos de enojo y de saña.
—¿Luego sois vos? dice el pobre
Cardenio, con voz turbada:
¿Vos que teneis en los brazos
Á la mujer que yo amaba?
—Sí soy, dice D. Fernando;
Yo que castigo á la ingrata
Que jurando ser mi esposa
Á tal promesa me falta.
—¿Y qué hicisteis de la vuestra?
Replica aquel en voz alta;
¿Qué hicisteis de esa infelice
Que esposa vuestra se llama?
Si asaltando un aposento
Dais anillos y palabras
Y tomáis vuestras esposas
Ante una imagen sagrada,
¿Cómo, después, á Luscinda
Exigís que satisfaga
Un juramento imposible
Sabiendo bien á quien ama?

—¿Y así, miserable, osais
Hablarne?—Justo, así os habla
Quien vive falto de juicio
Siendo vos, de ello la causa.
El náufrago que se ahoga
Sin hallar flotante tabla,
Hasta á la mísera espuma
Desesperado se agarra.
Si la espuma se deshace
Como una ilusión liviana,
Él pide al cielo un milagro
Desde el fondo de su alma.
Náufrago yo en el gran piélago
De mis penas y mis ansias,
Por punto de apoyo os pido
Que cumplais vuestra palabra.
Si la cumplís, Dorotea
Será lo que Dios os manda,
Y vos podreis devolverme
Á mi Luscinda adorada.
Mas si obrais de otra manera
No cesará la borrasca,
Siendo vos la blanca espuma
Que entre mis manos deshaga.
Y si al deshaceros vamos
Juntos al fondo del agua,
Cúbranos la misma ola
Que tumba común nos guarda.»

Esto dice el buen Cardenio
Sin saber lo que se habla,
Y Don Fernando furioso
Requiere al punto la espada.
Ambos matarse desean,
Ambos de cólera estallan,
Clavándose mutuamente
Centelleantes miradas.
Y ya á venir á las manos
Están, si no los separan,
Cuando la hermosa Luscinda
De esta manera les habla:
—Dejad, dejad, caballeros,
Á un lado vuestra arrogancia,

Que amigos fuísteis un día
Y es la amistad dulce y santa.
Nunca el rencor acibare
Recuerdos puros del alma
Ni rompan manos viriles
Lazos que formó la infancia.
Y vos, noble D. Fernando,
Que oyendo estais mi plegaria,
No desoigais á los cielos
Pues por mis labios os hablan.
Por desusados caminos
Dios á Cardenio me manda,
Y él es mi único esposo
Pues desde niña le amaba.
Yo soy yedra de ese muro
Que fortalece mi alma;
No intentéis de él apartarme
Con promesas ni amenazas.
Ved quien sois; mostraos magnánimo;
No mateis mis esperanzas,
Ó arrancádmelas del pecho
Clavando en él vuestra espada.»

Volvió en esto Dorotea
En sí, y derramando lágrimas
Puso en tierra ambas rodillas
Y dijo toda turbada:
—Si los rayos que despide
La hermosura soberana
Del sol que en los brazos tienes
No cegaron ya tu alma,
Bien verás que soy la humilde
Labradora desdichada
Que por tu gusto quisiste
Levantar á altura tanta
Que pudo llamarse tuya
Fiándose en tus palabras.
Tú sabes que era inocente,
Honesto, pura y honrada,
Y si aquí me trajo el cielo
No vine por sendas malas.
Por tí sepulté á mis padres
En hondo mar de desgracias;

Por tí perdí sus amores
Y el regalo de mi casa.
Tú sabes que mi entereza
Sucumbió á tus asechanzas,
Y que si accedí á tus ruegos
Mi deshonor no buscaba.
Si esto es así, ¿por qué ingrato
Como cristiano no pagas
Lo que el caballero quiso
Exigir en hora infausta?
Yo soy tuya, y tú eres mío;
¿Por qué mi dicha dilatas
Y en esposa no conviertes
Á la que hiciste tu esclava?
Mira bien, que si Luscinda
Por sus padres obligada,
Te dió un *sí*, fué un *sí* sacrílego
Que no salió de su alma.
No es válido un matrimonio
Que la víctima rechaza:
Recuerda lo que decía
Esa infeliz en su carta.
Si hoy tu nobleza te mueve
Á tenerme por villana,
Piensa que el ser virtuoso
Á la nobleza aventaja.
Tú me juraste amor tierno,
Y si á ello, injusto faltas,
Aunque de mí te apartáres
Yo iré do quiera que vayas.
Seré la voz que tus sueños
Turbe, la imagen tirana
Que avasalle tu conciencia
Y te eche en rostro tus faltas;
Y muriéndome de pena
Rogaré á Dios que te haga
Derramar sobre mi tumba
Una compasiva lágrima.»

Estas y otras cosas dijo
Dorotea, y era tanta
Su aflicción, que conmoviendo
Á todos los que allí estaban,

Incluso al desengañado
Y atónito Sancho Panza,
Hizo que en su tierno llanto
Los demás la acompañaran.
Y fué tal el dulce influjo
Que ejercían sus palabras,
Que D. Fernando le dijo:
—Basta, Dorotea, basta,
Venciste, tú eres mi esposa,
Ven, que mis brazos te aguardan.
Si mi amor propio ofendido
Pidió un instante venganza,
Ya con tus labios hermosos
La voz del honor me habla.
Menguadas preocupaciones
De tí ya no me separan,
Que la más alta nobleza
Comienza por la del alma.
Yo te engañé y te seduje
Al verte tan pura y casta;
Baste hoy á redimirme
El amor que me consagra.
Sea Luscinda de Cardenio,
Pues tanto los dos se aman;
Que yo á ese triste perdono
Sus injurias y amenazas.»

Esto D. Fernando dijo,
Y Luscinda desalada
Corrió á estrechar en sus brazos
Al que en los suyos la ampara.
Luego, puestos de rodillas
Ambos, besando las plantas
De Fernando y Dorotea,
Humildes les dan las gracias;
Y poco después el Cura,
El Barbero, las muchachas,
El ventero, la ventera,
Cuantos allí se encontraban,
Maravillados del caso
Celebráronle á sus anchas. (21)

CIV

Decepciones.—Pena de Sancho.

MIENTRAS que todos reunidos
Llenos de satisfacción
Se daban cuentas recíprocas
De cuanto les sucedió
Antes de ir á la venta
Donde acabó su aflicción,
Sólo Sancho se mostraba
Lleno de inmenso dolor
Escuchando sus historias
Con grandísima atención.

Contó la bella y discreta
Dorotea, cómo halló
En el Cura y el Barbero
Dulce amparo y protección.
Dijo cómo vió á Cardenio
En la Sierra; y con primor
Contó cuanto concernía
Al ilustre campeón
Don Quijote de la Mancha
Á quien ayuda pidió.

Holgóse mucho de oír
Tan gallarda relación
Don Fernando, que á su vez
Sus aventuras contó
Diciendo, que mal guiado
Por un falso pundonor
Robó á la pobre Luscinda
Del convento en que ella entró.

— Mas ya, por fin, añadía,
He conocido mi error,
Y todos somos felices;
Demos las gracias á Dios. »

No pudo Sancho sufrir
Aquel suplicio feroz

Que le arrancaba de cuajo
Su más dorada ilusión,
Y alejándose, más muerto
Que vivo, en el cuarto entró
De su amo, que entreabría
Sus ojos á la sazón.

Miróle Sancho con pena,
Y luego triste exclamó:
—Bien puede, vuesa merced,

Mi venerado señor
Triste Figura, dormir
Aunque sea un año ó dos,
Sin cuidarse de matar

Á ningún gigante atroz,
Ni de volver á la infanta
Al reino Micomicón,
Puesto que ya todo queda
Hecho, y todo se acabó.

—Eso mismo pienso, Sancho,
Dice el hidalgo con voz
Reposada; que ahora mismo
Acabo de tener yo
Con el gigante malvado,
De sus desdichas autor,
La más tremenda batalla
Que atónito el mundo vió.
Tan sólo de un golpe fiero...
¡Qué golpe aquel! ¡zas! ¡qué horror!

Le derribé la cabeza
Como si fuese un melón
Arrancado de su tallo;
Y de su cuello salió
Tanta sangre, que corría
De ella un arroyo veloz
Tan largo, que parecióme
De agua.—Diréis mejor
De vino tinto, que eso
Es todo lo que pasó.
Porque ha de saber la vuesa
Merced, valiente señor,
Que el gigantazo que ha muerto
Es un cuero ¡vive Dios!

Y la cabeza cortada
La... madre que me parió.
—¿Qué hablas? ¿estás en tu seso?
—Levántese, voto á brios,
Y verá bien el recado
Que ha hecho; verá el valor
De lo que pagar debemos;
Verá y veremos los dos,
A la reina convertida
En una dama de pró,
Que se llama Dorotea
Yo no sé por qué razón.
Verá en fin tales sucesos
Que han de admirarle.—Eso no,
Que ya nada me sorprende
Estando en este mesón,
Castillo, venta ó guarida
De duendes; y pues que soy
Tan desgraciado, que ahora
Todo eso aconteció,
Dame mis ropas, buen Sancho,
Prevén mi lanza y trotón,
Que quiero ver por mis ojos
Lo que alcanza mi valor.»

CV

Ligerezas escuderiles.—Enojos de Don Quijote.

PREVENIDO Don Fernando
Está ya por Dorotea
De la constante manía
Que el juicio al hidalgo altera.
Conoce el plan que fraguaron
Para llevarle á su aldea,
Y está conforme en que acaben
La ya comenzada empresa.
—Seguid haciendo de infanta,

Dice riendo de veras;
Que á mí nunca ha de dolerme
Que mi mujer reina sea.
Venga, pues, el caballero
Flor de la gente manchega;
Que yo tendré mucho gusto
Al hallarme en su presencia.

—¿Sí? pues ahí le teneis,
El señor Cura contesta
Viendo que está Don Quijote
Junto al quicio de la puerta.

Armado de punta en blanco
Con sus trebejos se ostenta
Y la abollada vacía
Tiene sobre la cabeza.
Trae al cinto su tizona,
Empuña el lanzón su diestra
Y con marcial apostura
Dice al fin á Dorotea:

—Según, señora, me ha dicho
Mi escudero, ya la vuestra
Grandeza se ha aniquilado;
Vuestro sér deshecho queda,
Y de reina que soliádes
Ser, ó de infanta ó princesa,
Os habeis agora vuelto
En particular doncella.
Si esto ha sido por mandato
De aquel rey mago que fuera
Vuestro padre, y eso quiere
Por abrigar la sospecha
De que yo no os dé la ayuda
Que os conviene y él desea,
Yo vos digo que él no sabe
Ni de la misa la media,
Y que jamás ha leído
Historias caballerescas.
Si de mi valor se duda,
O se duda de mis fuerzas,
Yo os juro que tengo alientos
Para mayores empresas.
Vencer á un vil gigantillo

Por arrogante que sea,
No es cosa del otro jueves,
Ni es alzar arcos de iglesia.
No há muchas horas que yo
Me ví con él... tente lengua,
Que el tiempo todo lo aclara
Y al fin las verdades muestra.
—El gigante que vos visteis,
Gritó el ventero con muestras
De gran furor, son dos cueros
Que en cueros á vos os vean.»

Hizo callar Don Fernando
Al huesped con una seña
Y Don Quijote prosigue
Hablando de esta manera:
—Digo, en fin, desheredada
Señora, que aunque por mengua
Mia vuestro augusto padre,
Así os *metamorfoséa*,
No le deis crédito alguno;
Seguid bajo mi tutela,
Y yo os pondré, aunque gigantes
Por todas partes nos lluevan,
El cetro en las blancas manos,
La corona en la cabeza.»

Guardó el hidalgo silencio,
Y la hermosa Dorotea,
Que ya obtuvo de su esposo
El permiso y aquiescencia,
Con gravedad y donaire
De este modo le contesta:
—Quien quiera que os haya dicho,
Valerosísimo atleta,
Que yo estoy aniquilada
Y no soy lo que antes era,
De seguro se equivoca
Y no os dijo cosa cierta.
Yo soy la misma de antes,
Con sola la diferencia
De ser hoy más venturosa
Que ayer, y estar más contenta.
En vuestro brazo invencible

Tengo mi esperanza puesta:
Volved á mi padre el crédito
Y no dudeis de su ciencia.»

No bien escuchó el hidalgo
Tan terminante respuesta
Se volvió á Sancho y le dijo
De su furor dando muestras:
—Ahora te digo, Sanchuelo,
Que eres bellacuelo y bestia,
Y que ya con tus sandeces
Acabaste mi paciencia.
Dime, ladrón, vagabundo,
Hijo vil de una... cualquiera,
¿No me dijiste hace poco
Que esta señora princesa
Trastrocada se veía
En una tal Dorotea?
¿No me afirmaste, bellaco,
Que la disforme cabeza
Que entiendo corté al gigante,
Sólo en tu concepto era
La madre que te parió,
Con otras mil cosas necias
Que en confusión me pusieron
Por creer en tu simpleza?
¡Voto á bríos, que estoy por darte
Una lección tan severa
Que no quede de escuderos
Falsos, memoria en la tierra!»
—Vuesa merced se sosiegue,
Señor mio, y tenga flema,
Dice Sancho, que yo pude,
Y esto lo digo de veras,
Engañarme en lo que atañe
Á la señora Princesa.
Mas en cuanto á los pellejos
Digo que la cosa es cierta,
Y que allá dentro los vide
Del lecho á la cabecera,
Como vendrá á demostrarlo
Cuando presente la cuenta
El señor ventero; y digo

Que si sigue nuestra Reina
Siendo tal, de ello me alegro,
Porque espero mucho de ella
Y mi parte ha de tocarme
Cuando conquiste su tierra.

—Ahora te digo que eres
Un mentecato, un babieca;
Con que.... perdóname y basta.
—Basta; Sancho le contesta.

Y en tanto al buen Don Quijote
Agasajan y rodean
Todos los que bien le quieren
Y sus méritos ponderan.

CVI

Los que vienen y se irán.

No va en busca de aventuras
Por sendas y encrucijadas,
El valiente caballero
Don Quijote de la Mancha.
No va en busca de aventuras,
Pues ellas múltiples, varias,
Parece que á verle vienen
Atraídas por su fama.

Nuevos personajes llegan
Á la venta afortunada
Como figuras que salen
De alguna linterna mágica.
Sin llamarlos aparecen,
Sabrosos cuentos relatan,
Se juntan, se reconocen,
Vienen, van, lloran ó cantan.

Según sucede en el mundo,
En procesión ordenada
Llegan todos los viandantes
Que luego siguen su marcha.
Y la venta los recibe

Y la venta les halaga,
Sólo el ventero conoce
La cuenta de los que pasan...!

CVII

Llegada del cautivo y de su hermosa compañera.

Los primeros caminantes
Que después de los sucesos
Anteriormente narrados
En la puerta aparecieron,
Fué un hombre que conducía
Sentada sobre un jumento
Á una mujer á quien trata
Con amor y con respeto.

Por sus trazas y su traje
Muestra ser cristiano viejo
Que procedente de tierra
De moros, á España ha vuelto.
Casaca de paño trae
Aunque está falta de cuello,
Y alfanje morisco pende
Del tahalí que lleva al pecho.
La mujer, á la morisca
Viste también, y cubierto
Su rostro está só la toca
En que envuelve sus cabellos.
Bonetillo de brocado
Corona el busto soberbio,
Y una almalafa la cubre
Hasta los pies desde el cuello.

Pidió el hombre, que parece
De ademán franco y resuelto,
Un cuarto, y al contestarle
Que no había un aposento
Desocupado, mostró
Gran pesadumbre por ello.

Tomó no obstante en sus brazos
Y apeó con mucho tiento
Á la mora, que guardaba
Un religioso silencio.

Rodeáronla al instante,
Con el curioso deseo
De ver el traje morisco,
Que era para todas nuevo,
La ya dichosa Luscinda,
Que al lado está de Cardenio,
La ventera con su hija
Y Maritornes, y luego
La discreta Dorotea,
Que con generoso intento
Dirigiéndose á la mora
Dijo:—No os cause despecho,
Señora mía, la falta
De mejor alojamiento;
Que si de pasar gustáredes
La velada al lado nuestro,
Por lo menos hallareis
Cariñoso acogimiento.»

No desplegó la embozada
Sus labios, si bien dió luego
Muestras de su cortesía,
Con poner sobre su pecho
Ambas manos, inclinando
Su cabeza y todo el cuerpo.

Luego se acercó el cautivo,
(Pues cautivo fué en efecto)
Y dijo:—No os extrañéis
Al observar su silencio;
Que esta doncella, señoras,
No conoce más dialecto
Ni más lengua que la suya
Aunque hoy lo sienta en extremo.
Así, pues, si algo teneis
Que mandar, podeis hacerlo,
Puesto que yo desde ahora
Ser su intérprete os ofrezco.
—Sólo, señor, le decíamos
Que un grande placer tendremos

En que pase con nosotras
La noche en paz y sosiego;
Que si nos falta regalo
Para honrar al extranjero
Y servir á una mujer,
Queda al menos el deseo.»

Estas palabras Luscinda
Dijo, y el cautivo haciendo
Un reverente saludo
Se lo agradeció en extremo.
Preguntóle Dorotea
Si era cristiana.—Va á serlo
En breve, pues aunque mora
Es hoy en traje y en cuerpo,
En el alma es gran cristiana
Y bautizarse es su anhelo.
—¿Y cómo ya no lo hizo?
—Porque hace muy breve tiempo
Que de Argel, su patria y cuna
Salió, y aun no pudo hacerlo
Con el cuidado y decencia
Y todo el recato honesto
Que por su clase merece,
Aunque aquí nos esteis viendo
En el traje que ella viste
Y en el tosco que yo llevo.»

Con estas razones puso
Gana en todos los que oyéndolo
Están, de saber su historia;
Mas pedirle no quisieron
Que la contase, juzgando
Que no era ocasión de hacerlo.
Tomó entonces Dorotea
De la mano con afecto
Á la mora, y á su lado
Hizo que tomase asiento.
Rogóle que se quitara
El embozo, y ella viendo
Que el cautivo le explicaba
En árabe, los deseos
De los demás, y añadía:
—Podeis acceder á ello,»

Descubrió tan peregrina
Hermosura que sin miedo
De mentir, la declararon
Tan hermosa como un cielo.
Con su esplendente belleza
Sólo competir pudieron
La esposa de Don Fernando
Y la mujer de Cardenio.
Y es fama que Don Quijote
Dijo para su coletó:
—Después de mi Dulcinea
No he visto nada tan bello.
Aquí están reproducidas
Juntas bajo un mismo techo
Las tres olímpicas gracias
Que asombro del mundo fueron.
Con la sola diferencia,
Y lo alabo por honesto
Y por decente, que estotras
No se presentan en cueros.»

CVIII

Las armas y las letras. (Discurso de D. Quijote.)

MIENTRAS cuecen las viandas
Y se prepara la cena,
Entre todos los presentes
Las pláticas se renuevan.
Quiso saber D. Fernando
El nombre de la extranjera
Y el cautivo le responde:
— Su nombre, señor, es *Lela*
Zoraida.—No, no *Zoraida*,
Maaría, repuso ella.

Con tan ferviente entusiasmo
Dió la mora su respuesta,
Y repitió el dulce nombre

De María con tan tierna
Devoción, que el mismo Cide
Hamete, leal confiesa
Que algunos vertieron lágrimas
Al notar su fe sincera.

Llegaba en esto la noche,
Y como todos tuvieran
Ganas de cenar, pusieronse
En derredor de una mesa,
Que era como de tinelo
Por lo larga y por lo estrecha;
Pero resolvióse antes,
Como grave cuestión previa,
Que ocupase D. Quijote
El sitio de preferencia.

Quiso excusarse el hidalgo
Con muy corteses maneras,
Mas hubo pluralidad
De votos, y al fin acepta,
No sin disponer primero
Que estuviese á su derecha
La infanta Micomicona
De quien es guarda y defensa.
Luego Luscinda y Zoraida
Al lado de Dorotea
Se sentaron, y frontero
De las tres, también se sientan
Don Fernando, el fiel Cardenio,
El cautivo y los que restan,
Mientras que el Cura y maese
Á las señoras se acercan.

De este modo satisfechos
Y ufanos, con ansia asedian
Á los platos y al vinillo
Que los sentidos alegra;
Mas fué mayor su contento
Y más grata su sorpresa
Al ver que el hidalgo iba
Á pronunciar una arenga.
—Silencio! dijeron todos,
Y él alzando la cabeza,
Con voz grave y reposada

Les habló de esta manera:
—Bien mirado, amigos míos,
Es cosa grande y soberbia
Cuanto ven los caballeros
Que mi noble orden profesan;
Sinó ¿cuál de los vivientes
Que de luengos reinos venga,
Al pisar hoy los umbrales
De esta altiva fortaleza
Podrá creer que nosotros
Somos quien somos? ¿Quién fuera
Capaz, por mucho talento
Y mucho ingenio que tenga,
De adivinar que ahora mismo
Está sentada á mi diestra
Esta señora, que todos
Sabemos que es una reina,
Y que yo que la protejo
Soy aquel que con llaneza
Á sí mismo se ha llamado
Con rarísima modestia
Caballero de la Triste
Figura? ¿Quién, que no sea
Malandrín y mentiroso,
Podrá decir que no rueda
De boca en boca mi fama,
Mi valor de lengua en lengua?
¡Noramala para cuantos
Hacernos creer desean
Que á las armas aventajan
Nunca las humanas letras!
Un guerrero, un gran caudillo,
No ha menester sólo fuerzas,
Necesita grande ingenio
Para el ataque y defensa.
Por las armas se consigue
Que haya paz sobre la tierra;
Esa paz hija del cielo
Que el señor nos recomienda.
Un estudiante padece
El horror de la miseria,
Pues siempre fué patrimonio

Del talento la pobreza.
Mas al fin alguno se alza
Hasta do llegar desea,
Y más de cuatro, en harturas
Sus horribles hambres truecan.
No así el soldado, señores;
No así el soldado que lleva
Consigo, sus privaciones
Y el destino de la guerra.
Él sufre más que otro alguno
Del tiempo las inclemencias;
Él duerme en el duro suelo,
Pagando culpas ajenas.
Tiene que ser esforzado,
Frugal, prudente, sin mezcla
De temor á la traidora
Bala que á nadie respeta...
¡Oh! maldito el que inventara
Esa vil pólvora negra
Que al tímido y al valiente
Iguala, cobarde y ciega!
Por esto, señores míos,
Mi orden caballeresca
Es doblemente difícil
De cumplir en esta época.
Por eso, digo y repito,
Que llevan la preeminencia
Las armas, cuando se trata
De las armas y las letras.
Y si no estáis convencidos
Con lo que ya dicho queda,
Escuchad otras verdades
Que no tienen menos fuerza.»
Esto dice el buen hidalgo,
Y otro dircurso enjareta
Tan nutrido de razones
Que á todos pasmados deja.

CIX

Donde el cautivo comienza su historia.

POR cesión que Don Quijote
Á fuer de galante hizo,
Su propio camaranchón
Quedó destinado y listo
Para alojar á las tres
Mujeres; con lo cual vino
Tácitamente á acordarse
Que se quedaran reunidos
Los hombres aquella noche
Todos en un mismo sitio.

Una vez dispuesto esto,
Que aceptar les fué preciso,
Viendo que la noche es larga
Y que son pocos y míseros
Los lechos, con grandes muestras
De atención y de cariño,
Que les contase su vida
Suplicaron al cautivo.
—Poco gusto habrá de daros,
Él respondiéndoles dijo;
Mas no ha menester de súplicas
Quien se honrará con serviros.
Sabed, pues, que en las montañas
De León, tuvo principio
Mi linaje, con quien fué
Más liberal el destino
Que la fortuna, pues siendo
Mi país un tanto mísero
Aún alcanzaba mi padre
Cierta fama de hombre rico.
Habiendo sido soldado
Fué á la vez tan desprendido
Que su prodigalidad
Le hizo temerse á sí mismo.

Para no verse arruinado
Quiso hacer un sacrificio
Apartándose prudente
De lo que daba incentivo
Á sus gastos, entregando
Una parte á cada hijo.
Éramos tres y reuniéndonos
Cierta día, conmovido
Nos dirigió estas palabras
Que jamás pondré en olvido:
—«Ya sabéis, hijos del alma,
Que el mayor defecto mio
Es el ser tan dadivoso
Como gastador sin tino.
Por no derrochar lo vuestro
Toda mi hacienda divido
En cuatro partes iguales,
De las que tres os dedico,
Quedándome yo con una
Que guardaré precavido
Porque posible me sea
Vivir en lo sucesivo.
Y puesto que ya contáis
Al empezar un arrimo,
Tiempo es ya de que penséis
En seguir algún camino
Que acrecentar os permita
Vuestro bien que tanto ansío.
Á la edad habéis llegado
En que todo joven digno
Debe en estado ponerse
Y elegir algún oficio.
Así, pues, os aconsejo,
Y con afán os lo exijo,
Que dentro de un plazo breve,
Consultando vuestros juicios,
Me digáis la ocupación
Que cada cual ha elegido.
Hay un refrán en España,
Y yo por bueno lo admito,
Que nos dice: *Iglesia ó mar*
Ó Casa Real; y es lo fijo

Que el que quisiere valer
Y alcanzar fama de rico,
Ser eclesiástico debe,
Ó navegar con el título
De comerciante, ó entrar
De sus reyes al servicio;
Porque más vale migaja
De Rey, y á mi vez lo afirmo,
Que mercedes de señor,
Sea quien fuere; y esto os digo
Porque por mi voluntad
Yo os inclinara, hijos míos,
Á que el uno de vosotros
Fuese letrado instruido,
Otro mercader, y otro
Militar, que no os es lícito
Aspirar á tener plaza
Dentro del palacio mismo,
Y al fin el ir á la guerra
Es prestar al Rey servicio.
Que si allí el provecho es poco
Y es el trabajo excesivo,
Al menos se adquiere gloria
Con la fama de atrevido.
Este es, pues, mi pensamiento,
Que juzgo bueno y legítimo:
Decidme si estáis conformes
Ó si os violento al decíroslo.
Esto nos dijo mi padre;
Y siendo yo el mayor hijo
De los tres, á responderle
Me invitó al instante mismo.
Hícelo yo, suplicándole
Que no hiciese el sacrificio
De privarse de sus bienes;
Y asociándome sumiso
Á sus prudentes deseos,
Que también eran los míos,
Díjele que me inclinaba
Á seguir el ejercicio
De las armas, con lo cual
Le llené de regocijo.

Mi segundo hermano, luego
Vino á decirle lo mismo,
Pero al notar que mi padre
Estaba ya decidido
Á vender su hacienda y darnos
Una parte á cada hijo,
Escogió el irse á las Indias
Llevándose en un navío
La suma que le cupiese,
Trocada en varios artículos
De comercio, que pudieran
Reportar provechos lícitos.
El menor de mis hermanos,
Más discreto y precavido
Que ninguno, habló el postrero
Tomando el mejor camino.
Dijo que encontrar quería
En la Iglesia santo abrigo
Ó acabar en Salamanca
Estudios que en ésta hizo.
Mucho se holgó nuestro padre
De escuchar cuanto dijimos,
Y traspasando su hacienda
Prontamente á un nuestro tío,
Vino á entregarnos la parte
Que nos había ofrecido.
Dióme, pues, tres mil ducados
En metálico efectivo;
Mas al dármelos pensé
Que él era viejo enfermizo,
Mientras que yo rebosaba
De vida, salud y bríos.
Le ví pobre de ilusiones,
Me hallé de esperanzas rico,
Y al oír en mi conciencia
La voz del filial cariño,
Le dejé dos mil ducados
De los tres mil que eran míos,
Y partí feliz, poniendo
Otros mil en mi bolsillo.
También mis buenos hermanos
Le dieron notable auxilio;

No tanto cual yo, pues eran
Más costosos sus oficios.
Y así quedó mi buen padre
Sólo, mas no desvalido,
El día que al separarnos
Oró, lloró, y nos bendijo.

CX

Sigue la historia.

—HACE ya veintidos años,
Dijo el cautivo con pena,
Que dejé mi amada casa
Y no he vuelto á entrar en ella.
Veintidos años, señores,
Que al abandonar mi tierra,
Me recibió en Alicante
Una nave genovesa.
Desde entonces, muchas veces
Escribí cartas diversas
Á mi padre y mis hermanos,
Mas nunca obtuve respuesta.
¡Sabe Dios si viven ellos,
Si muerto me consideran,
O si cual lo fué la mia
Su fortuna ha sido adversa!
Yo sólo sé, y al decirlo
Torno á reanudar la cuenta
De mis sucesos, que al cabo
Llegué á la ciudad de Génova:
Pasé á Milán, y comprando
Armas, y algunas preseas
Militares, del Piamonte
Busqué la ruta directa.
Camino de Alejandría
De la Pulla, tuve nuevas
De que el gran Duque de Alba
Estaba en tierra flamenca.

Mudé al punto de propósito,
Partí á Flandes, hice guerra
Bajo el mando de Don Diego
De Urbina, y tales proezas
Debí hacer, que me nombraron
Alférez de aquellas fuerzas.
Súpose entonces que el Papa
Se ligaba con Venecia
Y con España, ganoso
De castigar la soberbia
Del Turco, que con su armada
Ganó á Chipre; y como fuera
Nombrado Don Juan de Austria
Para dirigir la empresa
De castigar á los turcos
Que ya tan potentes eran,
Sentí ganas de tomar
Parte en tan árdua contienda.
Incorporéme en efecto
Al ejército que lleva
Don Juan; y en la Real armada,
Más bien por bondad ajena
Que por mis merecimientos,
Tuve la grata sorpresa
De ascender á capitán
De infantería. Esta prueba
De amor de mis superiores
Hizo mi alegría inmensa;
Y fué mayor todavía
Al hallarme en la refriega
Naval, do el turco domados
Vió su orgullo y su insolencia;
Pues vencido, mostró al mundo
Que ya invencible no era.
¡Mas ¡ah! que todo mi júbilo
Se convirtió en honda pena
Y toda mi buena suerte
En la desdicha más negra!
Era la hora en que el triunfo
Á los cristianos alienta
Mientras que los enemigos
Pierden sus últimas fuerzas.

Era el instante anhelado;
La ocasión grande y suprema,
En que quince mil cautivos
Cristianos, libres se vieran.
Sus manos alzan al cielo
Y su libertad celebran;
Todos allí son dichosos.
Aunque en el combate mueran.
Pues al fin mueren luchando
Por su Dios y sus banderas.
Sólo yo; yo sólo tuve
Triste fin en la sangrienta
Jornada; yo sólo esclavo
Me ví por mi mala estrella,
Cuando más por mis acciones
Algún triunfo mereciera!
Fué el caso, señores míos,
Que el Uchalí, Rey de Argelia,
Embistió á la capitana
De Malta, do sólo quedan
Con vida tres caballeros
De cuantos iban en ellas.
Acudió la que mandaba
El célebre Juan Andrea,
Donde iba yo; y abordando
Á la enemiga galera
Vencedora, salté sólo,
Sin lograr que me siguieran
Mis soldados, pues al punto
Se desvió con presteza
La embarcación de Uchalí
Que salvó su escuadra entera!
Me ví sólo, abandonado (23),
En poder de la caterva
Furiosa, que deseaba
Vengar en mí sus afrentas.
Luché con todos frenético;
Mas al fin, falto de fuerzas,
Lleno de heridas atroces,
Me ví entre fuertes cadenas.
Desde entonces he sufrido
Toda clase de miserias,

Todo género de duelos,
Todas las mayores penas.
Atado al remo he seguido
Las mayores peripecias
De cien combates marítimos
Y he visto alzar mil trincheras.
Cuatrocientos mil alárabes
Cercaron á la Goleta
Y al Fuerte que junto á Túnez
Don Juan de Austria construyera,
Y en el cual tan sólo había
Siete mil hombres de guerra
Españoles, tan valientes
Como lo indica la cuenta
De haber quedado trescientos
Casi sin vida y sin fuerzas,
Tras de veintidos asaltos
Que los pusieron á prueba.
Yo los ví; los ví cautivos,
Domados, sí, mas no muerta
Su bravura; que allí estaba
Junto á Don Juan Zanolguera,
Caballero valenciano
Que honró á España y á Valencia,
Don Pedro Puertocarrero
General de la Goleta,
Y Don Pedro de Aguilar
Que con las musas conversa,
Y otros cuyo nombre omito
Por abreviar mi tarea.
Tomado por fin el fuerte
Y arrasada la Goleta
Regresé á Constantinopla
Con mi amo y sus galeras,
Siempre manejando el remo,
Siempre llorando mis penas.
Y así pasaban los años
Sin llevar de ellos la cuenta;
Que aquel que vive muriendo
Ya no repara en las fechas.
Llegó sin embargo un día
En que Uchalí dió á la huesa

Sus restos, y adjudicado
Al punto fui á manos nuevas.
Heredóme un renegado
Llamado Azanaga, y era
Tan rico, que Rey de Argel
Logró ser por sus riquezas.
Vine, pues, con él, contento
Á su Reino, porque esta
Tierra de Argel, se encontraba
De mi dulce patria cerca
Y escaparme era más fácil
De servidumbre tan fiera.
Ah! sin duda quiso el cielo
Que yo abrigase esa idea,
Pues allí encontré á Zoraida
Mi adorada compañera.
Por ella mi horrible lucha
En calma feliz se trueca;
Ella mi fé fortalece
Alumbrando mi existencia;
Ella me vuelve á mis láres
Pues torno á España por ella.
Ved, señores, si le debo
Eterna correspondencia.»

CXI

La caña benéfica.

—No es posible que yo os cuente,
Siguió diciendo el Cautivo,
Todos los grandes sucesos
De que en Argel fui testigo.
Sólo diré que, encerrado
Con otros, me ví en un sitio
Que los moros llaman baño
Siendo un patio reducido.
Allí apartados estábamos
Por ser los más preferidos

De los moros, que aguardaban
Sacar rescates magníficos.
No me valió asegurarles
La escasez de mis arbitrios,
Que al saber que capitán
Era, me creyeron rico.
Vime, pues, dentro del baño,
Con muchos nobles y dignos
Caballeros que llevaban
Como yo puesta al tobillo
Una cadena de hierro
Que era un triste distintivo.
No hay que decir que pasábamos
Hambre, y que faltos de abrigo
Nuestra desnudez hacía
Más doloroso el martirio.
Pero lo que más llorábamos
Era el saber que el inicuo
De nuestro dueño Azanaga
Era cruel por instinto.
No pasaba un sólo día
Sin que el cobarde asesino
Empalase algún cristiano
Ó ahorcase á un pobre cautivo.
Sólo libró bien con él,
Y esto de saberse es digno,
Cierto soldado español,
Jóven, pero ya tullido,
Llamado tal de Saavedra; (24)
El cual, con las cosas que hizo,
Que quedarán en la mente
De todos los argelinos
Grabadas por muchos años,
No halló en él jamás castigo,
Si bien procuró escaparse
Cien veces; grave delito
Que con su vida pagaban
Otros; *y si fuera lícito*
Referiros algo de
Lo que este soldado hizo,
Parte fuera á entreteneros
Y admiraros; mas prosigo

Con el cuento de mi historia
Que ya abreviar es preciso.
Digo, pues, que sobre el patio
De mi tristísimo asilo
Daban algunas ventanas
De la casa de un vecino
Que era un moro principal
Excesivamente rico.
Eran más bien que ventanas
Agujeros guarnecidos
De apretadas celosías
Y de hierros espesísimos.
Nunca en tales agujeros
Muy grande atención pusimos;
Mas un día en que me hallaba
Yo sólo con tres amigos,
Pues al trabajo los otros
Cristianos habían salido,
Acertamos á observar
Que desde un ventanillo
De aquéllos, salió de pronto
Una caña, y luego vimos
Que en su punta estaba atado
Un trozo de lienzo fino.
Blandeábase la caña
Con movimientos continuos
Como si nos invitase
Á llegar hasta aquel sitio.
Al ver esto, un compañero
Acercóse precavido,
Mas levantóse la caña
Moviéndose de improviso
De un modo que parecía
Hacer signos negativos.
Fué un segundo compañero
Y le sucedió lo mismo;
Y fué el otro, finalmente,
Que no sacó más partido.
Viendo yo lo que ocurría
Quise probar mi destino
Y al acercarme á la caña
Á mis pies caer la vimos.

Desaté al instante el lienzo
Y hallé en él, todo aturdido,
Diez moneditas de oro
Que me alegraron muchísimo.
Rompí en seguida la caña
Y subiendo al terradillo
Donde antes nos hallábamos
Una blanca mano vimos
Que se abría y se cerraba
En señal de despedirnos.
Al ver esto, imaginamos
Que era mujer quien me hizo,
(Pues á mí se dirigía),
Semejante beneficio;
Y al ver una cruz de caña
Que salió del ventanillo
Con la misma mano de antes,
Al punto nos persuadimos
De que era alguna cristiana
Cautiva; mos como el brillo
De sus ajorcas de oro
Y su brazo alabastrino
No eran las prendas más propias
Del cautiverio sombrío,
Tan confusos nos quedamos
Que, sin poder formar juicio,
Su aparición bendiciendo
Por milagro la tuvimos.

CXII

Zoraida.—Carta morisca.

—DESPUÉS de mil conjeturas
Y diligencias distintas
Que hicimos, para saber
Si en aquella casa habita
Alguna mujer cristiana,
Ya renegada ó cautiva,

Sólo averiguar pudimos
Que el moro que allí vivía
Llamábase Agimorato,
Hombre de muy grande estima
Por los cargos que ejerciera
Y los bienes que tenía.

Poca luz seguramente
Nos daban tales noticias;
Mas el tiempo y la fortuna
Nos las dieron más precisas.
Una vez, estando el baño
Sin gente y yo en compañía
De aquellos tres camaradas
De antes, ví en la ventanilla
Otra caña y otro lienzo
Que llamarnos parecía.
Para probar si uno solo
Alcanza la buena dicha,
Ó si ésta indistintamente
En cualquier otro se fija,
Fueron mis tres compañeros
Uno tras otro en la misma
Forma que la vez primera;
Mas la caña se retira
Y solo al verme debajo
Vino á decir que era mía
Doblegándose y cayendo
Á mis pies como rendida.
Desaté inmediatamente
El nudo, y ví con delicia
Cuarenta escudos de oro
Y una misteriosa epístola
Que no entendí, porque estaba
En lengua arábica escrita,
Si bien á su fin ostenta
Una cruz en vez de firma.

Besé la cruz, guardé alegre
Los escudos, ví la misma
Mano que nos saludaba;
Y haciendo la cortesía
Profunda, que los moriscos
Lllaman zalema, mi dicha

Hice ver, no con palabras
Sino apelando á la mímica
Y al lenguaje de los ojos
Que tantas cosas explican.
Finalmente, dí á entender
Que aquel escrito leería,
Y al cerrar el ventanillo
Aquella mano bellísima,
Que nos saludó de nuevo,
Fué tanta nuestra alegría
Como nuestra confusión
Viendo que era tan supina
Nuestra ignorancia en el árabe
Que ninguno lo entendía.

Tuve, pues, que descubrirme
Á un renegado que iba
Á vernos algunas veces
Al baño, y que yo creía
No renegado de veras;
Sino sólo con la mira
De fugarse, abandonando
Aquellas gentes impías.
Díjele que aquel papel
Lo encontré en mi rancho un día.
Y él, aunque un tanto dudoso,
Me lo tradujo en seguida.
Casi todas sus palabras
Tengo en mi memoria escritas,
Ved, si en ello no os molesto,
Lo que el escrito decía:

«Cuando yo era niña
Tenía mi padre
Una buena esclava
Que en la lengua árabe
Me mostró la zala
Cristianesca, hablándome
Muchísimas cosas
De la Lela Marien.
Murió la cristiana,
Y sé que no arde
En el fuego eterno,

Pues se fué al instante
Con Alá, y la he visto
Hasta mí allegarse
Dos noches, de gozo
El alma llenándome.
Ambas veces vino
Tan sólo á indicarme
Que á tierra cristiana
Emprenda un viaje,
Pues allí la hermosa
Dulce Lela Marien,
Que me quiere mucho,
Diz está esperándome.
No sé como vaya;
Que aunque he visto antes
Desde el ventanillo
Que á ese baño cae,
Á muchos cristianos,
Ninguno, ni nadie
Cual tú, me parece
De noble linaje
Ó buen caballero
Á quien confiarme.
Yo soy muy hermosa,
Y buena y amable,
Y tengo dineros
Muchos que llevarme.
Mira tú, si logras
Empresa tan grande
Y allá mi marido
Serás si te place;
Mas si no quisieres
Poco ha de importarme;
Que la buena y santa
Noble Lela Marien
Hará que con otro
Al punto me case.
Yo escribí esta carta,
Mira á quien das parte
De su contenido,
Y de moros guárdate.
Todos son *marfuces*; (25).

No te fies de nadie,
Que si lo que intento
Cuentan á mi padre
Me echará en un pozo
Con piedras cegándole.
Yo pondré en la caña
Un hilo en que ates
Aquella respuesta
Que tú quieras darme.
Si á mano no tienes
Alguno que hable
Y escriba en arábigo,
Sin ser un infame,
Bien puedes por señas
Connigo explicarte,
Que la buena y dulce
Noble Lela Marien
Hará que te entienda;
Así Ella te guarde
Y esa cruz que beso
Con labios amantes
Según la cautiva
Me mandó besase.»

Tal es, señores, la carta
Que Zoraida me escribía
Y que fué feliz comienzo
De mi amor y de mi dicha.
Dicha y amor, que los hados
Turbaron con saña impía;
Pero que no desaparecen
Mientras mi Zoraida viva.»

CXLIII

Entrevista.

DESPUÉS de una pausa breve
Siguió el cautivo diciendo:

— Llegó á ser tal nuestro júbilo
Al ver la carta que os dejó
Transcrita, que el renegado
Se puso al punto en lo cierto
Rogándonos que contáramos
Con él; y diciendo esto
Nos enseñó un crucifijo
Que llevaba sobre el pecho
Y que besó muchas veces
Con religioso respeto.
Dijonos con muchas lágrimas
Y con persuasivo acento
Que su afán más grande era
Volver de la Iglesia al gremio,
Lo cual él conseguiría
Si aceptábamos los medios
Que la autora de la carta
Nos proponía; y haciéndonos
Mil súplicas, prometía
Ayudarnos y ponernos
En camino de escaparnos.
Y fueron tales sus ruegos
Que nos forzó á ser veraces
Al ver su arrepentimiento.
Contámosle la aventura
De las cañas y los lienzos,
Y tanta fe demostraba
Que aumentó el júbilo nuestro.
Contestamos á la mora
Celebrando sus proyectos
De ir á tierra de cristianos;
Y yo, á fuer de caballero,
Le prometí ser su esposo
Consagrándole mi afecto.
También le ofrecí el apoyo
De todos mis compañeros,
Y bendiciendo á la Virgen
Que tan santos pensamientos
La inspiraba, dejé á cargo
Suyo, el demandar del cielo
Que encaminase su espíritu
Al logro de mis deseos.

Dos días que tardó el baño
En verse casi desierto,
Tardó en mostrarse la caña
Con su respectivo lienzo,
Donde hallé cincuenta escudos,
Que aumentaron mi contento.
Até al hilo, que venía
De la caña en el extremo,
Mi billete, y por la noche
Vino el renegado á vernos
Y á decirnos, que en la casa
Contigua, vivía el viejo
Agimorato, que era
Riquísimo por extremo,
Y el cual tenía una hija
De rostro tan hechicero
Que en su hermosura no entraba
Humano encarecimiento.»

Llenáronme estas noticias
De feliz desasosiego,
Pues deseaba reunirme
Al ángel de mis ensueños.
Así, pues, mis camaradas
Y yo, tuvimos consejo
Para ver cómo podríamos
Realizar nuestros intentos.
Nada entonces resolvimos
Esperando los consejos
Que nos diera en otra carta
Mi dulce adorado objeto.
Pasaron dos ó tres días,
Vino un escrito en efecto
Y en él me dijo que estaba
En darme muchos dineros
Para que nos rescatásemos
Y libres al fin nos viéramos.
Hizolo así, nos dió miles
De escudos, con los que luego
El astuto renegado
Compró una barca, fingiendo
Que quería dedicarse
Con cierto moro al comercio.

El precio de los rescates
Dimos á otro amigo nuestro,
Mercader y valenciano
Que entró en tratos con mi dueño.
Finalmente nuestra bella
Mora, me anunció que presto
Iba á pasar unos días
Con su padre, en cierto ameno
Jardín donde me esperaba
Si estaba libre y dispuesto
Á verla. Fuese; buscamos
Doce valientes remeros
Españoles, que debían
Secundar nuestros intentos
En hora determinada
Guardando en tanto el secreto.
Recibíome el renegado
En su barca, y fuíme luego
Al jardín en donde mora
La mora que ver deseo.
Hallé á su padre, que afable
Se me mostró satisfecho
Al decirle que yo era
Esclavo de un moro viejo
Grandísimo amigo suyo,
Que me enviaba por ciertos
Frutos y yerbas; creyóme,
Y después de unos momentos
Ví delante de mis ojos
Un sol, que dejóme ciego.
Era mi amada Zoraida
Que avanzó con pie ligero
Sin cuidar de recatarse
Del esclavo nazareno.
Su hermosura y gentileza,
Su talle breve y esbelto,
Su gallardo y rico adorno,
Pintaros ahora no puedo.
Sólo diré, que más perlas
Tenía sobre su cuello,
Más joyas sobre su frente,
Más aljofar entre el pelo,

Más diamantes en sus manos
Y en su airoso pie pequeño,
Que en sus trenzas abultadas
Hebras de sutil cabello.

No bien se acercó á nosotros
Dijo el moro:—Este que vemos
Es esclavo de un amigo
Y parece mozo atento.

Miróme Zoraida entonces
Y con notable despejo,
Valiéndose de un lenguaje
Sacado de cien dialectos,
Que allí para hablarse usan
Naturales y extranjeros,
Me preguntó si yo era
En mi patria caballero.

—Sí, lo soy.—¿Pues cómo entonces
No te rescatas?—Lo he hecho.

Y para mostrar, señora,
Que me estimaba mi dueño,
Os diré que me ha exigido
Un rescate harto soberbio.

—Si tú fueras de mi padre,
No te diera yo por menos,
Que vosotros los cristianos
Venís pobreza mintiendo.

—Nunca mentí, ni á ninguno
Engañaré.—Lo celebro.

¿Y cuándo te vas?—Mañana
En cierto bajel velero
De Francia, que hacía ella parte.

—¿Y no te parece cuerdo
Esperar que vengan barcos
De España, y irte con ellos,
Mejor que con los franceses
Que no son amigos vuestros?

—Tanto, señora, me aqueja
El impaciente deseo
De verme en tierra cristiana
Con personas que bien quiero,
Que cada día que pasa
Me parece que es eterno.

—Sin duda estarás casado
Allá en tu tierra, y por eso
Tienes de llegar á ella
Tan exagerado anhelo.

—No soy casado, señora,
Mas dada palabra tengo
De casarme en cuanto pise
De mi amada patria el suelo.
—¿Es tan hermosa la dama
Con quien tienes ese empeño?
—Tan hermosa, que por darla
Mayor encarecimiento,
Diré que á tí se parece
En lo cual ando bien cierto.

Rióse el moro al oírme
Y dijo:—Mucho celebro
Tu fortuna, que mi hija
Es, y en nada la pondero,
La más hermosa criatura
Que hoy existe en este reino.
Mírala bien y verás
Que no me engaña mi afecto.

Así me habló Agimorato;
Mas llegó un moro corriendo
Y díjole á grandes voces
Que cuatro turcos protervos
Acababan de escalar
Las altas tapias del huerto
Y andaban merodeando
Sabrosa fruta cogiendo.

Sobresaltóse el anciano;
De Zoraida el rostro bello
Palideció, pues los moros
Tienen á los turcos miedo.
—Bien está; vete, hija mia,
Á encerrarte en tu aposento,
Que no quiero que te vean
Esos maldecidos perros,
Mientras que yo voy á hablarles
Y á ver si se marchan presto.
Y tú, cristiano, tus yerbas
Busca, y guárdente los cielos

Para que á tu patria llegues
Feliz, como yo deseo.»

Yo me incliné, demostrando
El más profundo respeto;
Mas no bien nos vimos solos
Zoraida y yo, con acento
Triste, y derramando lágrimas
Ella me habló en estos términos:

—Con que es verdad *arnexí*,
(Cristiano) que estás resuelto
Á partir?—Sí, mas no sólo,
Pues que te vengas intento.
Vendré por tí el primer *juma*,
Y solamente te ruego
Que no te asustes ni aflijas;
Que á tierra cristiana iremos.»

Esto dije, y fué tan grande
Su emoción, tal su contento,
Que sin saber lo que hacía
Me echó los brazos al cuello.
Y vino á darme esta muestra
De amor y júbilo inmenso,
En un instante tan crítico
Que pudo sernos funesto.
Pues su padre, que volvía,
Vió su acción, quedó suspenso
Y apretando luego el paso
Acercóse allí colérico.»

CXIV

Astucia mujeril.

—No se sorprendió Zoraida
Ni dió de asustarse muestras,
Antes bien dando un indicio
De la mujeril destreza,
Aferrándose á mi cuello
Quedó asida con más fuerza.

Dobló un poco las rodillas,
Dejó caer su cabeza
Sobre mi pecho, y sus párpados
Entornó, como si fuera
De un fuerte desmayo víctima
O de negro pavor presa.
Conocí su intento al punto
Y á mi vez fingí que era
Involuntario el empeño
Que ponía en sostenerla.
Llegó su padre, y solícito
Saber el motivo intenta
Del accidente, mas viendo
Que nada responde ella
Tomándola entre sus brazos
Dijo:—Sin duda la nueva
De haber entrado esos canes
Le ha causado esta molestia.
Al decir esto, su frente
El anciano padre besa,
Y ella, exhalando un suspiro,
Dijome al verme tan cerca:
—*Arnexi, cristiano, vete;*
Vete, arnexi.—No eres cuerda
Al echarle, dice el padre,
Que el pobre no te hizo ofensa
Alguna, y sólo esos turcos
Fueron causa de tu pena;
Mas ya son idos y debes
Estar tanquila y contenta.
Y tú, cristiano, no tomes
Disgusto, ni nunca creas
Que fué á tí; sino á los turcos
Á quien despedía ella.
—Ellos, señor, dije entonces,
Turbáronle las potencias;
Mas pues dice que me vaya,
Es justo que la obedezca.

CXV

Rapto y fuga.

—QUEDÉ en volver otro día
Á buscar frutas ó yerbas
Para lo cual el buen moro
Me dió afable su licencia.
Tomé bien, cuando salía,
Del bello jardín las señas,
Y observé con gran sigilo
Todas sus fáciles sendas,
Las entradas y salidas
De la casa, y cuanto era
Menester á mis proyectos
Y al buen logro de mi empresa.
Volvi á ver al renegado
Que en su barcaza me espera
Y le pinté mi fortuna
Y mi amorosa impaciencia.
Luego, hicimos los aprestos
Necesarios, con cautela
Y actividad, y pasados
Los breves días que restan
Y que siglos me parecen,
Llegó aquel viernes, que era
Norte de mis esperanzas
Y término de mis penas.
Avisé á mis doce hombres
Y á mis amigos que anhelan
Venirse conmigo á España;
Y antes de cerrar las puertas
De la ciudad, nos salimos
En medio de las tinieblas
De la noche, procurando
Ganar del mar la ribera.
Guiónos hasta su barca
El renegado que en ella

Entró, gritando en morisco:
—Ninguno de aquí se mueva
Si no quiere que le cueste
La vida»; y como le vieran
Blandir su terrible alfange
Y nosotros con gran priesa
Luego el bajel invadimos,
Los moros que en él se encuentran
Desarmados ó dormidos,
Sintieron tanta sorpresa
Y temor, que maniatarse
Por los cristianos se dejan.
Logrado el primer intento
Compartimos nuestras fuerzas
Y al jardín nos dirigimos
Do estaba Zoraida bella,
Sin hallar en parte alguna,
La más leve resistencia.
Al llegar junto á la tapia
Se abrió obediente una puerta,
Y avanzamos cautelosos
Por la más cercana senda.
Llegamos al edificio
Donde ya Zoraida puesta
Estaba en una ventana;
Y no bien nos sintió ella
Nos preguntó en voz muy baja
Lo que más saber desea,
Es decir, si *nazaroni*
Es la gente que se acerca.
Dije que sí y que bajase,
Y al conocerme, tal priesa
Se dió á hacerlo, que un instante
Después, ya estaba en la puerta.
La vimos tan rozagante,
Tan hermosa, tan espléndida
En galas, tan bien vestida,
Que no puedo encarecéros la.
Besé su mano con júbilo,
Hiciéronle igual ofrenda
Los demás, y el renegado
Preguntó en morisca lengua

Si allí su padre se hallaba.

—Está, y duerme, dijo ella.

—En ese caso, es preciso

Despertarle, y que se venga

Con nosotros, sin que quede

Olvidada su riqueza.

—Eso no, dijo Zoraida,

Mi buen padre aquí se queda

Sin que nadie en este mundo

Á tocarle osado sea.

En esta casa no hay cosa

Que yo al marchar no os ofrezca,

Pues lo que me llevo es tanto

Que sereis ricos de veras.»

Dijo, y entrando de pronto

En la casa, salió de esta

Después, trayendo en sus manos

Que á un gran peso se doblegan,

Un cofrecillo repleto

De oro, y de él nos hizo entrega.

Ibamos á retirarnos

Todos, mas la suerte adversa

Hizo que se despertase

Agimorato, y que viera

Que andaban allí cristianos;

Y fueron tan descompuestas

Sus voces apostrofándonos

De ladrones, que por fuerza

Fué necesario adoptar

Alguna medida extrema.

Subió, pues, el renegado

Con otros, y con violencia

Amenazando matarle

Si quiere mover la lengua,

Con un pañuelo en la boca

Y un cordel en las muñecas

Le hicieron venir al punto

De Zoraida á la presencia.

Al verlo, apartó sus ojos

La atribulada doncella,

Y él á su vez de los suyos

Tierno llanto vertió al verla.

No era tiempo sin embargo
Para escuchar sus querellas,
Y hácia la barca nos fuimos
Con prudente ligereza.
Mis doce españoles bogan,
Y al alejarnos de tierra
Queda libre Agimorato
De sus ligaduras fieras.
Entre tanto su hija llora
Y con grande afán me ruega
Que deje á su padre libre
Si no quiere que ella muera.

No es prudente todavía
Hacer lo que ella desea;
Mas yo le ofrezco y le juro
Dejar á su padre en tierra.
Mientras tanto, el desdichado
Moro, que á su hija observa,
Viendo que está entre mis brazos
Y que un rico traje ostenta,
Lugar ofrece en su pecho
Á la duda y la sospecha.
—¿Cómo estás así vestida,
Dice, si anoche dispuesta
Á retirarte á tu cuarto
Llevabas ropas caseras?
Esto el padre preguntaba,
Y luego al ver con sorpresa
En un lado de la barca
El cofrecillo, con lengua
Más turbada y temblorosa,
—¿Cómo á tu lado se encuentra,
Volvió á decir, ese cofre
Que al jardín no condujera
Mano alguna por mandato
Mio? ¿á qué viene y qué encierra?
Oh! decídmelo vosotros
Ya que no responde ella.»

Contestóle el renegado
Sin aguardar la respuesta
De Zoraida, y con sosiego
Hablóle de esta manera:

—No inútilmente te canses
Con preguntas indiscretas,
Que yo con pocas palabras
Puedo bien satisfacerlas.
Tu hija viene con nosotros
Muy feliz y muy contenta
Porque ser cristiana quiere
Allá en la española tierra.
—¿Es verdad eso, Zoraida?
Respóndeme y no me tengas
En la horrible incertidumbre
Que me agobia y me atormenta.
¿Es cierto, cual me aseguran,
Que ser cristiana deseas
Y que en manos de estos hombres
Á tu pobre padre entregas?
—Es cierto, señor, responde
Con voz triste la doncella;
Mas aunque cristiana soy,
No quise causarte afrenta
Ni daño; sólo tú bien
Y el mio, busco en la tierra.
—¿Y qué bien con eso alcanzas?
—Eso, le replica ella,
Pregúntalo á Lela Marien
Que te dará la respuesta.»
Apenas hubo escuchado
Esto el moro, con presteza
Tal, que nadie contenerle
Pudo, ni pensar siquiera
Lo que iba á hacer, como un rayo
Se arrojó al mar de cabeza.»

CXVI

La maldición del moro.

—«VIENDO caer á su padre,
Llena de mortal congoja

Arrojó Zoraida un grito
De esos que el pecho destrozan.
Mas, por fortuna de todos,
Las huecas y largas ropas
De Agimorato, impidieron
Que le tragasen las olas.

Algo quedó á flor de agua,
Y acudiendo manos prontas,
Al fin logramos asirle
De la almalafa que flota.
Sacámosle medio ahogado,
Y al verle mi pobre mora
Como si ya fuese muerto
Las fuentes del llanto agota.
Pusímosle boca abajo,
Volvió el agua, y luego torna
A recobrar el sentido
Al cabo de media hora.
Trocóse entre tanto el viento
Y á un promontorio que nombran
Los moros la *Cava rumia*,
Y es en la lengua española
La mala mujer cristiana,
Por ser tradición notoria
Que enterrada en aquel sitio
Está la Cava famosa
Que abrió las puertas de España
Á los hijos de Mahoma,
Nuestro bajel empujado
Fué por ráfagas furiosas.
Entonces, buscando abrigo,
Temiendo del mar la cólera,
Allí con fe suplicamos
Á Dios y á nuestra Señora
Que nos prestasen su amparo
Dándonos jornada próspera.

Entre tanto, mi Zoraida
Conmovida y temblorosa
Me suplicó que á su padre
Y á los demás moros ponga
En libertad, pues le duele
La pena que en ellos nota.

Yo lo ofrecí de buen grado;
Y al ver como el tiempo torna
Y cede el viento, y las aguas
Tranquilos espejos forman,
Desatamos á los moros,
Que al verse libres se asombran,
Y uno á uno los pusimos
En tierra que es suya propia
Si bien no están en poblado
Ni hay nadie allí que los oiga
Para venir á ofendernos
Ó á turbar nuestra derrota.
Quedó el padre de Zoraida
El último, y fué tan honda
Su pena, sintió tal rabia
Que, al verse en tierra, con sordas
Voces, gritaba:—Hija ingrata,
Mal aconsejada moza,
¿Dónde vas con esos perros
Qué te engañan y te roban?
Si así marchas por tu grado,
Si así á tu padre abandonas,
No te vas por ser cristiana,
Sino porque allí se gozan
Libertades mujeriles
Que tu religión no abona.
¡Oh! maldita la existencia
Que te di, ¡quiera Mahoma
Pedir á Alá que destruya
El bajel dó vas gustosa!»

.....
Calló el cautivo un instante
Y luego dijo:—Esta historia
Se vá haciendo hartó pesada,
Mas ya falta poca cosa.
Sólo diré que nosotros
Marchábamos viento en popa
Con la vela desplegada,
Mientras el viejo con torba
Faz, se arrancaba el cabello,
Y rasgándose las ropas
Se revolcaba en la arena

Mostrando su ira rabiosa.
Luego, haciendo un poderoso
Esfuerzo, gritó:—Ven, torna,
Hija mía de mi alma;
Deja á esos malditos toda
Mi fortuna; ven, mis brazos
Te esperan, tú eres mi gloria;
Yo perdono tu extravío
Si tú mi furor perdonas.»

CXVII

Fin de la historia del cautivo.

—«EXTINGUIÉRONSE las voces,
Hendió la barca las olas
Y poco á poco, perdimos
De nuestra vista las costas.
Vierte entre tanto Zoraida
Dulces lágrimas copiosas
Y dice:—¡Ay! no, padre mío,
Yo no quise tu deshonra
Ni tu mal, Alá lo sabe
Y hoy te habla por mi boca.
Llévame á tierra cristiana
Una fuerza misteriosa;
Me acompaña Lela Marien.
Bendice ¡oh padre! su obra.

.....
Siguió favorable el viento.
Y de tal manera sopla
Qué creí ver otro día
Mi amada tierra española.
Mas ¡ay! que nunca la suerte
Con nuestro bien se acomoda
Ni la maldición de un padre
Impunemente se arrostra.
Iban ya casi pasadas
De la noche unas tres horas,

La luna resplandecía
Reflejándose en las ondas,
Cuando cerca de nosotros
Vimos la abultada forma
De un bajel que desplegadas
Ostenta sus velas todas.
Quisimos pasar de largo,
Mas se encontraba á tan corta
Distancia, que oir pudimos
Las preguntas enfadosas
Que nos hicieron sus gentes
En lengua francesa.—Importa,
Dijo el renegado entónces,
Que ninguno les responda
Pues sin duda son corsarios
Que hacen cara á toda ropa.

Seguimos este consejo;
Nadie habló, cortó la proa
De nuestro buque las aguas,
Cual ligera gaviota,
Y al deslizarnos gozosos,
Casi cantamos victoria.
Mas no bien nos alejamos
Un poco, vino traidora
Una bala que dió al traste
Con la vela, luego otra
Abrió la barca por medio,
Y al sentir mortal zozobra
Pedimos á grandes voces
Socorro y ayuda pronta.

Amainó el francés, echaron
Su esquife al mar; maniobra
Que duró poco; montaron
En él con armas y antorchas
Doce hombres, y llegando
Hasta nosotros, de forma
Que al punto vieron cuán pocos
Eramos, misericordia
Tuvieron, y nos tomaron
A bordo, echándonos toda
La culpa de aquel suceso,
Por no dar satisfactoria

Respuesta. Entre tanto al verlos
El renegado, con sobra
De prudencia, tiró el cofre
Al mar, y fué meritoria
Su acción, que aunque allí quedaron
El dinero de mi mora,
Y con él la mayor parte
De mil dichas ilusorias,
Tal vez nos salvó la vida
Su resolución heroica.
Los franceses despojaron
A Zoraida de sus joyas,
Y al mar echarnos quisieron
Envueltos en una lona,
Al saber que éramos hijos
De España, tierra que odian
Por seguir ambas naciones
Larga guerra desastrosa.
No quiso aquél que los manda
Hacer tan cobarde obra,
Y contento con llevarse
Las alhajas valiosas
De mi pobre compañera,
Nos dió al divisar las costas
Un esquite con algunos
Bastimentos, y una bolsa
Que entregó á Zoraida en cambio
De lo mucho que le roba.
Dejéronle sus vestidos,
Y por todas estas cosas
Tuvimos que dar las gracias
A los mismos que ocasionan
Nuestro mal; que al fin y al cabo
Libres á España nos tornan.
Remamos toda la noche,
Y al esclarecer la aurora
Pisamos la bendecida
Patria, poniendo en las rocas
Y en la arena, nuestros labios
Que el nombre de Dios invocan.
También Zoraida se puso
De hinojos con fé devota,

Y al llegar á Vélez Málaga
Donde nos pasaron otras
Aventuras que no cuento
Por no alargar más mi historia,
Exclamó al ver en la iglesia
Entre turbada y absorta,
La resplandeciente imagen
De una Virgen milagrosa:
—Yo la he visto en mis ensueños,
Yo la he visto antes de ahora:
Es la santa Lela Marien;
Ella en su seno me acoja.

.....
Tal fué mi vida, señores,
Vida triste y azarosa,
Cuyo porvenir ignoro,
Cuyo presente me agobia.
Sólo voy con mi Zoraida,
Pues ya el renegado goza
Del bien que le dá la Iglesia
Que sus pecados perdona.
Uno de mis compañeros
Halló su familia toda
En Vélez, y los restantes
A sus pueblos se trasportan.
No sé si hallaré en el mío
Alguno que me conozca;
No sé si vive mi padre;
No sé dónde están ahora
Mis hermanos, ni si queda
De su hacienda alguna cosa.
Temo solo por Zoraida
A quien la fe no abandona.
Ved, señores, si es bien triste
Y peregrina mi historia,
Que abrevié por no cansar
Vuestra atención bondadosa.

Calló el cautivo, y al punto
Don Fernando dijo:—Corta,
Señor Capitán, se queda
Para todo el que la oiga
Vuestra relación que encierra

Una suma tan cuantiosa
De méritos y trabajos
Y de sustos y congojas.
Así, pues, aunque no en mucho
Os puedo servir ahora,
Si os place venir conmigo,
Yo tendré por mucha honra
Que el marqués, mi hermano, sea
Padrino de vuestra hermosa
Zoraida: y si vos quereis
Haremos de modo y forma
De que entreis en vuestra tierra
De la manera más cómoda
Que por sus antecedentes
Merece vuestra persona.

Calló don Fernando, y todos
Á sus promesas se asocian,
Incluso el gran Don Quijote
Que oyó en silencio la historia.
Y aquí vuelve Cide Hamete
A lo qué más nos importa,
Hablándonos del hidalgo,
Que una parte activa toma
En otros grandes sucesos
Que ante él se desarrollan.

CXVIII

El oidor y su hija.

Sin duda movidos
Por la oculta mano
De algún sapientísimo
Incógnito mago
Que en la pobre venta
Donde está el hidalgo
Congrega más gente
Que en un gran palacio,
No bien el cautivo

Terminó el relato
De su larga historia
Y dió á Don Fernando
Las gracias por todo,
Cuando allí llegaron
Otros personajes
Tan inesperados
Que el mismo ventero
Se mostró admirado.

Viene en un gran coche
Un señor muy guapo
De altiva presencia
Y ropones largos,
Que consigo trae
Con mucho aparato
Una hermosa joven
De muy pocos años
Bella como un ángel
Del cielo bajado.

El coche rodean
Hombres de á caballo
Que piden posada,
Y como en el acto
Les dice el ventero:
—No puedo alojaros
Por falta de cama
Y falta de cuarto,
Aquellos contestan:
—Preciso es hallarlo;
Que el Sr. Oidor
Nuestro ilustre amo
No habrá de quedarse
Durmiendo en el campo.

Diciendo estas frases
Todos se apearon
Y el señor Oidor
Entróse llevando
Á la joven bella
Á quien dá la mano.
Vióle Don Quijote
Y con eco blando
Díjole:—Bien puede,

Señor magistrado,
Entrar y esparcirse
Tanto como cuanto
Le plazca en aqueste
Poco hospitalario
Y estrecho castillo.
Pues no hay sitio malo
Ni dura estrechez
Que niegue agasajo
Y asilo á las armas
Y á las letras, cuando
Las armas y letras,
Como viendo estamos,
Traen la fermosura
Por espejo mágico.
Ante la belleza
Que venís guiando
Deben los castillos
Abrirse en el acto,
Y los altos montes
Y duros peñascos
Franquearse alegres
Ofreciendo paso.
Éntre, pues, la vuestra
Merced, sin cuidado
En el paraíso
Donde yo me hallo,
Que aquí verá estrellas
Y soles y astros
Que den su compañía
Á ese cielo claro
Que con vos traéis;
Pudiendo afirmaros
Que si vuestras letras
Merecen mil lauros,
Aquí están las armas
En punto muy alto
Y la fermosura
En su extremo máximo.
Calló Don Quijote
Y el Oidor pasmado
Mirando su facha

Se quedó un buen rato.
Mas luego, volviendo
La vista á otro lado,
Quedóse de pronto
Confuso y estático
Mirando allí cerca
Tres rostros humanos,
Que formar parecen
Un fragante ramo
De olorosas flores,
Ó un cielo estrellado.

CXIX

Temores y sobresaltos.

REFIERE aquí Cide Hamete
La admiración extremada
Del Oidor, viendo reunidas
Á Dorotea, Zoraida
Y Luscinda, cuyos rostros
Tanto placer le inspiraban
Como le causó extrañeza
El ver en aquella ingrata
Mansión, tantos caballeros
Ó personas ilustradas
Que afables les recibieron
Con muy corteses palabras.
Esto, y el ver al hidalgo
Que con su figura escuálida,
Tan armado y tan erguido
Y tan satisfecho estaba,
Ostentando en la cabeza
Una bacía abollada,
De confusión y de asombro
Al señor Oidor llenaba.
Nada tiene esto de extraño:
Y á cualquiera le pasara
Otro tanto, mas escrito

Sin duda en el cielo estaba
Que en la venta ocurrirían
Cosas de grande importancia
Que después nos ha traído
De boca en boca la fama.

Sucedió, pues, que tan luego
Como allí el Oidor entrara
Sintió el Cautivo barruntos
Que conmovieron su alma.
Parecióle que en el rostro
Del magistrado encontraba
Del menor de sus hermanos
La más viva semejanza.
Guardó silencio no obstante
Temiendo fuesen fantasmas
De esos que evoca el deseo
Y animan las esperanzas.
Mas viendo que á su aposento
Se fueron las cuatro damas,
Es decir, las tres de antes
Y la bella Doña Clara
(Que así se llama la hija
Del Oidor), lleno de ansias
Mortales, temiendo acaso
Destruir el rico alcázar
De su ilusión con la mano
Misma que lo levantaba,
Preguntó á un mozo de aquellos
Que con el coche llegaran
El nombre del magistrado,
Y cuál es su tierra ó patria.
—Mi amo, señor caballero,
Dijo el criado, se llama
El licenciado Juan Pérez
De Viedma, y en las montañas
De León, está su pueblo,
Del cual á Méjico pasa
Proveído por Oidor
De aquella Audiencia, que es plaza,
Según vos sabréis sin duda,
Magnífica y bien dotada.
No tiene más que esa hija

Que es la niña más bizarra,
Más buena y rica que existe
En todas nuestras comarcas.
Dejóle al morir su madre
Su fortuna; y era tanta,
Que bien puede asegurarse
Que habrá muy pocas tan sanas.

—Bien está, dice el cautivo
Dando al criado las gracias,
Y luego, lleno de gozo,
Llamó aparte sin tardanza
Á Don Fernando, á Cardenio,
Y al Cura, con quienes traba
Conversación, enterándoles
De todo lo que le pasa
Y pidiéndoles consejo
Para el caso en que se hallaba.

Causó admiración á todos
Coincidencia tan extraña,
Mas estuvieron conformes
En buscar el modo y traza
De evitar una sorpresa
Que no fuera pura y grata,
Pues el Cautivo temía
Que su hermano se afrentara
Al verle pobre.—No espero
Una salida bastarda,
Dijo el Cura, que el valor
Y la prudencia resaltan
En su rostro, y este viene
Á ser espejo del alma.
Sin embargo, yo os ofrezco
Hacer la prueba que falta
Para saber si os recibe
Ó no, con buenas entrañas.»

Y aprovechando el momento
En que al señor Oidor sañan
La cena, díjole á este
Cuando aquella vé mediada:
—Por cierto, señor Oidor,
Que al saber que Viedma os llaman
He recordado con pena,

Pues le quise con el alma,
Á una camarada mía
Que el mismo nombre llevaba.
Era un capitán valiente,
Aunque de estrella bien mala,
Que como yo, en cautiverio
En Constantinopla estaba.
—¿Y cuál decís que era el nombre
De esa buena camarada?
—Rui Pérez de Viedma, que era
De un lugar de las montañas
De León; y hasta recuerdo
Que me contó en confianza
Haber recibido en vida
De su buen padre unas dádivas
Que pocos viviendo otorgan
Ni á los hijos que más aman.
Eran tres: y este que os digo
Dedicándose á las armas,
De virtud y de bravura
Dió pruebas tales y tantas
Que alcanzando alto renombre
Conquistó premios y palmas.
Capitán de Infantería
Era, y en camino estaba
De ser Maestre de Campo,
Cuando tuvo la desgracia
De perder su libertad
En la gloriosa jornada
De Lepanto ¡pobre jóven!
En Constantinopla estaba
Conmigo, mas luego supe
Que tuvo á Argel por morada
Donde le pasaron cosas
Verdaderamente extrañas.

Siguió el Cura refiriendo
Las empresas de Zoraida,
La fuga de ambos amantes,
Su ruína inesperada,
Y todo lo que el Cautivo
Poco antes les contara.
Mas como de propio intento

Su relato aquí acabara,
Sin decir si los franceses
Se los llevaron á Francia
Ó si los asesinaron
Ó dejaron en España,
El Oidor, que nunca fué
Oidor con mayores ganas,
Arrojando un gran suspiro
Y llenos los ojos de agua,
Exclamó:—Dejad que vierta
Tristes y abundantes lágrimas,
Y sabed que era mi hermano
El hombre de quien se trata.»

CXX

Suceso feliz.

Como el Oidor no sabía
Los incidentes restantes
De la historia del Cautivo,
De este modo lamentábase:
—¡Pobre y desgraciado hermano!
¿Qué ha sido de tí? Dios sabe
Que hubiera dado un tesoro
Con el fin de rescatarte.
¿Por qué en silencio tus grillos
Opresores arrastraste?
¿Por qué de tus negras cuitas
No nos diste al punto parte?
¿Qué necesidad tenemos
De que una mora te salve
Si en el Perú nuestro hermano
Y aquí en España tu padre
Y yo, tenemos riquezas
Mientras tú pasabas hambre?
¡Pobre infeliz! ¿dónde fuiste?
¿Dónde estás? ¡Ah! los infames
Corsarios, tal vez te dieron

En las tristes soledades
Del mar, sepultura odiosa
Envuelto en viejo velámen,
Con esa hermosa Zoraida
Bondadosa como un ángel
Que tal vez sufrió el martirio
Por la fe que le inspiraste.»

Esto dijo entre sollozos
El Oidor, y al escucharle
El Cautivo, que entre sombras
Ocupa un rincón distante,
Sintió que su corazón
Iba dichoso ensanchándose
Y que el alma le decía:
—Es tu hermano, vé y abrázale.
Mas por mucho que lo anhela
Su conmoción es tan grande
Que ni despliega los labios
Ni dá un paso hacia adelante.

Viendo, pues, el señor Cura
Que no es justo atormentarles
Ni tenerles por más tiempo
Tristes, con aspecto grave
Levantóse de su silla
Y sin decir nada á nadie
Se fué á buscar á Zoraida
Con la que volvió al instante.
Siguiéndoles Dorotea
Que á su vez consigo trae
Á Luscinda y á la hija
Del Oidor, que está ignorante
De todo, si bien barrunta
Que allí pasa algo notable.

Llegó con Zoraida el Cura
Y acto continuo acercándose
Al Cautivo, de la mano
Le tomó, diciendo antes:
—Venid, que os tienen por muerto
Y ya es hora de que os hallen.»

Volvió el Oidor la cabeza
Al escuchar estas frases,
Y el Cura con voz alegre

Y con risueño semblante
Dijo:—Enjugad vuestras lágrimas:
Llegó el tiempo de que acaben
Vuestras penas, que ahora deben
En alegrías trocarse.
Dad, señor, al cielo gracias;
Que este que teneis delante
Es el capitán Viedma
Digno de vuestro linaje;
Y esta hermosísima mora,
Que va luego á bautizarse,
Aquella que vos dijisteis
Que debía ser un ángel.
Los franceses les pusieron
En libertad; mas dejándoles
En la estrechez que veis
Para que vos les mostráseis
Vuestra liberalidad
Que debe ser noble y grande.»

Aquí explica Cide Hamete
El gozo inmenso, inefable
Que ambos hermanos sintieron
Al verse y al abrazarse.
Allí dice que se dieron
Cuenta de los más notables
Sucesos; allí mostraron
Su amistad inalterable;
Allí derramaron lágrimas
Los que estaban escuchándoles;
Allí el Oidor y su hija
Llenos de afán delirante
Abrazaban á la mora
Mirándola sin hartarse.
Allí Don Quijote estaba
Silencioso, tieso y grave
Sin decir una palabra;
Si bien al ver hechos tales
Luego los atribuía
Á las quimeras constantes
Que en su mente alimentaba,
Creyéndose que eran lances
De esos que ven con frecuencia

Los caballeros andantes.
Finalmente, allí se alzan
Mil castillos en el aire
Y se acarician proyectos
De esos que al alma complacen.

Muestra su gozo el Cautivo
Viendo que existe su padre,
Y enhorabuenas recibe
Por tan feliz desenlace.
Mas como ya de la noche
Iban pasadas dos partes,
Acordaron recogerse
Y descansar lo que tarde
En amanecer el día
Que no debe estar distante.

—Es muy justo y yo lo apruebo,
Dijo con acento afable
El valiente Don Quijote;
Mas porque libres de afanes
Duerman aquestas fermosas
Señoras, sin que gigantes
Ó alevosos malandrines
Su sueño turben cobardes,
Yo en guardian me constituyo
De tantas honestidades
Sin que nadie de esas puertas
Ose pisar los umbrales.
Subid puentes levadizos;
Echad cerrojos y llaves;
Dormid todos, que yo quedo,
Y quedando yo es bastante.
Ea, Sancho, ven; contigo
Mi trotón y adarga trae,
Que estando yo en pie de guerra
Toda molicie es culpable.»

.....
Mas como Sancho dormía
Y nadie osó despertarle,
Sólo se fué Don Quijote
A montar en Rocinante.

CXXI

Los amores de Clara. — Tristezas
de Don Quijote.

I
— ROMANERO DEL INGENIOSO HIDALGO —

CUENTA después Cide Hamete
Que antes de nacer el alba
Se oyó dentro de la venta
Do silencio todos guardan,
La voz dulce de un mancebo
Que amante trova cantaba.
Y añade que Dorotea
Despertó á la hermosa Clara
Diciéndole que escuchase
Aquella música grata.
Hízolo así la doncella,
Mas luego, toda turbada,
Dijo lanzando un suspiro:
—¿Por qué razón, por qué causa
Me despierta para oír
Lo que en sueños olvidaba?
—Qué! ¿por ventura conoces
Al cantor?—Sí, por desgracia
Le conozco, y llevo impresa
Su imagen dentro del alma.
—¿Mas cómo puede ser eso,
Niña bella y estimada,
Si sólo es mozo de mulas
Ese muchacho que canta,
Según me avisó Cardenio
Desde la vecina estancia?
—Pues yo te juro, señora,
Que no es él mozo de cuadra,
Sino señor de lugares
De quien soy también vasalla.
—¿Qué edad tendrá?—Me figuro
Que de la mía no pasa.
—¿Y tienes...?—Diez y seis años

Menos algunas semanas.

—¿Dónde le viste?—En la corte.

—¿Le hablaste?—Nuestras miradas

Se entendieron, y por señas

Tuvimos más de una plática.

—¿Le quieres?—Muero de amores.

—Tan niña!—Volvíme anciana

Si es que así debe llamarse

La que ardientemente ama.

—¿Cómo te sigue?—Á pie viene,

Y esto es lo que más me mata,

Que al verle en traje grosero,

Indigno de su prosapia,

Aposentándose en tristes

Caballerizas menguadas

Y cruzando ásperas sendas

Donde lastima sus plantas,

Parece que son las mias

Las que siento destrozadas.

—¿Por qué disfrazado viene?

—De mi padre se recata.

—¿Y los suyos?—Sabe el cielo

Si estarán vertiendo lágrimas.

—¿Cómo supo tu viaje?

—No lo sé.—¿Cómo se halla

Tan solo?—Porque sin duda

Se ha escapado de su casa.

—¿Qué esperais?—Nada, señora.

—¿De véras?—No espero nada.

—¿Por qué razón?—Es su cuna

Tan ilustre, y tal distancia

Entre su alcurnia y la mía

Existe, que por criada

Suya, tal vez su opulento

Padre, nunca me aceptara.

Por eso pido á los cielos,

Que á ese músico disuadan

Y que á sus padres le tornen

Aunque se lleve mi calma.

—Está bien, tened paciencia:

No lloreis más, bella Clara,

Reconciliad vuestro sueño

Sin matar vuestra esperanza,
Que Dios sabe lo que el cielo
Podrá ofreceros mañana.»

.....
Mientras tanto que en silencio
Se queda otra vez la casa,
Don Quijote está á caballo
Haciendo fuera la guardia.
No dirán que aquel castillo
Que encierra hermosura tanta
Y personajes tal altos
Carece de vigilancia.
La reina Micomicona,
Luscinda su ilustre dama,
La hija del Oidor, la hermosa
Y tiernísima Zoraida
No han de temer, allí estando
Don Quijote de la Mancha,
Que ningún follón aleve
A turbar su sueño vaya.

.....
Y sin embargo, la mente
Del hidalgo no está en calma;
Existe en ella un recóndito
Pensamiento que la embarga.
Está triste, pensativo;
Su melancolía es tanta
Que del fondo de su pecho
Suspiros tiernos arranca.
¿Qué le sucede al hidalgo?
¿Qué es lo que siente ó le pasa?
Algüen lo vé y ese algüen
Sangrienta burla le guarda.

CXXII

Soliloquios.

TAL vez por conjuros mágicos
De encantador envidioso

Viendo están á Don Quijote
Cuatro femeniles ojos.
Silenciosa está la venta;
Callado el campo, ni un soplo
De aire se siente, y la luna
Muestra su pálido rostro.
Entre tanto el caballero
Lanza un suspiro más hondo
Y exclama:—¡Oh! tú, Dulcinea,
Dulcinea del Toboso!
Tú, que eres de la hermosura
Dechado, y rico tesoro
De la honestidad; pues formas
Fin y remate de todo
Lo que bien llamarse pñede
Deleitabile y provechoso,
¿Qué faces? ¿qué face agora
La tu merced, mientras lloro
Tu ausencia? ¿Pones las mientes,
Como en tí las mías pongo,
En éste tu fiel cautivo
Caballero, que aquí solo
Por servirte, los peligros
Arrostra siempre gustoso?
Y tú, atenta luminaria
De las tres caras, que el foco
De tu luz á ella diriges
Sintiendo al mirarla gozo;
Dime ¡oh luna! lo que hace;
Fabla, cuéntamelo todo.
Si cruza las galerías
De sus palacios famosos,
Ó si está puesta de pechos
En sus balcones de oro;
Si piensa en compadecerme
Y sacarme de este golfo
De inquietudes y de penas
En que mísero me ahogo....
Dímelo, triforme Diana,
Que yo con fe te lo imploro.»

De esta suerte se expresaba
Lanzando gemidos sordos,

Cuando sintió que allí cerca
Le ceceaba algún prójimo.
No era prójimo y sí prójima
Que en voz baja, desde un próximo
Lugar, llamándole estaba
Con recato misterioso.
Acercóse precavido
Á un agujero redondo
Que en vez de ventana, había
Cerca del tejado; y todo
Confuso, forjó en su mente
Mil dislates ingeniosos.
Creyó que el boquete, abierto
En la pared de mal modo,
Era una hermosa ventana
Con mil molduras y adornos,
Guarnecida de dorados
Hierros, limpios y lustrosos.
Después... después en su loca
Fantasía, vió dos rostros
De mujer, que le parecen
Dos soles maravillosos.
— ¡Ah! exclamó, sin duda es ella
Que busca otra vez más cómodo
Medio de comunicarme
Sus encendidos antojos.
Es la hija del soberbio
Castellano, á quien el moro
Encantador, puso un día
En horrible calabozo.
Es la hija de la dueña
De este castillo que rondo,
Y que rondar no me deja,
Pues rondándole me expongo
Á caer inadvertido
En la ronda de sus ojos.
¡Oh! no más, no más me acuiten
Sus deseos amorosos;
No más vengan á turbarme
Tentaciones del demonio.
Ven y acórreme en mi cuita
Dulcinea del Toboso!»

CXXIII

Lazos traidores.

No andaba descaminado
Al creer que aquellas hembras
Tenían concomitancia
Con los dueños de la venta.
Era la una en efecto
La hija de la ventera,
Y la otra Maritornes,
Maritornes la gallega.

Ambas quieren divertirse
Y en el pajar dó se encuentran.
Entre risas al hidalgo
Un grosero lazo aprestan.

Puestas en el agujero
Le llaman y le festejan;
Mas él, que de cortesía
Quiere darles clara muestra
Sin ser infiel á su hermosa
Y adorada Dulcinea:
—Mal faceis, dice acercándose,
Pasando la noche en vela.
Péname, señora mia,
Y perdonad mi franqueza,
De que hayades puesto mientes
Donde no hay correspondencia.
Mal ferido por los ojos
De la que mi fe alimenta,
Non puedo por más que fago
Mirar vuestra gentileza.
Tornad á vuestro aposento,
Preciosísima doncella,
Y ved si quereis mandarme
Algo en que serviros pueda.
Hablad, ordenad, pedidme;
Que con tal que amor no sea,

Yo haré por vos maravillas
De valor, pujanza y fuerza.
Si cabellos de Medusa,
Que eran horribles culebras,
Me pedís, yo vos prometo
Que aquí traeré sus guedejas.
Si rayos del sol buskais
Yo los traeré por docenas,
Que no faltará redoma
Donde contenerse puedan.
—No ha menester nada de eso
Mi señora.—¿Y qué desea?
—Sólo que vos le alargueis
Una hermosa mano vuestra.
—Si es eso todo, tomadla;
Y tened, señora, en cuenta
Que no la ha tocado nunca
Mujer alguna, ni aquella
Misma, que de mi persona
Tiene posesión entera.
No os la doy para que el labio
Ardiente pongais en ella;
Sino para que mireis,
Pues gusto teneis en verla,
Su contextura nerviosa,
Lo espacioso de sus venas,
La trabazón de sus músculos
Que indican toda la fuerza
Del brazo que la sostiene
Y el cuerpo que la sustenta.
Al decir esto, el hidalgo,
Advirtiéndole que no llega
Al agujero que él juzga
Hermosa y dorada reja,
De pie se puso en la silla
Del caballo en que se encuentra.
Y al decir que era su mano
Tan valiosa y soberbia:
—Ahora lo veremos, grita
La criada bachillera;
Y echándole una lazada
Corrediza á la muñeca,

Fuéronse del agujero,
Sujetando bien la cuerda
Al cerrojo descorrido
Que hay del pajar en la puerta.
—¡Ah, señora! ¿qué me haceis?
Dice el hidalgo con muestras
De dolor; ¿por qué tratais
Con tal rigor esa diestra
Que prestaros y no daros
Puedo? Mirad que no os venza
El enojo, y que no es justo
El obrar de esta manera.
Notad que tales acciones
Más que de elevadas hembras
Son propias de cendolillas
Hijas de baja ralea.
No pongais sobre mi rostro
Un sello de vil afrenta,
Que ninguno que bien quiere
Tan mal sus agravios venga.
Nadie contestó al hidalgo
Ni era fácil que lo hicieran;
Que muriéndose de risa
Las dos muchachas traviesas
Dirigiéndose á su alcoba
Matan la luz y se acuestan.

CXXIV

Los caminantes.

Y entre tanto sigue el tiempo
Su marcha ordenada y lenta,
Y los primeros albores
De la aurora el cielo alegran.
Sólo el pobre caballero
Se vé colgado con pena
Sobre el manso Rocinante
Que perezoso se muestra.

Puesto así, rígido, tieso,
Inmoble, casi asemeja
Una sarten por el mango
Pendiente de una espetera.
¡Oh! ¿por qué el destino injusto
Hace que juguete sea
Del pícaro el hombre honrado
Que en la traición nunca piensa?
Ya otra vez un vil gigante
Le dió una puñada fiera
En aquella maldecida
Encantada fortaleza.
¿Quién sabe si ahora pretenden
Que sumido en noche eterna
Mire trascurrir los años
Asido por la muñeca?
—¡Follones, malvados, viles!,
Dice con voz lastimera,
¿Qué fice yo en este mundo
Que decente no os parezca?
Bellacos! ved que no puedo
Mover mis brazos y piernas,
So pena de hacer pedazos
Mi pobre mano derecha.
Aflojad las ligaduras
Con que la teneis sujeta,
Y en abierta lid vereis
Lo que puedo hacer con ella.
Présteme Amadís de Gaula
Su espada; en mi auxilio vengan
Lirgandeo el Adivino,
El sabio Alquife, mi buena
Y célebre amiga Urganda,
Y verá la vil caterva
De magos que me persigue
Si las burlas salen véras.
Y tú, dama de mis sueños,
Tósigo de mis potencias,
Ven, acúdeme, defiéndeme,
Adorable Dulcinea!
Nota bien cuanto me pasa,
Mira convertido en piedra

Este fogoso caballo
Que fué rayo en la pelea.
Mi fiel y bravo escudero
No acude á darme defensa...
Magos viles! traicioneros,
Temed mi venganza fiera!»

De este modo lamentábase
Cuando divisó muy cerca,
Pues ya el día esclareciendo
Iba los cielos y tierra,
Cuatro hombres á caballo
Armados con escopetas,
Que al ventorro se acercaban
Y llamaban á su puerta.
No gustó mucho al brioso
Caballero tal llaneza,
Y desde el sitio en que estaba
Les habló de esta manera:
—¿Qué buscades, caballeros,
Ó escuderos, ó quien quiera
Que seais, aporreando
Tan de mañana las férreas
Entradas de esa magnífica
Encantada fortaleza?
Ved que no madrugan tanto
Las soberanas princesas
Que sus salones y cámaras
Y sus anchas torres pueblan.
Así, pues, hasta que el astro
Del día sus rayos tienda,
Desviaos y esperad
A ver si el paso os franquean.»

Quedáronse como en Babia
Los jinetes, y con cierta
Turbación, dijo uno de ellos:
—¿Qué diablo habrá que convierta
En fortaleza ó castillo
Una humildísima venta,
Ni quién puede aquí exigirnos
Ceremonias y licencias?
Si sois el ventero, dadnos
Cebada para estas bestias,

Que es todo lo que pedimos
Y caminamos de priesa.»

Lo cual oyendo el hidalgo
Les pregunta con voz hueca:

—¿Paréceos, caballeros,

Que mi talle y mi presencia

Y mi apostura y mis trazas

Son de ventero?—Que sea

Ó no, nos importa poco;

Sólo os digo que revela

Poco juicio, el que digais

Que aquesto castillo sea.

—Pues yo os digo que lo es;

Y que en él hay á estas fechas

Gente que ha tenido cetro

Y corona en la cabeza.

—Vamos, serán comediantes.

—¿Qué sabeis vos, Don Babieca,

De lo que sucede en la

Caballería andantesca?»

Cansábanse los viajeros,

Y llamando con más fuerza

Al ventero despertaron

Y también á la ventera,

Con los demás que en la casa

Dormían á pierna suelta.

Mas sucedió al propio tiempo

Que una de las cuatro acémilas

Se fué á oler á Rocinante;

El cual, aunque con modestia

Melancólica, tenía

Agachadas las orejas,

Quiso volver la caricia

Oliendo á aquel que le oliera.

Fué preciso para esto

Moverse; mas ¡ay! que apenas

Lo hizo así, faltó al hidalgo,

El punto que le sustenta

Y el equilibrio perdiendo,

Colgado de la muñeca

Quedó lanzando mil gritos

Que un fiero dolor demuestran.

.....
Subió en esto Maritornes
Al pajar, cortó la cuerda
Y al punto con grande estrépito
Vino el caballero á tierra.

CXXV

El reto.—Sucesos varios.

ENTRE tanto que el ventero
Al oír tamaños gritos
Por ver lo que allí sucede
Acude despavorido,
Levántase el buen hidalgo,
Se arranca el cordel con brios,
Sube sobre Rocinante,
Retírase de aquel sitio
Y vuelve á medio galope
Desesperado y mohino
Teniendo en ristre la lanza
Y diciendo enardecido:
—Cualquier osado que diga
Que yo fui con justo título
Encantado, como quiera
Darme su real permiso
La infanta Micomicona,
Yo le reto y desafío.»

Quedaron al escucharle
Pasmados y confundidos
Los viajeros; pero luego
El ventero satisfizo
Sus dudas, asegurándoles
Que no tiene sano el juicio.
—Bien está, dice uno de ellos,
Y ahora, si vos sois servido,
Quisiera que me dijéseis
Si por ventura habeis visto
Un muchacho que no tiene

Los quince años cumplidos,
Y que en hábito de mozo
De mulas, viene vestido.
—Tanta gente hay en mi venta,
Contestóle pensativo
El ventero, que no sé
Si ese mozo acaso vino.

—Pues yo sé, replica otro
De aquellos, que aquí de fijo
Debe estar, pues está el coche
Del Oidor; fortuna ha sido
Dar con él; quédese uno
En la puerta, y de improviso
Entremos los tres restantes
Á cogerle en el garlito.»

Hiciéronlo así en efecto,
Y el hidalgo, aunque ofendido
De que respuesta no dieran
A su anterior desafío,
Dejóles hacer, pensando
Que tal vez no le era lícito
Comenzar nueva aventura
Sin haber antes cumplido
Su empeño con la Princesa
Micomicona; y tan fijo
Estaba en sus pensamientos,
Que no vió, cerca del sitio
En que estaba, á Dorotea
Y á Clara, que allí han venido
Afanosas por saber
La causa de aquellos gritos.

Entre tanto, los tres hombres
Hallaron medio dormido
Al muchacho que buscaban,
Y al despertarle le dijo
Uno de ellos:—¿Quien creyera,
Señor Don Luís querido,
Que en tal traje y en tal lecho,
De vuestra prosapia indignos,
Tendríamos que encontraros
Los que en pos de vos venimos?»
Limpióse el mozo los ojos

Soñolientos, y advertido
De que aquellos son criados
De sus padres, nada dijo;
Pero al ver que con respeto
Le dan prudentes avisos
Del duelo en que están ahora
Sus parientes sumergidos,
Y de que tornar á casa
Por bien ó mal es preciso,
—Eso será si yo quiero,
Contesta lleno de bríos,
O si el cielo lo ordenare,
Pues no iré por fuerza vivo.»

Enteráronse entre tanto
Cuantos se hallaban reunidos
En la venta, y Doña Clara
Temió morir allí mismo.
Y como por sus criados
Fuese el jóven requerido
Y la porfía entablada
Tomaba violentos giros,
Con el Oidor se acercaron
Cardenio, el Cura, el Cautivo,
El Barbero, Don Fernando,
Y hasta el caballero invicto
Que al ver que era ya de día
De guardar dejó el castillo.
—¿Qué es lo que pasa? sepamos
Qué es esto de raíz, dijo
El Oidor, á lo que al punto
Respondió un recien venido:
—Mucho, señor, me complace
El veros, pues sois vecino
De los padres de este jóven
Que ya habreis reconocido.
Abandonando su casa
Cruza sólo estos caminos
Con el hábito indecente
Con que lo vemos vestido.
Sus nobles padres, que ahora
De dolor se ven transidos,
Nos mandan; mas él no quiere

Por bien ni por mal seguirmos
Hasta dar fin á un negocio
Tan grande, tan inaudito,
Que dice que le vá el alma
Y la vida en conseguirlo.»

Escuchó el Oidor atento,
Y con muestras de cariño
Abrazando á Don Luis
De esta manera le dijo:
—¿Qué niñerías son estas
Señor Don Luis? ¿qué motivos
Os mueven á disfrazaros
Con este traje tan mísero
Que dice tan mal con vuestra
Calidad?... Vamos, decídmelo.»

Quedóse el interpelado
Mudo, estático, afligido,
Y el Oidor llamóle aparte
Diciendo:—Venid conmigo
Y decidme francamente
Por qué andáis por estos sitios.

Aquí las cosas llegaban,
Cuando fuera del recinto
En que están, se oyeron voces
Y hasta golpes repetidos,
Siendo la causa de todo
Que dos arrieros pícaros
Que allí pasaron la noche,
Viendo á todos distraídos
Trataron de escabullirse
Sin pagar; mas fueron vistos
Por el ventero, que en cara
Les echaba su delito
Llamándoles con justicia
Pilladores y perdidos.

—Ahora lo verás, dijeron,
Y á puñadas y mordiscos
Le acosaron de tal suerte
Que él á voces pidió auxilio.

Oyéronle la ventera
Y su hija, y ésta dijo
Acudiendo á Don Quijote:

—Señor, venga por Dios vivo
 Vuestra merced, que á mi padre
 Dos desalmados malignos
 Á palos le están moliendo
 Como á cibera.—Y yo os digo,
 Respondió con mucha flema
 El hidalgo, que impedido
 Estoy, ferosa doncella,
 De entrar en lid, sin permiso
 De la augusta egregia dama
 Que hasta aquí vino conmigo.
 Puedo, no obstante, hacer algo
 Señora, para serviros
 Y sacar á vuestro padre
 De tan triste laberinto.
 Corred y decidle al punto
 Que entretenga al enemigo
 Y no se deje vencer,
 Mientras yo licencia pido
 Á la célebre Princesa
 Micomicona. Si atino
 Á conseguir lo que intento
 Allí me tendréis de fijo.»

CXXVI

La vénia.—El amante de Clara.

OYENDO está Maritornes
 Las palabras del hidalgo,
 Y sin poder contenerse
 Echó á los vientos un taco.
 —¡Pecadora de mí! dijo,
 ¿Qué es lo que estoy escuchando?
 ¿No advierte vuesa merced
 Que antes de darle el recado,
 De fijo en el otro mundo
 Estará mi pobre amo?
 —Dadme vos, señora, dice

Con parsimonia el hidalgo,
Que yo alcance la licencia
Necesaria de que os hablo
Y en cuanto que la obtuviere,
Poco hará, muy poco, al caso
Que él esté en el otro mundo
Si otra vez aquí os le traigo.
Y si no logro mi intento
Yo os prometo sin engaño,
Que al veros tan bien vengada
Satisfecha he de dejaros.»

Diciendo así, fué á ponerse
Con marcial desembarazo
Delante de Dorotea,
Y á sus pies afinojado
Dijo:—La vuestra grandeza
Me dé permiso y mandato,
Alta y hermosa señora,
Para que yo lleve á cabo
La más valiente fazaña
Que los siglos admiraron.
Puesto en aprieto y en mengua
Está el noble castellano
Señor del alcázar este
Donde á la sazón estamos.
Gran número de enemigos
Le tiende falaces lazos;
Dadme licencia, señora,
Para ir á domeñarlos.»

Dióselo de buen talante
Dorotea; y en el acto
Puso la mano en la espada
Su fuerte adarga abrazando.
Acudió luego á la puerta
Y vió al ventero debajo
De aquellos infieles huéspedes
Que aún le están vapuleando;
Pero así como llegó
Embazó y quedó parado
Sin oír á la ventera
Que otra vez le pide amparo.
Dice á voces Maritornes:

—Oh! llegad, señor hidalgo.»
Mas él con mucha cachaza
Responde:—Me está vedado.
En gentes escuderiles
No puedo poner la mano;
Pero que venga al momento
Mi fiel escudero Sancho,
A quien atañe el castigo
De villanescos agravios.»

Así hablaba don Quijote,
Y la ventera á los diablos
Le dió, viendo á su consorte
Desmirriado á puñetazos.

.....
Mientras que esto sucedía
En la puerta, estaba hablando
Con el Oidor Don Lúis,
El cual, aunque muy turbado,
Declaró al padre de Clara
El amor que le inspiraron
La hermosura de la niña
Y su virtud y recato.

—Verla, dice, y consagrarla
Mi fé, ha sido un solo acto;
Suya es mi existencia, y suyo
Cuanto tengo y cuanto valgo.
Nunca le hablé; mas por señas
Le dije que era su esclavo
Y mis suspiros y lágrimas
Mil mensajes le llevaron.
Por ella mi casa dejo,
Y ciego la voy buscando
Como el marinero al norte,
Como la saeta al blanco.
Sabéis que soy noble y rico
Y si vos me dáis su mano
Mis padres serán dichosos
Con no hacerme desdichado.»

Calló al decir estas frases,
Y un suspiro al aire dando,
Aguardaba una respuesta
El mancebo enamorado.

Mas no sabiendo qué hacerse
El Oidor, pidióle un plazo
De un día, para buscar
Lo que más convenga al caso
—Vos animáis mi esperanza,
Pues buena ventura aguardo,
Dijo el joven, y gozoso
Al Oidor besó la mano.

CXXVII

Un nuevo personaje.

No queriendo el buen hidalgo
Pelear con tales hombres,
En lo cual prudente anduvo
Pues eran unos ladrones,
Dióse maña para hacerles
Comprender que no era noble.
Ni decente, ni cristiano,
Irse sin pagar escote
Dando por buena moneda
Puñadas y pescozones.
Finalmente, dijo tantas
Cosas discretas y acordes
Con la moral, indicando
Que sólo los grandes hombres
Y caballeros andantes
Pueden pagar con razones,
Que avergonzados los cacos
Pidieron con mil amores
La cuenta, que al fin abonan
Quedando en paz y conformes.
—Bien está, dijo el hidalgo,
Esta vez libré á mi pobre
Sancho, de entrar en batalla;
Mas otra, y quiero que conste,
Ha de cumplir como bueno;
Que su molicie me pone

De mal talante; y pues llenas
Quedan mis obligaciones,
Justo será que un instante
Sobre mi lecho repose.»

Así pensaba el hidalgo
Que veló toda la noche;
Mas el diablo que no duerme,
Ó el hechicero que entonces
Se entretenía en llevar
Figuras y figurones
Á la venta, hizo mover
Los cristales de colores
De su mágica linterna,
Y al momento presentóse.....
—¿Quién pudo allí presentarse?
Preguntarán los lectores;
Mas nosotros contestamos:
—Paciencia y nadie se enoje,
Que el que llega viene en burro
Y es fuerza que se desmonte.»

CXXVIII

El yelmo y la albarda.

AQUEL nuevo personaje
Que en la venta con lisura
Entró, era el rapabarbas
Que en cierta mañana turbia
Sustituyó su sombrero
Por librarse de la lluvia
Con la histórica bacía
Que el gran Don Quijote juzga
Yelmo de Mambrino, y guarda
Llena ya de abolladuras.
Es el mismo que apelando
Á precipitada fuga
Y dejando abandonada
Su pobre cabalgadura,

La encontró un poco más tarde
 Con una albarda tan sucia
 Y tan rota, que parece
 Más que una albarda una burla.
 Este, pues, entró en la venta
 Y con gentil donosura
 Conduciendo á su pollino,
 La caballeriza busca.
 Dió con ella y ¡oh decretos
 De la inconstante fortuna!
 ¡Oh glorias de Sancho Panza
 Que no han de quedarse á oscuras!
 No bien en la cuadra entra
 El barbero, la confusa
 Vista, pone en un objeto
 Que las potencias le turba.
 Su propia albarda está en manos
 Del mismo que se la hurta,
 Y arremetiéndole dice
 Con voz fuerte ardiendo en furia:
 —¡Ah! Don ladrón, aquí os tengo;
 Tente, barbado granuja,
 Dame al punto mi bacía
 Y esa albarda que no es tuya!»

Sancho que oyó aquel diluvio
 De vituperios, con una
 Mano asió la albarda, y luego
 Con la otra dióle tan brusca
 Puñada sobre los dientes,
 Que en sangre se los inunda.
 —¡Favor! ¡favor! que me mata!
 Gritó el barbero; en mi ayuda
 Vengan y sálvenme de este
 Salteador que Dios confunda.»
 Y como todos oyeran
 Las voces, con gran premura
 Llegaron, mientras decía
 Sancho con cachaza suma:
 —Mentís, que aquestos despojos
 Los ganó en honrada lucha
 Mi buen señor Don Quijote
 El de la Triste Figura.»

Ya estaba allí nuestro hidalgo,
Que al ver lo bien que disputa
Sancho, y lo bien que acomete
Rechazando á quien le insulta,
—Esto marcha, murmuraba;
Hoy se porta, esto me gusta.
Merece ser caballero
Por su arrogancia y bravura.»

Entre tanto, el despojado
Barbero, que mira juntas
Tantas personas, juraba
Que aquella albarda era suya.
—Si quieren probarlo, dice,
Venga mi cabalgadura
Y verán vuestras mercedes
Como le viene y le ajusta.
Me la hicieron á medida,
Y para mostrar en suma
La verdad de cuanto afirmo,
Diré por añadidura
Que también me despojaron
Con acometida brusca
De una bacía de azófar
Que como el oro relumbra
Y que me costó un escudo,
Que es para mí buena suma.»

Al oír estas palabras
Don Quijote, con gran furia
No pudiendo por más tiempo
Sufrir que se le atribuya
Por hurto, lo que él creía
Adquisición noble y justa,
Salió al palenque tomando
La albarda que se disputa.
Dejóla en el suelo, y dijo:
—Para que aclaren sus dudas
Y puedan vuestras mercedes
Comprender que son absurdas
Las cosas que este hombre dice,
Pues osa afirmar con una
Audacia poco loable
Que es bacía lo que nunca

Ha dejado de ser yelmo
De Mambrino; vete, busca,
Y trae aquí, mi buen Sancho,
Esa pieza de armadura;
Que en lo que atañe á la albarda
Diré la verdad desnuda.»

Fué Sancho refunfuñando,
Porque la verdad no gusta
Al que tiene la conciencia,
Como él, algo insegura.
Y entre tanto que volvía,
Siguió su señor con mucha
Tranquilidad, expresándose
De este modo:—No me gusta
Faltar á lo que me debo
Ni yo engaño á quien me escucha.
En lo de la albarda, digo
Que no me entremeto; arguyan
Cuanto gusten, sin mezclarme
En polémicas difusas.
Yo sólo afirmaros puedo
Que cuando en batalla ruda
Gané el yelmo, y este hombre
Se puso en cobarde fuga
Dejándome su caballo
Como una prenda segura
De mi triunfo, yo no quise
Abusar de mi fortuna;
Y en el campo del honor
Dejé la cabalgadura.
Si Sancho como trofeo
De aquella pendencia justa,
Cambió los jaeces, y estos
Se ven trocados en burda
Y tosca albarda, no soy
Quien tenga de ello la culpa.»

Tornó en esto Sancho Panza
Con la bacía importuna,
Y Don Quijote tomándola
Dijo con voz campanuda:
—Aquí ven vuestras mercedes
La soberbia y la locura

De ese hombre, cuando afirma
Que esto fué bacía nunca.
Ved este yelmo de oro
Que le tomé en buena lucha.
Yo os juro á fuer de hombre honrado
Que está en la misma figura
Que lo gané, pues no hice
En él variación alguna.
—Cierto! cierto! dice Sancho,
Y si tiene abolladuras
Es por las muchas pedradas
Que en él por mala fortuna
Recibió mi amo luchando
Con la desalmada turba
De galeotes.—Ya veis
Si la cosa admite duda,
Y si al llamarlo bacía
Á este yelmo se calumnia.»

CXXIX

Prosigue el mismo pleito.

TAN desesperado estaba
Y tan furioso el barbero
Que á grandes voces decía:
—¿Habrás visto un empeño
Más descarado? ¿Quién puede
Oír sin perder el seso
Que una bacía de azófar
Parezca encantado yelmo?
—Pues yo os digo y os repito,
Replicaba el caballero,
Que es... lo que es, y que miente
Quien me desmiente y dá tedio.»
Iba la cosa enzarzándose
De tal modo, que temiendo
Una catástrofe próxima,
Ó bien por dár cordelejo

Á la arraigada locura
Del valeroso manchego,
Que tanto gusto causaba
Á sus demás compañeros,
Tomó parte en la contienda
Con muchísimo sosiego
Nuestro maese Nicolás
El primitivo Barbero,
Que adelantándose un poco
Exclamó con breve acento:
—Señor Barbero, ó quien sois;
Sabed que yo también vengo
Hace más de veinte años
El mismo oficio ejerciendo
Que vos; que tengo mi carta
De exámen; que soy maestro
En conocer todos los
Barberiles instrumentos,
Y que por haber servido
Al Rey muchísimo tiempo
Durante mis mocedades,
Sé también lo que es un yelmo,
Un morrión, una celada
De encaje, y demás objetos
Que son prendas de soldado
De uso anticuado ó moderno.
Y digo, salvo mejor
Parecer y entendimiento,
Que esta pieza disputada,
Que todos estamos viendo,
No sólo no me parece
La bacía de un barbero,
Sino que también la juzgo
Impropia de tal empleo.
Diré también, y ya veis
Que soy en todo sincero,
Que este aunque es yelmo, no es
En verdad, yelmo completo.
—Justo! exclama D. Quijote,
Os habeis puesto en lo cierto,
Que le falta la mitad
Que es la babera.—Eso creo,

Dijo el Cura; y otro tanto
Todos los demás dijeron
Por seguir la broma aquella
Que les dá mucho contento.

Quedóse atónito y mudo
El contrariado Barbero,
Mas luego exclamó:—Esta es cosa
Que vuelve loco al más cuerdo.
¿Es posible que haya tantos
Hombres justos y discretos
Que condenen mi bacía
Á ser tenuta por yelmo?
Si esto es así, por mi vida
Que también oír me temo
Que esta albarda no es albarda,
Sino jaez de los buenos.

—Á mí, albarda me parece,
Dice el hidalgo muy serio;
Mas ya os he dicho, buen hombre,
Que en eso no me entremeto.

—Pues yo por mi parte, vuelve
Á decir el Cura, entiendo
Que en cosas de aquesta monta,
Nuestro voto monta menos
Que el voto que podeis dar
Con mayor discernimiento.

Guardó el digno D. Quijote
Un brevê rato silencio,
Y luego con voz turbada
Dijo:—En verdad os advierto,
Señores, que me poneis
En un grandísimo aprieto.
No hace mucho que una noche
Por cosas ¡ay! que no puedo
Referir, sufrí en aqueste
Castillo grande y soberbio
Los malos tratos de un moro
Que hizo á mi pobre escudero
Perrerras; y esta noche
Pasada, sin ir más lejos,
Estuve colgado de este
Mi pobre brazo derecho

Más de dos horas, que siglos
Con razón me parecieron.
Todo, pues, cuanto me cerca
Paréceme encantamento,
Y cuánto más busco y miro
Menos hallo y menos veo.
Por eso, daros mi voto
En este instante no puedo;
Háganme vuestras mercedes
La de sustanciar el pleito.»

Tomó en esto la palabra
Don Fernando, y con resuelto
Ademán, dijo:—Es bastante
Cuanto nos dejais expuesto
Para mostrar que á la vez
Sois valiente y circunspecto.
Queda ya de todo punto
Demostrado, que es un yelmo
Lo que en la mano teneis;
Que á mi ver, es lo de menos
La figura; y cuando vos
Lo tomásteis á despecho
De su poseedor, por algo
Tuvísteis tamaño empeño.
—Decís bien, que lo he ganado
No tan sólo por su mérito
Sino por dejar cumplido
Un sagrado juramento.
—Siendo así, sólo nos resta
Ver, señores, si ese objeto
Es jaez ó solo albarda;
Y á fin de que todos demos
Un veredicto acertado
Sobre ese caso concreto,
Voy á tomar uno á uno
Vuestros votos en silencio.»

Diciendo así, fué acercándose
Á todos con gran sosiego
Y renovóse la broma
De cuantos allí, sabiendo
La locura del hidalgo,
Se burlaban en secreto.

Sólo los que en él no estaban
Mostraban el rostro serio
Pasmados de que tomasen
Una bacía por yelmo,
Y por jaez de caballo
La albarda vil de un jumento.
En este número entraban
Los criados del mancebo
Don Luis, y algunos otros
Recien llegados viajeros
Que de la linterna mágica
Sin saber cómo, salieron,
Y que, según Cide Hamete,
Parecían cuadrilleros.
Finalmente, D. Quijote
Estaba tranquilo y tieso;
Sancho Panza retraído;
Desesperado el Barbero;
El Oidor muy preocupado;
El Cura grave; Cardenio
Curioso; el Cautivo alegre;
Don Luís no satisfecho
Al mirar que le vigilan
Sus fámulos y domésticos.
La ventera socarrona
Guiñaba un ojo al ventero,
Y su hija y Maritornes
Cuchicheaban riendo.
Los forasteros callaban;
Las damas no andaban lejos,
La casa estaba repleta
Cual no se vió en ningún tiempo.
Todos, en fin, se mostraban
Con el ánimo suspenso
Esperando el desenlace
De aquel curioso suceso.
Entre tanto, D. Fernando
Iba y venía ligero
Tomando los pareceres
Ó fingiendo por lo menos
Que los tomaba; y tal era
El ruido y el jaleo

Y hasta el subir de la atmósfera
Donde ya brota un incendio.....
Que la venta parecía
Algún futuro Congreso.

CXXX

El Campo de Agramante.

DESPUÉS de haber recogido
Varios votos Don Fernando,
De aquellos que conocían
O trataban al hidalgo,
Dijo en alta voz:—No sé,
Señores, por qué me canso
En tomar los pareceres
Que me dictan vuestros labios,
Pues todos estais unánimes
En decir, que es torpe engaño
Querer pasar por albarda
Lo que es jaez de caballo
Y aun de caballo castizo
Según muchos opinamos.»

Y volviéndose al barbero
Añadió:—Tal es, hermano,
La sentencia pronunciada
Por tan ilustre senado.
Tenga paciencia, y no intente
Hacer nuevos alegatos,
Pues no vale que pongais
Por testigo á vuestro asno.
—Pues yo os digo, le replica
Con pena el interesado,
Que así parezca mi ánima
Ante Dios, y aun ante el diablo,
Como ella á mí me parece
Albarda; pero me callo
Por aquello de que allá
Van leyes... y no lo acabo

De decir; que no soy loco
Ni menos estoy borracho;
Antes bien, puedo jurar
Que no me he desayunado.»

Oyendo tales razones,
Propuso al punto el hidalgo
Que cada cual se quedase
Con lo suyo; mas alzando
La voz casi ardiendo en ira
Dijo uno de los cuatro:
—Si ya no es que esto sea
Broma pesada y escarnio,
No me puedo persuadir
Que hombres de juicio tan sano
Como son ó me parecen
Los que aquí estoy contemplando,
Se atrevan á asegurar
Y querer dejar sentado
Que esta bacía no es
Bacía ¡voto á los diablos!
Ni aquello albarda; y os digo
Que solamente me callo
Porque pienso que hay misterio
En porfiar lo contrario.
Porque ¡voto á tal! (y al aire
Diz que echó un redondo taco)
Que no me den á entender,
Pues nunca he sido tan sandio,
Que no es esto una bacía
Ni esotro albarda de asno.
—Podría ser de borrica,
Dijo el Cura.—Monta tanto
O tanto monta, responde
Con gran cólera el criado;
Lo que aquí saber importa
Es si es prenda de caballo
O de jumento.—Y yo digo,
Gritó en esto con enfado
Uno de los cuadrilleros
Que últimamente llegaron,
Que esa albarda es tan albarda
Como mi padre, y declaro

Que debe estar hecho uva
El que no diga otro tanto.
—Pues yo os juro que mentís
Como bellacón villano,
Gritó á su vez Don Quijote
Su fuerte lanzón alzando
Y procurando con él
Dar al cuadrillero un palo
En la cabeza; mas pudo
El agredido evitarlo,
Y el lanzón dando en el suelo
Hízose al punto pedazos.

Esta acción del caballero
Fué señal del zafarrancho;
Que los cuadrilleros todos
La voz en seguida alzaron
Pidiendo favor y ayuda
Y diciendo:—Vengan cuantos
En nuestra Santa Hermandad
Sean compañeros y hermanos!»

El ventero, que lo era,
Fuese al punto acelerado
Por su varilla y su espada
Y vino para auxiliarlos.
Los criados de Don Luís
Á su señor rodearon
Temiendo que se escapase
La ocasión aprovechando.
El barbero asió la albarda;
Sancho Panza hizo otro tanto,
Y Don Quijote colérico
Esgrimió con fuerte brazo
Su espada, tirando á todos
Los cuadrilleros mil tajos.
Don Luís en vano daba
Ordenes á sus criados,
Y Don Fernando y Cardenio
Auxiliaban al hidalgo.
El Cura la paz predica
Sin que nadie le haga caso;
Y la ventera reniega;
Su hija se sumerge en llanto;

Chilla y llora Maritornes;
Dorotea está mirando
Confusa lo que sucede;
Luscinda absorta en sus brazos
Toma luego á Doña Clara
Que es víctima de un desmayo.
Y mientras que esto sucede
Pegaba el barbero á Sancho;
Sancho mordía al barbero;
Don Luis sacudió á un criado
Una terrible puñada
Porque osó asirle de un brazo;
El Oidor le defendía;
Y el valiente Don Fernando
Á un cuadrillero le andaba
Midiendo el cuerpo con garbo.
El ventero nuevamente
La Santa Hermandad llamando
Daba mil voces agudas
Ensordeciendo el espacio...
Finalmente, aquella venta,
Era un espantoso caos
De gritos y confusiones,
De temores, sobresaltos,
Mojicones, cuchilladas,
Coces, mordiscos y palos,
Sin saber en qué á parar
Vendrían extremos tantos,
Ni por qué puerta saldrían
De aquel laberinto mágico,
Donde bien puede decirse
Que un sólo loco hizo tantos
Como allá se están volviendo,
Que dá pena el contemplarlos.

Por fortuna para todos,
Sintió en su mente el hidalgo
Una idea repentina
Fúlgida como un relámpago.
Creyó que estaba metido
De hoz y de coz en el campo
De Agramante, y dando un grito
Estridente, agudo y agrio

Exclamó:—¡Ténganse todos
Cuantos me están escuchando;
Todos envainen su acero,
Todos sosieguen su ánimo,
Óiganme todos si todos
Su vida estiman en algo.»

Por saber lo que decía
La lucha al punto dejaron,
Y él prosiguió:—¿No afirmaba
Yo, señores, que habitado
Está este negro castillo
Por una legión de diablos?
¡Oh sí! ya lo veis, ahora
Lo estamos todos mirando.
Esto ya no es fortaleza,
Es sólo un revuelto campo.
Unos allí con vehemencia
Por la espada están luchando;
Otros aquí se disputan
Un magnífico caballo.
Acullá van por el águila;
Acá por el yelmo vamos,
Y la discordia nos tiende
Horribles y arteros lazos
Sin poder saber siquiera
Por qué razón peleamos.
Venga, pues, vuestra merced,
Señor Oidor, venga ufano
También aquí el señor Cura,
Pues son abonados ambos,
Y sirva el uno de Rey
Agramante afortunado,
Y el otro de Rey Sobrino
No menos digno del caso.
Que los dos en paz poniéndonos
Y las cosas aclarando
Harán que no se batalle
Por asuntos tan livianos.»

CXXXI

Auto de prisión.—Apóstrofes.

ASOCIÁNDOSE al hidalgo
Al punto mostraron todos
Que á los cuerdos muchas veces
Sirve la lección de un loco.
Bien mirado, entre los muchos
Que armaban tanto alboroto
Sólo el mísero barbero
Está agraviado y quejoso.
Pero como Sancho Panza
Le anda sacudiendo el polvo,
Sométese á ver si logra
Salir por bien más airoso.
Todos van apaciguándose,
Queda en calma el auditorio,
Y el Oidor y el Cura buscan
Algún desenlace cómodo.
Mas ¡ah! que apenas tranquilos
Piensan encontrar el modo
De terminar el asunto,
Metió la pata el demonio.
Uno de los cuadrilleros
Que lleva varios exhortos
Para prender á unos cuantos
Por delincuentes y prófugos,
Del bolsillo un pergamino
Sacó, y con atentos ojos
Examinó los mandatos,
Fijóse luego en el rostro
Del andante caballero,
Y con muchísimo aplomo
En silencio efectuaba
Un cotejo minucioso.
Tenía en efecto orden
De prender á un hombre anónimo,

Cuyas señas expresaba
El escrito misterioso,
Por andar en despoblado,
Por caminos y villorrios,
Librando á los galeotes
Que eran del país oprobio.

Esto leyó el cuadrillero
No sin sentir cierto gozo,
Y cuando se vió á su gusto
Certificado del todo
De que Don Quijote era
El que buscaba, y no otro,
Asiéndole por el cuello
Gritaba con grande encono:
—¡Favor! favor á la Santa
Hermandad! acudan pronto
En mi ayuda, que aquí tengo
Un mandato y testimonio
De prender á este malvado
Salteador; yo nada pongo
Ni quito al llevarle preso
Pues con la orden respondo.

Tomó el mandamiento el Cura,
Y al leerle, no halló modo
De negar que se trataba
De nuestro hidalgo famoso;
Mas este, que por el cuello
Se vió asido, con rabioso
Ademán, llevó ambas manos
Al del cuadrillero, y foscó
Con tal fuerza le apretaba
Que puso al pobre en un potro
Y aun le hubiera estrangulado
Á no encontrarse allí todos.
Corrió el ventero en su ayuda,
Su mujer rompió en sollozos,
Y su hija y Maritornes
Formaban con ellos coro;
Entre tanto, Sancho Panza
Decía:—Ya no me asombro
De que mi amo asegure
Que este castillo famoso

Está encantado; no hay duda,
Esta es la costa y hay moros.»

Iba, pues, tomando cuerpo
El no apagado rescoldo
General; mas por fortuna
Don Fernando, presuroso
Acudió á atajar el nuevo
Incendio, encontrando modo
De despartir al hidalgo
Y al cuadrillero, que próximos
Estaban á extrangularse
Mutuamente el uno al otro.
Quedaron, pues, separados;
Mas los cuadrilleros todos
Al hidalgo reclamaban
Diciendo:—Dénnos socorro
Para prender á ese infame
Robador, que por recónditos
Parajes, va salteando
Sin temer á Dios ni al prójimo.
Venga, que á ponerle vamos
En oscuro calabozo.»

—¡Hola! el hidalgo decía
Oyéndoles desdeñoso,
¿Con que todo eso tenemos?
¿Con que yo soy algún monstruo?
Venid acá, mal nacidos;
Gente soez, viles zorros.
¿De cuándo acá se os figura
Que es un criminal antojo,
Soltar los encadenados,
Remediar menesterosos,
Levantar á los caídos,
Dar al miserable apoyo,
Y obligar á los soberbios
Á soterrarse en el polvo?
Gente infame, gente estulta,
Camada inícuca de lobos,
Digna de que nunca el cielo
Alumbre vuestro meollo,
Para que apreciar podáis
La fe que en mi pecho escondo

Y el respeto que merece
 Quién como yo tiene solo
 Por norte facer justicia
 Y facerla bien y pronto
 Sin que nadie me coheche
 Con el infame soborno...
 Salteadores en cuadrilla,
 Y no cuadrilleros probos,
 Que Santa Hermandad formásteis
 Para hurtar con desahogo,
 Decidme ¿quién que no sea
 Ignorante, torpe, indocto,
 Ha firmado un mandamiento
 De prisión, contra un famoso
 Caballero cual yo soy
 Sin ver quién soy ante todo?
 ¿Quién es el Juez que así ostenta
 Entendimiento tan romo?
 ¿Quién el que ignora que exentos
 De judicial fuero somos
 Los caballeros andantes
 Cuyo poder es notorio,
 Pues con la espada llegamos
 Donde no alcanzan los otros?
 ¡Noramala para aquellos
 Que hacen de letras acopio
 Y con su sabiduría
 Se muestran huecos y orondos,
 Sin advertir que las armas
 Rigen los imperios todos,
 Por ser la ley de la fuerza
 El recurso más heroico
 Y hasta la razón más grave
 De todo concepto lógico!
 Y si no, decid, malvados,
 Decid, si no estais beodos:
 ¿Cuál fué el caballero andante
 Que al fisco entregó algún óbolo?
 ¿Cuál pagó pecho, alcabala,
 Chapín de la Reina, incómodo.
 Canon, moneda forera,
 Portazgos, ni más engorros?

¿Qué sastre le llevó hechura
De vestido, por lujoso
Que se lo hiciese? ¿Qué noble
Castellano fizo el dolo
De ofrecerle alojamiento
Para exigirle enojoso
Escote? ¿Qué Rey por alto
Que esté su dorado trono,
Á su mesa no le asienta?
¿Qué dama de bello rostro
Ó doncella candorosa
No se le aficiona pronto
Y se pone á su albedrío
Esclava de sus antojos?
Finalmente, ¿qué gallardo
Bizarro, bravo, brioso
Caballero andante hubo,
Hay ó habrá en el mundo todo,
Que no arrime cuatrocientos
Palos, á otros tantos bobos
Y cobardes cuadrilleros
Que para causarle oprobio,
Se le pongan por delante
Como pretendeis vosotros?

CXXXII

Paz octaviana.

En tanto que Don Quijote
Su gran discurso enjareta,
El Cura á los cuadrilleros
Palpablemente demuestra
Que el pobre hidalgo está loco,
Con lo cual su rabia enfrena.
Y como el hidalgo hacía
Otras mil y mil lindezas
Que confirmaban su falta
De juicio, y el Cura hiciera

Nuevos esfuerzos, trocose
En bonanza la tormenta.
Dejaron los cuadrilleros
De hacerle tan cruda guerra,
Y hasta quisieron solícitos
Apaciguar la pendencia
Que el barbero y Sancho Panza
Sostienen con furia inmensa.

Hechas las paces, mediante
Recíprocas componendas,
Amigos los dos quedaron
Trocándose algunas piezas
De las asnales monturas
Que originaron la gresca.
En lo que tocaba al yelmo
Ó bacía, dió por ella,
El Cura al barbero, ocho
Reales en buena moneda,
Sin que el digno Don Quijote
Un trato tal entendiera.
Después de esto, y para dicha
De todos, quedó la venta
Trocada en balsa de aceite
Después de tantas tormentas.

Restaba que los criados
De Don Luís se volvieran
Sin el joven, pues aqueste
Á ir con ellos no se apresta;
Y al efecto Don Fernando,
Declarando antes quién era,
Propuso que llevaría
Á Don Luís á su tierra
Donde en casa de su hermano
El Marqués, hallar pudiera
Decoroso alojamiento
Y amistad sencilla y buena.

En vista de lo imposible
Que era el llevarle por fuerza,
Tuvieron que resignarse
Con semejante propuesta
Y acordaron que tres de ellos
Para la corte partieran

Quedando el cuarto al servicio
Del joven que tanto aprecian;
Lo cual causó á Doña Clara
La más dulce complacencia.
Quiso también al momento
El Oidor padre de ésta,
Concertar con el Cautivo
Su hermano, cuanto interesa
Á su bien y al de Zoraida
Á quien ama muy de veras.
—Lo que se ha de hacer, les dice,
Es que conmigo la vuelta
Déis á Sevilla llevándoos
En mi coche, y mientras llega
Á nuestro querido padre
La grande y dichosa nueva
De que vives y te hallas
Conmigo esperando, venga
Á solemnizar tus bodas
Y el bautizo de tu bella.
Un mes viviremos juntos
Pues dentro de un mes, es fuerza
Que yo parta para Méjico
Donde el destino me lleva.»

Quedaron todos conformes;
Mas el ventero que vela
Por sus propios intereses,
Notando que ya se acerca
La hora de partir, al Cura
Llamó aparte y con cautela
Le recordó los destrozos
Que el gran Don Quijote hiciera
En sus vacíos pellejos
Lo cual con ira recuerda,
Jurando que no han de irse
Ni él ni Sancho si no dejan
Á Rocinante y al asno
De aquellos gastos en prenda.

Apaciguóle el buen Cura;
Mandóle traer la cuenta
Que le abonó Don Fernando
Aunque el Oidor bien quisiera

Hacerlo; y fué tal la paz
Octaviana que en la venta
Volvió á reinar tras de tantos
Disturbios y luchas fieras,
Que todos reconocidos
Aplaudieron la elocuencia
Del Cura, admirando juntos
La liberalidad extrema
Del enamorado esposo
De la feliz Dorotea.

CXXXIII

**¡Á la lid!—Impertinencias de Sancho.
Furia de Don Quijote.**

PUESTO está el gran caballero
De hinojos ante la infanta
Micomicona; mas ella
Le ruega y luego le manda
Levantar; se alza en efecto
Y de esta manera habla:
—Fué siempre común proverbio,
Ilustre y hermosa dama,
Que la diligencia es madre
De toda ventura grata.
En las cosas de la guerra
Siempre está recomendada
La celeridad, que presta
Al valor ligeras alas.
El caudillo que previene
Diligente la emboscada
Del enemigo, y es rayo
En la lid, victoria alcanza.
Esto digo, alta y preciosa
Señora, porque la estada
Nuestra en aqueste castillo
Ya me parece asaz larga.
Porque ¿quién sabe á estas horas

Lo que en vuestra tierra pasa
Y si ya ocultos espías
Vuestros intentos delatan?
Tal vez hoy vuestro enemigo
Sabe que mi fe os ampara,
Y castillo inexpugnable
Con gigantes torres alza.
Así pues, señora mía,
Démonos al punto traza
Para dar sobre su campo
Con la presteza del águila.
Partamos á la ventura,
Que esta será tan holgada
Para vos, cuanto yo tarde
En medir con él mis armas.

Calló luego, y la Princesa
Imitando sus palabras,
Con señorial estilo
Le dijo:—Yo os doy las gracias,
Señor caballero andante,
Viéndome objeto de tantas
Finezas como faceis
Á mis cuitas y desgracias.
Si partir presto anhelais,
Pongámonos, pues, en marcha,
Que mi voluntad es vuestra
Y en vos puse mi esperanza.
Disponed á vuestra guisa
Y talante; que por nada
Del mundo, á vuestra prudencia
Se ha de oponer temeraria,
La que una vez la defensa
De su persona os encarga
Y restauración os pide
De su trono y de su casa.
—Pues si es así, vamos luego,
Vamos luego á vuestra patria,
Donde se verá que el mismo
Infierno no me acobarda.
Sancho, ensilla á Rocinante;
Ponle á tu rucio la albarda;
El palafren de la Reina

Con gran cuidado prepara,
Y despidiéndonos luego
Del gran señor de este alcázar
Ó castillo, y de estos nobles
Caballeros y altas damas,
Vamos de aquí luego al punto;
Que media mucha distancia
Hasta aquel reino y es justo
Dar comienzo á la jornada.»

Esto dice D. Quijote,
Y el socarrón Sancho Panza
Que lo está escuchando todo,
Respóndele con cachaza
Meneando la cabeza:

—Ay! señor, ¡señor del alma!
Que hay más mal en la aldehüela
Que se suena y que se habla,
Con perdón sea dicho de
Las tocas y gente honrada.

—¿Y qué mal puede encontrarse
En ninguna aldea, plaza
Ó ciudad, que en menoscabo
Mio, suene, seor canalla?

—Si vuesa merced se enoja
No volveré á decir nada,
Por más que mi obligación
Hoy advertirle me manda.

—Pues yo te ordeno que hables,
Que si el miedo te avasalla
Yo no le tengo de oírte;
Dilo todo en confianza.

—No es, señor, que tenga miedo;
Se lo juro por mi ánima;
Sino que tengo por cosa
Cierta y bien averiguada
Que esta señora, que dice
Ser gran reina soberana
Del reino Micomicón,
No lo es más, y Dios me valga
Si miento, que lo es mi madre;
Porque si verdad hablara
No se andaría hocicando

Con alguno que aquí anda,
Yéndose por los rincones
En un quitame esas pajas.»

Calló Sancho; y Dorotea
Se puso muy colorada
Volviéndose á D. Fernando
Que allí tiene á sus espaldas;
Y como el sandio escudero
Conoce que está turbada,
Hizo un guiño y de este modo
Volvió á reanudar su plática:
—Esto digo, señor mío,
Porque si tras la jornada
Que vamos á hacer, el diablo
Viene y tira de la manta,
Y vemos coger el fruto
De nuestra tarea ingrata,
Al mismo que en este instante
Lo madura y lo prepara,
No hay para qué darse prisa
En salir de esta posada;
Sino estar quedos en ella,
Y cada pu.....erca en su casa
Hile lo suyo, y comamos
Todos juntos lo que haya.»

Trémulo, ansioso, mostrando
De rubor llena la cara;
Con los ojos encendidos
Como si fuesen dos ascuas;
Con los labios entreabiertos
Y con voz atropellada,
Al fin exclamó el hidalgo
Moviendo la lengua tarda:
—¡Traidor! bellaco, villano,
Maldiciente! ¿qué palabras
Proferiste en mi presencia
Y delante de estas altas
Señoras? ¿qué atrevimientos
Son esos? dí ¿dónde tanta
Deshonestidad ha visto
Tu imaginación bastarda
Y confusa? Vete, vete,

Deslenguado; húyete, aparta,
Mónstruo de naturaleza,
Depositario de falsas
Noticias, saco de embustes,
Silo de cosas bellacas,
Publicador de sandeces,
Enemigo de la fama
Y el decoro que debemos
Á la alteza soberana
De las personas reales...
Vete, ladrón, vete, mandria,
Y no parezcas delante
De mí; que si á tanto osaras,
Por Dios vivo que mis uñas
Te arrancarían el alma.

Esto dijo, y dió en el suelo
Tan furibunda patada
Que Sancho tembló, creyendo
Que ni aun salir le dejara.
Mas la piadosa y discreta
Dorotea, que ya estaba
Impuesta en saber cuán pronto
Al hidalgo se le pasan
Los enfados y rigores,
Dijo entre alegre y turbada:
—No os despecheis, por el cielo,
Y ved, señor, con más calma
Á vuestro buen escudero
Que se vá vertiendo lágrimas.
De su buen entendimiento
Y su conciencia cristiana,
No puede nunca esperarse
Que invente tales patrañas.
Vos, señor, estais seguro
De que en aquesta morada
Ó fortaleza, residen
Hechiceros y fantasmas.
Pues bien, también persuadida
Estoy yo de que aquí andan
Esas invisibles gentes,
Y ellas han sido la causa
De que Sancho haya creído

Ver en mí cosas livianas.
—Justo! dice D. Quijote,
Vuestra grandeza preclara
Ha tocado ya en el punto
En donde yo no tocaba.
Sin duda vieron sus ojos
Algunas visiones vanas;
Que yo sé muy bien, que el pobre
Testimonios no levanta.
—Así es, y así será,
Dice D. Fernando; haya
Compasión y vuelva luego
A gozar de vuestra gracia.
—Está bien, yo le perdono.

.....
Y llegando Sancho Panza
Besó á su señor la mano;
Y este con voz moderada
Bendiciéndole le dijo:
—Mira, mira, si yo estaba
Firme en el asegurarte
Con razón, que cuanto pasa
En este castillo, es todo
Movido por artes mágicas.

CXXXIV

Encantamento.

Poco después Don Quijote
Sobre un mal lecho descansa;
Pero su imaginación
Durmiendo y todo batalla.
Sueña esta vez, que soñando
Está con negros fantasmas;
Y ahora no es la locura
De aquella ilusión la causa.

De pronto grupos sombríos
De hombres que el rostro se tapan

Y ostentan sobre sus hombros
Ropones que les disfrazan,
Resueltos y silenciosos
Invaden su pobre estancia.
Van acercándose al lecho;
Se precipitan, le agarran,
Y sin piedad fuertemente
Las manos y pies le atan.

En esto, con sobresalto
Despierta, vé que se halla
Preso en tales ligaduras,
Y con la vista turbada,
Volviéndose todo oídos,
Su inquieta pupila clava
En las extrañas visiones
Que vé en torno de su cama.
—Oh! no hay duda, piensa entonces
Sin decir una palabra,
Estos son los magos viles
Que tanto envidian mi fama.

No son magos los que mueven
Esta broma y zalagarda,
Sino el mismo Don Fernando
Y cuantos allí se hallan,
Inclusos los cuadrilleros,
El ventero y los que estaban
Con Don Luis, que siguiendo
Del señor Cura las trazas,
Disfrazándose, pusieron
En movimiento esta máquina.
Sólo entre todos hallábase
Sin disfraz alguno Panza,
Y aunque obstinado silencio
Viendo aquellas cosas guarda,
Parécele que conoce
Aquella tropa taimada.

Proseguía Don Quijote
Tieso, atónito y sin habla;
Mas vió que luego traían
Á su presencia una jaula
Y sintió que dentro de ella
Los brujos le colocaban,

Clavando luego la puerta
Hecha con palos y tablas,
Dejándole allí encerrado
Tendido y hecho una estatua.

Tomáronle luego en hombros
Como quien lleva unas andas,
Y al salir del aposento
Se oyó una voz fuerte y clara
Que con temerosas frases
De esta manera le hablaba:
— «Caballero de la Triste
Figura que de aquí marchas,
No te dé afincamiento
La prisión en que te hallas.
Ella conviene á tus fines
Para dejar terminada
Mucho más presto, la grande
Aventura que te aguarda.
La cual deberá acabarse
Cuando el que no admite tacha,
Furibundo león manchego
Y la fiel paloma blanca
Tobosina, al fin yoguieren
En uno, viendo humilladas
Las sus altivas cervices
Ante la coyunda blanda
Matrimoñesca; de cuyo
Consorcio, saldrán á plaza
O á la luz del orbe todo
Bravos cachorros, con garras
Rapantes, como las tiene
Su padre; y esta fazaña
Vendrá á realizarse antes
Que la fugitiva y casta
Ninfa, cruzando el espacio
Faga sólo en dos vegadas
La su celeste visita
Siempre con carrera rápida.
Y tú el más noble y sufrido
Escudero, que con ansias
Á tu señor encantado
Miras, enjuga tus lágrimas

Y sigue todos sus pasos,
Que no serán defraudadas
Las promesas que te ha fecho
En mil ocasiones varias.
Sé fiel cual siempre lo fuiste;
Que de parte de la sabia
Mentironiana, asegúrote
De tu salario la paga,
Cual lo verás por la obra;
Y pues conviene que vayas
Con él, á donde pareis
Ambos, sigue sus pisadas.
Y porque ya no me es lícito
Pronunciar otras palabras,
Adios quedad, que yo vuelvo
Á donde sé que hago falta.

Calló la voz de maese
Nicolás, que es quien le habla
Oculto; y el buen hidalgo
Se consoló con tan grata
Profecía, pues comprende
Todo lo que le presagian.
Es decir, que se aproxima
La hora feliz, dulce, plácida,
De ayuntarse en matrimonio
Con Dulcinea, su amada,
De cuyo felice vientre
Saldrá una tropa bizarra
De varoniles hijuelos
Que glorifiquen la Mancha.
No hay duda, no hay duda, esto
Es lo que allí le declaran;
Y aunque encantado se halle
Buena es al fin la esperanza.
Por eso, dando un suspiro,
Dice con voz desmayada:
—¡Oh tú! quien quiera que seas
Que me anuncias dicha tanta,
Ruégote que de mi parte
Digas á aquel que me ampara
En mis cuitas, y que debe
Ser harto ducho en la magia,

Que perecer no me deje
En esta prisión menguada.
Que si yo cumplirse miro
Estas promesas tan faustas,
Tendré por gloria mis duelos,
Por alivio estas pesadas
Cadenas; por lecho blando
Esta férrea y dura cama.
Y en lo que toca al cariño
De este mi fiel Sancho Panza,
La mano en el fuego pongo:
Él irá donde yo vaya.
Y si por mala ventura,
Por mi mediación no alcanza
La grande y hermosa ínsula
Que le tengo aparejada,
U otra cosa equivalente,
Por lo menos tendrá paga
De salario; que así consta
En las terminantes cláusulas
Del testamento que hice
Antes de salir de casa.»

Calló Don Quijote, y Sancho
Confuso y lleno de lágrimas,
Pidió á su señor la mano
Con objeto de besársela;
Mas como el buen caballero
Las tiene juntas y atadas,
Alargó las dos, y Sancho
Posó sus labios en ambas.

CXXXV

¡Pobre Don Quijote!

En una mala carreta
De bueyes, está el que nunca
Sintió cruzar por su mente
Ideas torpes é impuras.

Valeroso cual ninguno,
Siempre fué derecho en busca
Del bien que á todos desea
Y que los hados le truncan.
¡Pobre caballero andante!
¡Pobre loco sin ventura
Que una bacía por yelmo
Tomas sin ver que te ofuscas!
¿Por qué hiciste en hora infausta
Semejante travesura?
¿Por qué á infames galeotes
Prestaste amparo y ayuda?
¿No ves que por tales cosas,
Que tu limpio honor deslustran,
Con razón van á llamarte
El de la Triste Figura?
Razón Sancho Panza tuvo,
Y razón más que mayúscula,
Aconsenjándote un día
Lo que tú no hiciste nunca.

Si poniéndote al abrigo
De la insolente fortuna,
En vez de ir por los campos
Buscando mil aventuras,
Te hubieras ido derecho
De un conquistador en busca,
Ó de cualquier pretendiente
Que enciende civiles luchas
Saqueando las ciudades,
Dejando la tierra inculta;
Tal vez hubieras logrado
Sin mengua de la honra tuya
Alcanzar gloria y provecho,
Fuese ó no la cosa justa.
Mas querer librar á un chico
De una soberana tunda,
Ser paladín de las reinas
Á quienes el trono usurpan,
No guardar rencor á nadie
Ni aun al mismo que te injuria;
Defender ajenas honras,
No entender cobardes burlas,

Consagrarte al bien del prójimo,
Mostrar la verdad desnuda,
Ser consecuente á tu dama
Y aborrecer la impostura....
Creer que gigantes viles
Á la sociedad perturban;
Que hay entuertos á millares;
Que el fuerte al débil abruma;
Y que los desaguizados
Tanto por desdicha abundan
Que es preciso romper lanzas
En pró de quien pide ayuda;
Son cosas que no han de darte
Más que desazones muchas,
Y muchos duelos y palos
Hasta que des en la tumba.

Si mintiendo y adulando
Á la servil turbamulta
De cortesanos subidos
Á los cuernos de la luna,
Hubieses besado humilde
Limpias manos, plantas sucias,
Labrándote sin vergüenza
Una colosal fortuna,
Para mostrarte más tarde,
Puesto ya en tales alturas,
Soberbio, orgulloso y cínico
Haciendo alarde de una
Sabiduría ficticia
Que á los incautos deslumbra,
Y al ambicioso dá alas,
Y alas de vistosas plumas...
Oh! entonces... entonces, fuérate
Consecuente la fortuna
Y por grande te aclamaran
Los que por medrar adulan.
Mas no hiciste nada de esto
Que alto renombre asegura,
Y en una jaula de palo
Los amigos te sepultan.
Y vas en una carreta
De bueyes, á donde nunca

Puedas incurrir de nuevo
En tan vulgares locuras.

CXXXVI

De cómo todos abandonaron la venta.

SORPRENDIDO el caballero
Al mirar que le ponían
Sobre un mal carro de bueyes,
Que con tardo paso iban
A conducirle no sabe
A dónde, triste decía:
—Muchas y graves historias
Leí durante mi vida,
De caballeros andantes;
Mas nunca los ví en tal guisa,
Sino sobre algún hipógrifo,
Nube ó cosa parecida,
Que con ligereza extraña
Muy lejos les conducía.
Tal vez del tiempo el transecurso
Trajo una moda distinta,
Ó por ser yo caballero
Novel, así me encaminan.
¿Qué te parece, hijo Sancho,
Fiel testigo de mis euitas,
De estas cosas?—Yo, señor,
No entiendo bien tales misas,
Que tan leido no soy
Como vuesa señoría,
En escrituras andantes;
Mas le juro por mi vida
Que estas visiones que andan
Por aquí dándose prisa,
No son del todo católicas.
—Católicas! en su vida
Lo fueron; y porque veas
Que son negras fantasías,

Ó verdaderos demonios
Que humana forma se aplican,
Húrgalos, tócalos, pálpalos,
Y verás cual se deslizan,
Como el aire ó como el humo,
Entre tus manos vacías.
—Por Dios, señor, dice Sancho,
Que ya los toqué, y diría
Que este diablo que aquí anda
Y parece que me mira,
Es bien rollizo de carnes
Y de calidad distinta
Que los demonios, pues huele
No á roña, sino á ámbar líquida.

Al hablar de esta manera
El pobre Sancho aludía
Á Don Fernando, que estaba
Muy cerca.—Pues eso estriba,
Volvió á decir Don Quijote,
En la gran bellaquería
Del diablo que nos engaña
Por el olfato y la vista;
Mas no dudes de que huelen
Á azufre ó cosa podrida.

De este modo conversaban
Ambos, mientras disponían
Los demás sus adminículos
Para abreviar la partida.

Don Fernando con Cardenio
En secreto departía;
Y ordenando que pusiesen
Á Rocinante la silla,
En el arzón colocaron
Adarga, peto y bacía.
Hicieron montar á Sancho
Sobre su bestia querida,
Y el señor Cura, que era
Director de aquella intriga,
Hizo que dos cuadrilleros
Fuesen en su compañía.
Entretanto la ventera
Salió al zaguan con su hija

Y Maritornes, fingiendo
Que lloraban condolidas.
Mas Don Quijote les dijo
Con mucha filosofía:
—No lloréis, buenas señoras,
Que todas estas desdichas
Son anejas á los que
Cual yo dan al mundo envidia.
Si yo fuese un caballero
De escasísima valía,
Nadie de mí se acordara
Ni en tal caso me pondrían.
Por lo demás, la virtud
Puede más que la falsía,
Y ella saldrá triunfadora
De cualquier celada indigna.
Y vosotras, perdonadme
Oh! señoras hermosísimas!
Si desaguisado alguno
Os he fecho sin malicia;
Que de voluntad á nadie
Lo fice en toda mi vida.
Rogad á Dios que me saque
De aquestas prisiones miserables
Donde un mal intencionado
Encantador me cautiva;
Que si de ellas salgo libre,
Siempre en mi memoria vivas
Estarán vuestras mercedes
Y yo dispuesto á servillas.

Mientras Don Quijote habla
De esta suerte, en la cocina
Maese Nicolás y el Cura
De la demás compañía
Se despiden, abrazando
Ó dando la mano amiga
Á Don Fernando, á Cardenio,
Á Dorotea y Luscinda,
Al Capitan, á su hermano
El Oidor, y á Clara la hija
De éste; al jóven Don Luis;
Y cuando á salirse iban

Dijo Don Fernando al Cura
Que le avisase en seguida
Del término del viaje
Que Don Quijote emprendía;
Que él á su vez se encargaba
De darle al punto noticias
De su unión con Dorotea,
De la vuelta de Luscinda
A su casa, del suceso
Que el buen Don Luis tendría,
Y del bautismo y la boda
De Zoraida, á quien estiman
Todos mucho; y para dar
Muestras de su cortesía
Y gratitud, el ventero
Dió al señor Cura en seguida
Unos papeles escritos,
En cuyo frente decía
Novela de *Rinconete*
Y *Cortadillo*.—Es la misma
Letra, dijo el señor Cura
Con que estaba la otra escrita,
Y yo acepto este regalo
Que juzgo de gran valía.»
Subieron Cura y Barbero
Sobre sus caballerías;
Cubrieron con antifaces
Sus rostros; y la partida
Comenzó de esta manera:
Delante del carro iba
Su conductor; á los lados
Dos cuadrilleros caminan
Armados con escopetas;
Luego á su señor seguía
Sancho Panza sobre el asno,
Sin pronunciar una sílaba,
Llevando de rienda al célebre
Rocinante que no chista.
Detrás el Cura y maese
Van con sus caras postizas
Sobre sus gallardas mulas
Cerrando la comitiva.

Y de tal modo se tapan
Y la presencia le esquivan,
Por que si los vé el hidalgo
Y los conoce y se indigna
No habrá cárcel que no rompa
Lleno de furiosa ira.
Por fortuna, Don Quijote
Con su suerte se resigna,
Y va sentado en la jaula
Con las piernas extendidas.
Atadas lleva las manos;
Su mirada está tranquila
Cual su pensamiento absorto;
No se sabe si respira.
Arrimado va á las verjas
Tan inmóvil, tan sin vida,
Que más que un hombre de carne
Parece una estatua rígida.

CXXXVII

Donde Sancho descubre el pastel.

Poco más de un par de leguas
Estaban ya separados
De su punto de partida,
Cuando hasta ellos llegaron
Siete hombres que venían
En serdas mulas montados.

Saludáronse al momento
Cortesmente, y admirado
El que de ellos parecía
De más distinguido rango,
Que era un ilustre canónigo
De Toledo, al ver el carro
Y la jaula do vá puesto
Nuestro valeroso hidalgo,
Á quien los dos cuadrilleros
Vigilan, pensó en el acto

Que era algún facineroso
De galeras escapado.

Llamó su atención no obstante
El misterioso aparato
Y ordenada procesión
Que en pos de aquél forman Sancho,
Rocinante, Cura y maese
Nicolás; y encuentra extraño
Que los que cierran la marcha
Lleven los rostros tapados.
Así, pues, todo curioso
Quiso la verdad del caso
Averiguar, y á uno de
Los cuadrilleros armados
Le dirigió sus preguntas;
Mas él contestó:—Es en vano,
Señor, que me pregunteis
Lo que significa el raro
Modo de viajar de aqueso
Caballero; preguntadlo
Á él puesto que nosotros
De seguro lo ignoramos.

Oyó el ilustre manchego
La plática, y dijo al cabo:
—¿Por dicha vuestras mercedes
Son peritos y versados
En los misterios que atañen
Al oficio noble y alto
Que ejercen los caballeros
Andantes?... porque en tal caso
Yo les contaré mis cuitas;
Mas si no, estaré callado.»

Al oír esto el Canónigo
Repuso:—Sabed, hermano,
Que sé mucho más de libros
De caballerías, y hablo
Con verdad, que de las sùmulas
Del discreto Villalpando.
Así, pues, podeis conmigo
Sin temor comunicaros.»

Dejó escapar un suspiro
Al oír esto el hidalgo,

Y exclamó:—De esa manera,
Bendigo de Dios la mano.
Sabed, señor caballero,
Que en esta jaula encantado
Me llevan por artes viles
De unos envidiosos magos.
Siempre la virtud se mira
Más perseguida de malos
Que amparada de los buenos;
Esto nadie ha de negarlo.
Caballero andante soy
Y no de los más medianos,
Sinó de aquellos que un día
Se ven immortalizados.
Por eso, á pesar de todos
Mis cobardes adversarios,
Serán mis gloriosos hechos
De las verdades dechado,
Y en los venideros siglos
Podrán arreglar sus pasos
Los que quieran de las armas
Llegar al punto más alto.
—Tiene razón Don Quijote
De la Mancha, dijo en tanto
El señor Cura llegándose
Á los que estaban hablando.
Tiene razón, y en la jaula
Donde lo veis va encantado
Más por las culpas ajenas
Que por sus propios pecados.
Á quien la virtud enfada
Y el valor no infunde agrado,
Mal pueden estas dos prendas
Exigir nobles aplausos.
Este señor que estáis viendo
Es el valiente y bizarro
Caballero de la Triste
Figura, que por sus altos
Hechos, ya su nombre tiene
Escrito en bronce y en mármol.
Al oír estas palabras
Y al ver cual se expresan ambos,

El Canónigo y los suyos
Estaban como embobados;
Mas esta vez Sancho Panza
No pudo estarse callado
Y dijo:—Pues yo, señores,
Salga polla ó salga gallo,
Quiéranme bien ó me quieran
Mal, juraré que mi amo
Don Quijote se halla hoy
Como mi madre encantado.
Él tiene su entero juicio,
Él habla como yo hablo,
Él come, bebe y evacua
Cosas que no es necesario
Explicar; y pues tal hace
Y los que están encantados
Ni comen, ni duermen, ni hablan,
Vénganme á mí con encantos
Y verá quien tal afirme
Si yo los dedos me mamo.
Dijo, y volviéndose al Cura
Tornó á exclamar con enfado:
—Ah! señor Cura! señor
Cura ¿para qué taparos
La cara, si yo conozco,
Á pesar de aquesos trapos,
Á vuesa merced? ¿Se piensa
Vuesa merced que no caló
Y adivino sus embustes
Con la causa de estos malos
Encantamientos? Pues sepa,
Señor, que estoy en el ajo.
En donde reina la envidia
No halla la virtud amparo;
Donde la escaseza existe
Liberalidad no hallamos.
Sepa ya su reverencia,
Y libreme Dios del diablo,
Que si no fuera por vos
Ya sería Rey mi amo
Casándose con la Infanta
Micomicona; y yo al cabo

Conde fuera, ó por lo menos
Archiduque ó archipámpano,
En premio de la grandeza
De mis servicios pasados.
Pero está de Dios á veces
Que los que andaban en zancos
Y en pinganitos, se vean
Hoy por los suelos rodando;
Y en verdad que por mis hijos
Y mi mujer siento el caso;
Que no es lo mismo el entrar
Allá en mi casa trocado
En visorey, que el que vean
Que soy mozo de caballos.
Y esto os digo, señor Cura,
Con gran respeto, rogando
Á vuesa Paternidad
Que mire con más cuidado
Lo que debe á su conciencia
Y no venga en nuestro daño.
—Adóbame esos candiles,
Dijo casi amostazado
El Barbero, al escuchar
Todo cuanto hablara Sancho.
¿También vos perteneceis
Al gremio de vuestro amo?
¡Vive el Señor! que voy viendo
Que vá á sernos necesario
Meteros en esa jaula
Donde os quedeis encantado
Con él, pues andais metidos
En el mismo tema ambos.
En mal punto os empenñásteis
De sus promesas y halagos,
Y en mal hora se os metió
Vuestra ínsula en los cascós.
—Eso, grita Sancho Panza,
Más que razón, es agravio.
Yo no tengo nada de eso
Ni de nadie estoy preñado.
Y os digo que no soy hombre
Que se deje ¡voto al diablo!

Empreñar del mismo Rey;
Pues aunque pobre, cristiano
Y cristiano viejo soy
Y no debo, cuando pago.
Si la ínsula deseo
Es porque la habré ganado,
Y si llegar puedo á Papa
No pico en quedar más bajo.
Ponga, pues, vuesa merced
Señor Barbero, cuidado
En lo que habla, y no ande
Buscando tres pies al gato.
Mire que no es todo hacer
Barbas; mire que va algo
De Pedro á Pedro, y que á mí
No me han de echar dado falso.
Si mis comadres me quieren
Mal, porque verdades hablo,
Yo sé, como cada *quisque*,
Dónde me aprieta el zapato.
Más sabe el necio en su casa
Que el cuerdo en la ajena, y algo
Quiero decirle con esto,
Pues en la nuestra se ha entrado.
Vos sin duda os disfrazásteis
Por venir de casta al galgo,
O por pensar que de noche
Todos los gatos son pardos.
Mas yo, que os he conocido,
Tras la cruz descubro al diablo,
Y á los que vienen por lana
Quisiera ver trasquilados.
Esto os digo; no me habléis
Del encanto de mi amo;
Dios sabe lo cierto; vea
Que es peor el meneallo.»

Dejó de hablar Sancho Panza
Y del cabestro tirando,
Con varonil entereza
—Arre, allá! dijo á su asno.

CXXXVIII

El Cura y el Canónigo.

MIENTRAS que el bravo escudero
Se sacude así las pulgas,
Grave plática sostienen
El canónigo y el Cura.

Contó el segundo al primero,
Respondiendo á sus preguntas,
Por qué razón vá en la jaula
El de la Triste Figura.

Hablaron de los libracós
Y las novelas absurdas
De andantes caballerías
Que enloquecen y perturban
El juicio de quien los lee;
Y siendo personas cultas
Y discretas, lamentáronse
De ver la literatura
Tan mal llevada y traída
Por corrales y tertulias,
Toda vez que el teatro estaba
Más corrompido que nunca
Lleno de rústicos zafios
De rufianes y de brujas. (27)

Llegóse en esto maese
Y díjoles:—Pues abruma
El calor, y ya el estómago
La hora de yantar barrunta,
Soy de parecer, señores,
Que á favor de la espesura
De este deleitoso valle,
Y cabe la fuente rústica
Que brota de los peñascos
Que hay á los pies de esa gruta,
Á sestear nos quedemos
Respirando el aura pura,

Mientras que los bueyes hallan
Pasto fresco, agua no turbia.

—Bien está, dijo el canónigo,
Y pues yo la misma ruta
Llevo, y el sitio en que estamos
Hallo mejor que la sucia
Venta próxima, me asocio,
Si vuestras mercedes gustan,
Á tan buenos compañeros
Á quien pido mis excusas
Por la libertad que tomo.
Partid vosotros en busca,
Dijo luego á sus criados,
De fiambres y de frutas,
Pan y todo cuanto halléis
Á mano, que con lisura
Aquí comeremos todos
Sobre esa yerba menuda.»

Lo cual oyendo el criado
Dijo:—Señor, ya la mula
Del repuesto está en la venta
Y no falta cosa alguna
Como no sea cebada
Para las cabalgaduras.

—Pues si es así, váyan todas
Á la venta, y piensen juntas,
Que aquí parece que piensan
En no haber pensado nunca.»

CXXXIX

Preguntas capciosas que hizo Sancho á su amo.

APROVECHANDO la ausencia
Del Barbero y los demás,
Sancho se acercó á su amo
Y le dijo:—¡Voto á San!
Señor caballero andante,

Que no os reconozco ya.
Triste y doliente le veo
Como si fuese á espirar,
Y al advertir tales cosas
Mi conciencia gritos da.
Así, pues, por descargarme
De un remordimiento tal,
Digo que este encantamento
Para mí no es de verdad.
Digo que esos que se tapan
El rostro con antifaz
Son el Cura y el Barbero
De nuestro mismo lugar.
Digo que envidia le tienen;
Que vuesa merced no va
Encantado, sino tonto
Y embaído por demás.
Digo... no digo, pregunto,
Y vuesa merced verá
Si á lo que pregunto y digo
Me quisiere contestar,
Cuán presto habré de probarle
Que más que encantado, está
Con el juicio trastornado
Y la razón no cabal.
—Pregunta lo que quisieres,
Hijo Sancho, dilo ya;
Que yo te satisfaré
Á toda tu voluntad.
Y en lo que dices de aquellos
Que allí delante ahora van,
No has de creer ni entender
Que son de nuestro lugar,
Sino hechiceros que toman
Su forma y tal vez su faz,
Para darte á tí ocasión
De engañarte y de pecar
Murmurando contra prójimos
Que no nos hicieron mal.
Porque aunque fueran los mismos
Que tú dices, ¿con qué imán
Á esta cárcel me sujetan

Que no la puedo dejar?
Desengáñate, hijo mio,
Sosiégate, date paz,
Que encantado estoy de veras
Cual nadie lo fué jamás.
Y puesto que preguntarme
Deseas, comienza á hablar,
Que yo, magüer que hechizado,
Siempre diré la verdad.
—¡Válame nuestra señora!
Gritó Sancho con afán;
¿Será posible que esté
En esa seguridad
Y que le hayan trocado
El meollo en pedernal?
Son el Cura y el Barbero,
Y lo puedo asegurar
Por Dios y todos los santos
De la corte celestial.
Y sinó, dígame al punto,
Y así le vea sanar
Y unirse con mi señora
Dulcinea, su mitad;
Dígame señor...—Acaba
Que ya es mucho conjurar.
—Dígame bajo la fe
De caballero...—¿Hablarás?
¿No te juro que estoy pronto
Á ser cual siempre veraz?
—Pues bien, si vuesa merced
Há de responder formal,
Yo con todo acatamiento
Pregunto: ¿Desde que vá
Encantado en esta jaula,
Tuvo gana ó voluntad
De facer aguas mayores,
Menores ó cosa tal?
—No entiendo aqueso de hacer
Aguas: explícate más.
—¿Es posible que no entienda
Vuesa merced lo que ya
Sirve en la escuela á los chicos

Que empiezan á destetar?
Pues sepa que le pregunto
Si tuvo necesidad
De hacer lo que no se escusa.
—Basta, te comprendo ya.
Tuve, y aun agora tengo;
Y si me puedes sacar
De este peligro, anda presto,
Que no todo limpio está.

CXL

Lógica inflexible.

Dió esta vez gozoso Sancho
Un segundo y mayor grito
Diciendo:—Cogido está,
Vuesa merced, señor mio!
Venga acá y dígame al punto:
Cuando un hombre anda metido
En grande apuro y aprieto
Ó en poder de un enemigo,
¿No suelen decir las gentes:
Fulano está muy malito;
No sé que tiene, él no come,
No bebe; no anda tranquilo;
Parece que está encantado?
Pues yo de aquesto colijo
Que tiene vuesa merced
Libre el cuerpo y el espíritu.
Vuesa merced come y bebe
Con grande sed y apetito;
Vuesa merced me responde
Á todo cuanto le digo;
Vuesa merced hace todas
Las cosas que ya se han dicho;
Luego al fin vuesa merced
No va encantado; es lo fijo.
—Verdad es, dice el hidalgo;

Verdad hablas, Sancho amigo;
Pero has de tener en cuenta
Las mudanzas de los siglos,
Y que lo que ayer se usaba
Pueden hoy sacar de quicio
Nuevas costumbres, logrando
Los magos que me han traído
Á este lugar, que haga cosas
Que no hicieron los antiguos
Encantados caballeros
De que están llenos los libros.
Yo sé, y tengo para mí,
Que sin voluntad camino,
Y que este encanto es más fuerte
Que mi pujanza y mis bríos.
De otro modo, yo no iría
Tan cobarde y tan sumiso
Defraudando la esperanza
De los muchos desvalidos,
Doncellas menesterosas,
Tristes ancianos y niños,
Que andarán desesperados
Demandando mis auxilios.
—Sin embargo, yo querria,
Señor, que en osequio mismo
De todos, y para ver
Si es cierto lo que le afirmo,
Procurara crebantar
Esas cadenas y grillos,
Dejando la oscura cárcel
Donde le tienen metido.
Hágalo vuesa merced,
Que á darle ayuda me obligo
Con toda mi voluntad
Y mi esfuerzo que no es chico.
Monte sobre Rocinante
Alegrando al pobrecillo
Que melincólico y triste
Está cual nunca lo he visto.
Hecho lo cual, probaremos,
Libres ya y en buen camino,
Otras lindas aventuras

Que dejen al mundo bizco.
 Probemos, que tiempo queda
 Para volver callandico
 Á la jaula, si las cosas
 No salen como imagino.
 Y en este caso, prometo,
 Á fe de escudero dino
 Y leal, meterme ahí dentro
 Para hacerle mis servicios.
 —Yo soy contento de hacer
 Lo que dices, Sancho amigo:
 Mira si hallas coyuntura,
 Y mándame á tu albedrío.
 Pero tú, Sancho, verás
 Que te engaña tu cariño
 Y que aquí esclavo me tienen
 Encantadores malignos.»

Llegó en esto la carreta
 Al fresco y ameno sitio
 En donde están el Canónigo,
 El Cura, y su buen amigo
 El Barbero; dejó libres
 Vagar por allí á su arbitrio
 El boyero á sus cornúpetos
 Animales; y movido
 A compasión el buen Sancho
 Ó tal vez, queriendo listo
 Proporcionar la ocasión
 De huir de allí, con gran mimo
 Rogó al Cura que sacasen
 De su prisión al cautivo
 Para hacer sus menesteres
 Con el recato debido
 Y la oportuna decencia
 Propias de un hombre tan inclito.
 Entendióle el señor Cura
 Y contestándole dijo:
 —De buena gana lo haría;
 Mas debo á la vez deciros
 Que temo se nos escape
 Armándonos algún lío.
 —Si eso teme, dice Sancho

Con acento aun más melífluo,
Bien puede sacarle, pues
Yo de la fuga le fío.
—Y yo también, dice á esto
El Canónigo solícito,
Y si él nos dá su palabra
De honor, en ella confío.
—Sí doy, responde el hidalgo;
Cuanto más, que el que rendido
Está, y como yo encantado,
No dispone de sí mismo,
Pues es acero obediente
Al imán de su enemigo.
Así, pues, podeis soltarme,
Que además de lo que he dicho,
Guardo cosas, que alejar
De vuestro olfato es preciso.»

Tomóle la mano entonces
El Canónigo y le hizo
Desenjaular, cosa que
Le llenó de regocijo.
Puso, pues, los pies en tierra,
Y lo primero que hizo
Fué estirarse todo el cuerpo
Que tenía entumecido.
Acercóse á Rocinante
Y acariciándole dijo:
—Por Dios te juro y su Santa
Madre, fiel caballo mío,
Que presto habremos de ver
Nuestros deseos cumplidos.
Tú con tu señor acuestas,
Y yo sobre tí subido
Ejercitando á mis anchas
Mi valiente y noble oficio.»

Y después de estas palabras
Con Sancho buscó un retiro
De donde volvió aliviado
Si bien algo pensativo.

CXLI

Pláticas eruditas.

— ROMANERO DEL INGENIOSO HIDALGO —

CUENTAN aquí las crónicas manchegas
Que el Canónigo, fiel á sus principios
De amor y caridad, no bien sentados
Se vieron á la sombra de unos tilos,
Dirigió la palabra al buen hidalgo
Diciéndole:—¿Es posible, señor mio,
Que haya podido tanto la lectura
De vuestros vanos mentirosos libros
Que encantado os creais? ¿Será posible
Que así os altere sin piedad el juicio,
La creencia quimérica y absurda
De que Amadises en el mundo ha habido?
¿Podeis creer en tanto caballero
Inverosímil, mágico, inaudito;
En tanto Emperador de Trapisonda,
En tanto Felixmarte, en tanto hechizo,
En tanto palafren, tanta doncella
Andante; tanto trágico artificio;
Tantas sierpes, gigantes, endriagos,
Tantas batallas, tanto laberinto
De Princesas que van enamoradas;
De escuderos que llegan convertidos
En Condes; de matronas tan valientes
Que exceden en valor á Marte mismo;
Sin contar otros mil y mil dislates
Como contienen vuestros sandios libros?
Yo de mí sé decir cuando los leo
Que alguna vez me agrada su principio,
Mas al notar al cabo sus mentiras,
Y cómo el gusto dejan corrompido,
Furioso los arrojo y pisoteo
Y hasta al fuego los diera por nocivos.
Vos de ellos sois la víctima; por ellos
Incurris en el triste desatino

De querer amparar menesterosos
Que de vos no se acuerdan, ni os han visto.
Fuego de Dios sobre los libros tales
Que á un hidalgo tan bueno y tan cumplido
Como vos fuísteis siempre, han puesto en trance
Tan triste como aqueste en que ahora os miro,
Pues maniatado dentro de una jaula
Vais como tigre ó animal dañino.
Tiempo es ya, tiempo es ya, señor hidalgo,
De que llegue á dolerse de sí mismo
Empleando en acciones más discretas
Su buen talento y generoso instinto.
Todavía, si quiere entretenerse,
Puede leer la historia de cien ínclitos
Varones verdaderos que ilustraron
Su patria, y fueron honra de su siglo.
Busque luego en las sacras escrituras
El libro de los Jueces, é infinitos
Hechos grandiosos hallará en sus páginas
Y ejemplos altos á la vez que dignos.
Tuvo un Viriato Lusitania un día
Que fué terror de Plancios y Servilios;
Y un César, Roma; Grecia un Alejandro;
Valencia un Cid; Castilla cien caudillos
Cuyos nombres gloriosos, por ser breve
Y no cansaros, con pesar omito.
Estos son los estudios agradables
De vuestro claro entendimiento dignos
Y con los cuales conseguir podreis
No sólo haceros sabio y erudito,
Sino también amante de lo bueno,
Prudente, cuerdo, valeroso, altivo,
Para bien de la Mancha en donde creo
Que tuvo vuestra vida su principio.
Atentísimamente Don Quijote
Oyó hasta el fin aquellos no pedidos
Consejos; pero al ver que ya el Canónigo
Dá señal de dejarlo todo dicho,
Después de haberle estado un buen espacio
Mirando, respondió con grave estilo:
—Paréceme, señor hidalgo, ó tengo
Telarañas ahora en los oídos,

Que la plática vuestra se encamina
A querer demostrarme que los libros
Que yo estudio con fe, son todos falsos,
Dañadores, inútiles, mentidos
Y que fago muy mal en darles crédito
Siguiendo fiel el andantesco oficio.
Esto, y probarme que en el mundo nunca
Existió un Amadís, ni un Cirongilio,
Ni un Orlando, ni un solo caballero
Andante os propusísteis?—Justo, es fijo.
—Dijísteis, además, que esa lectura
Llegó á privarme de razón ó juicio
Y que por eso voy en esa jaula
Como una fiera montaraz metido;
Lo cual os mueve á aconsejarme lea
Más sustanciosos y veraces libros;
Pienso que esto dijísteis en substancia.
—Eso es lo que hablé.—Pues yo replico,
Dice alzando la voz el caballero,
Que el que encantado está y fuera de tino
Es aquel que profiere mil blasfemias
Contra aquello que el mundo ha recibido
Con aplauso y se tiene por tan cierto
Como el que un dos y un tres suman un cinco
Digo también que todo el que negare,
Como vuestra merced ahora lo hizo,
Que Amadís fué en el mundo y que otros muchos
Tan grandes como él han existido,
Debiera ir á dar en esa hoguera
Que vos pedís para mis buenos libros.
Porque ¿quién que no esté ciego del todo
Me podrá sostener que no es verídico
Lo de la Infanta célebre Floripes;
Lo de Güi de Borgoña; lo del ínclito
Fierabrás con la puente de Mantible
Que todo sucedió en el tiempo mismo
De Carlo Magno, y que es tan verdadero
Como el que aquí nos vemos hoy reunidos?
Y si todo eso es falso y mentiroso,
Tampoco ya creer nos será lícito
Que hubo Héctor, Aquiles, guerra en Troya,
Doce Pares de Francia, laberinto

En Creta, Rey Artús de Inglaterra
 Que anda hoy en un cuervo convertido
 Y en su reino le esperan por momentos
 Pues ya de su venida muestra indicios.
 Y también se dirá que es mentirosa
 La peregrina historia de Guarino
 Mezquino; y jurarán que son apócrifos
 Los amores y dulces desvaríos
 De Don Tristán y de la Reina Iseo;
 Los de Ginebra, con su buen amigo
 Lanzarote; y habrá quien niegue acaso
 Cómo escanciaba con primor el vino
 La dueña Quintañoña, que mi abuelo
 Debió tratar, pues siendo yo muy niño
 Al mostrarme una vieja me decía:
 — Esa es la dueña Quintañoña, hijo. »
 ¿Habrá por fin, quien niegue, aquella célebre
 Historia y los sucesos acaecidos
 Á Pierres y su linda Magalona
 Conservándose de ellos un testigo?
 Id, si no lo creéis, á la Armería
 De los Reyes, y en ella en cierto sitio
 Hallareis la clavija del caballo
 De madera que Pierres atrevido
 Montaba caminando por los aires;
 Cuya clavija mágica se ha dicho
 Que es mayor que el timón de una carreta;
 Y junto á ella encontrareis de fijo
 La silla de Babieca; y en el pueblo
 De Roncesvalles os harán sus hijos
 Ver el gran cuerno de Roldan, tamaño
 Como una viga; y si esto es positivo
 Claro está que hubo Pares, que hubo Pierres,
 Que hubo Cides, que hubo cien distintos
 Caballeros andantes que cruzaron
 Ciudades y veredas y caminos.
 Niéguenme á mí las grandes aventuras
 De Juan de Merlo que á Borgoña vino;
 De mosen Pierres fuerte y valeroso;
 De Enrique Remestan, varón temido,
 Y de los dos bizarros españoles
 Pedro Barba, y el no menos magnífico

Gutierrez de Quijada (de quien yo
Que he llevado hasta hoy ese apellido,
Por línea recta de varón desciendo
Recogiendo la herencia de sus bríos).
Nieguen, en fin, que muchos caballeros
Mi noble profesión han ejercido,
Y que un Guevara, un Falces, un Quiñones
No hicieron las acciones que ahora imito;
Que al incrédulo y torpe que me diga
Que es farsa todo cuanto dejo dicho
Yo le tendré la lástima que debe
Mostrar el cuerdo al que le falta el juicio.»

CXLII

El caballero del Lago.

CALLÓ el hidalgo y su gentil arenga
Dejó á todos al punto boquiabiertos;
Mas no quiso el Canónigo rendirse
Á la fuerza de tanto y tanto ejemplo
Donde estaba mezclada la mentira
Con la verdad, en maridaje estrecho.
Así, pues, reanudando aquel diálogo
Se expresó de esta suerte con sosiego:
—Yo no puedo negar de modo alguno,
Mi señor D. Quijote, que sea cierto
Algo de lo que hablais, especialmente
En lo que atañe á nobles caballeros
Andantes españoles; cuyos nombres
Conozco bien y escucho con respeto.
Quiero á la vez creer que en Francia hubo
Doce Pares insignes; mas no puedo
Conceder lo que escribe el Arzobispo
Turpin, que pinta mil absurdos hechos.
Que fueron caballeros escogidos
Por los reyes de Francia, bien lo creo,
Pues fué una religión ú orden famosa
La que formaron tales caballeros

Como los de Santiago y Calatrava
Honra de España en los presentes tiempos.
Hubo un Cid Campeador, hubo un Bernardo
Del Carpio; pero dar no puedo crédito
Á los milagros que colgarles quieren
Historiadores falsos y embusteros;
Pues al fin el valor tiene sus límites
Y lo posible encuentra siempre un término.
En cuanto á la clavija de que hablásteis
Hoy mi ignorancia y ceguedad confieso,
Que no he logrado verla en la Armería
De los Reyes, dó estuve hace algún tiempo.
—Pues allí está, replica D. Quijote;
Y dicen, por más señas, que la han puesto
En una hermosa funda de baqueta
Por que no tome moho.—Estaré ciego
Pues no la ví; mas puesto que conceda
Lo que vos afirmáis con tanto empeño,
No por eso me obligo á convencerme
De la existencia de esos caballeros
Amadises, que fueron por el mundo
Tantos prodigios sin cesar haciendo
Como suponen esos malos libros
Que turban vuestro claro entendimiento
Y dan vida y calor á mil fantasmas
Hijas de locos y obstinados sueños.»

No pudiendo sufrir el buen hidalgo
Que así se ataque á su ideal más bello
Dijo:—De modo que los libros tales,
Que con Real permiso están impresos,
Y que con gusto general leídos
Son por grandes y chicos, por plebeyos
Y nobles, por letrados é ignorantes,
Causando admiración en todo género
De personas, de hoy más deben tenerse
Por sólo un gran tejido de embelecos?
¿Con qué es decir que estando consignados
En sus páginas, fechas, nombres, pueblos,
Los parientes, el día, la hora en punto
En que tales fazañas se hicieron,
Todavía con ánimo rebelde
Se niegan á ver luz los ojos vuestros?

Calle vuestra merced, no diga tales
Blasfemias; tome al punto mi consejo
Y engólfese prudente en la lectura
De esos libros si quiere hallar contento.
Si no, dígame, dígame al instante:
¿Hay mayor regocijo y pasatiempo
Que el mirar ahora mismo ante nosotros
Un lago colosal de pez hirviendo
Á borbollones, por el cual nadando
Van serpientes, lagartos y mil géneros
De animales feroces y espantables
Que por ojos y boca arrojan fuego,
Y que del medio del profundo lago
Sale una voz tristísima diciendo:
—Caballero, quien quiera que tú seas,
Que estás mirando el temeroso piélago,
Si quieres alcanzar la bienandanza
Que estas aguas encubren en su seno,
Muestra el valor de que te ves dotado
Tan ámpliamente por favor del cielo.
Arrojate en mitad de este encendido
Licor que exhala sus vapores fétidos;
Por que si así al instante no lo hicieres
No serás digno nunca ¡oh caballero!
De contemplar las altas maravillas
Que en sí contienen y que encierran dentro
Siete castillos de las siete Fadas
Que aquí debajo yacen; y al momento
Que el caballero escucha ese discurso
Verle valiente y arrojado y presto,
Sin quitarse siquiera de las armas
La gran molestia y fatigable peso,
Encomendarse á Dios y á su señora
Y arrojarle en mitad del lago negro
Donde vé, cuando menos se lo cata,
Unos campos floridos y risueños
Que compiten en gala y hermosura
Con los Eliseos..... Ah! ¿no es gran contento
El verle respirar las auras puras
Que dan ensanche á su oprimido pecho?
Allí el cielo es más puro y transparente,
El sol allí despide más reflejos;

Los árboles que bordan la floresta
Se ostentan á la vez más corpulentos,
Más lozanos, más verdes, más frondosos,
De frutas de oro á la sazón cubiertos.
Por doquiera se escucha el dulce canto
No aprendido, de pájaros ligeros
Pintados de colores que extasían
El ánimo del digno caballero.
Allí descubre frescas enramadas;
Aquí un manso clarísimo arroyuelo
Que sobre arenas de cernido oro
Y puras perlas se desliza inquieto.
Acullá vé una fuente artificiosa
Hecha de jaspe, y mármoles diversos;
Acá descubre otra que una rústica
Mano parece que hizo á lo brutesco
Poblándola de conchas amarillas
Y retorcidos caracoles huecos.
Más allá todavía, de improviso
Ante sus ojos se descubre un bello
Deslumbrador alcázar que parece
Un ardiente encendido Mongibelo.
Son sus murallas de macizo oro,
Son sus almenas de diamantes gruesos,
Las puertas de jacintos; finalmente
Él es tan admirable, tan soberbio,
Que con ser de diamantes, de carbunclos
De rubíes, de perlas, de oro, es menos
Valiosa la parte que le forma
Que el artificio con que está dispuesto.
Mas si ya cuanto llevo, señor, dicho
Es deleitable, plácido, selecto,
¿Qué diréis cuando os cuente los primores
Que nos quedan por ver y allí están dentro?

CXLIII

La dama encantada.

Al llegar á este punto hizo el hidalgo
Ligera pausa por tomar aliento

Y luego prosiguió con más vehemencia
Lleno de ardor y de entusiasmo lleno:
—Mirad, señores, ved esos prodigios
Que contemplando estoy con ojo atento:
Ya del alcázar ábrense las puertas,
Y en ordenada procesión saliendo
Cien doncellas bellísimas, avanzan
Ostentando sus trajes hechiceros.
Y la más principal de todas ellas
Tomando de la mano al caballero
Que al lago se arrojara, le conduce
Con grave pompa hasta el alcázar régio.
Allí todas, quitándole las ropas,
Déjanle al punto sin chistar en cueros
Y con aguas templadas y olorosas
Le bañan y le untan luego el cuerpo
Desde la nuca hasta los pies con muchos
Olorosos balsámicos ungüentos.
Camisa rica de cendal delgado
Le hacen vestir y un gran mantónsoberbio,
Que vale una ciudad, sobre los hombros
Le echan al cabo con recato honesto.
Ah! ¿quién tal vió? ¿no os dán, señor, envidia
Y júbilo á la vez tales sucesos?
¿No dá gozo el mirar cómo le llevan
Á un bello comedor, donde el concierto
De las mesas, es tal, que suspendido
Y admirado se queda y casi ciego?
¿Qué es ver allí el echarle agua á manos
Toda de ámbar con jarrón espléndido?
¿Qué el hacerle sentar sobre una silla
De marfil blanco con filetes de ébano?
¿Qué el mirarle servido por cien ninfas
Hermosas, que no turban el silencio?
¿Qué el traerle manjares tan sabrosos
Tan regalados y tan bien dispuestos,
Que la mente elegir no sabe absorta
Y el apetito quédase suspenso?
¿Cuál será oír la música invisible
Y los puros suavísimos acentos
Que suenan sin saberse quien los canta
Ni quien tañe los dulces instrumentos?

Y finado el comer, ya levantadas
 Las mesas y el salón casi desierto,
 Pues sólo en él se queda dormitando
 Nuestro feliz valiente caballero,
 ¿Qué será ver entrar por una puerta
 De la sala, á deshora y con sosiego,
 Una hermosa doncella, cuyo rostro
 Y cuyo traje y majestad del cuerpo
 Excede á todas cuantas vió hasta entonces?
 La cual tomando junto á él asiento
 Le cuenta cómo allí se vé encantada
 Con otras cosas que decir no quiero,
 Pero que admiran al lector que sigue
 Con atención la historia de estos hechos.
 ¿Á quién no causa gusto y maravilla
 Una lectura de tan gran provecho
 Pues infunde valor, cortesanía,
 Discreción, suavidad, tacto é ingenio?
 Yo de mí sé decir que desde el punto
 Que me troqué en andante caballero,
 Soy liberal, valiente, comedido,
 Blando, paciente, generoso y bueno;
 Y aunque há poco encerrado en una jaula
 Como loco me ví, si me da el cielo
 Ayuda, presto haré que de mi brazo
 El mundo vea el varonil esfuerzo.
 Entonces mostraré que agradecido
 Soy al favor que alguno me haya hecho.
 Gane yo una corona, siquier sea
 De algún remoto dilatado imperio,
 Y ya verán si premio á mis amigos,
 Y más aún á Sancho mi escudero
 Á quien en pago de su leal servicio
 Un Condado ofrecí que darle intento,
 Si bien temo que no ha de gobernarle
 Con grande aplauso y delicado acierto.
 —Eso, señor, observa Sancho Panza,
 No debe preocuparos ni doleros,
 Que amén de no ser bobo, me parece
 Que no me faltan prendas de gobierno.
 Y si acaso faltaren, hombres hay
 Que toman esas cosas en arriendo,

Con lo cual y cobrando linda renta
Yo dormiré mientras que velan ellos.
—De todos modos, añadió el hidalgo,
No faltan en la historia otros ejemplos,
Y Conde de una ínsula famosa
Hizo Amadis de Gaula á su escudero.
Así, pues, no te apures, hijo Sancho,
Eso y más tus servicios merecieron;
Pronto, muy pronto llegará la hora
De darte honroso y merecido premio.»

CXLIV

Una cabra fugitiva.

SUSPENSO quedó el Canónigo
Y admirado más que nadie,
Al oír los concertados
Y solemnes disparates
Que le ensartó Don Quijote
Con aplomo tan notable
Que parecía haber visto
Con sus ojos, arrojarle
Al Caballero del Lago;
El cual bajando triunfante
Á la floresta encantada
Vió en ella prodigios tales.
Y si esta rara manía
Y poéticos dislates
Le causaron tal sorpresa,
No fué á la vez menos grande
La que sintió al ver á Sancho
Que gozoso y rozagante
Se andaba pavoneando
Con el rostro hecho un tomate,
Pensando en la hermosa ínsula
Que su señor iba á darle.

En vano intenta el Canónigo
Hacerle ver lo muy grave

Que es gobernar, pues á todo
Responde Sancho que él vale
Tanto como otro cualquiera
Hecho de hueso y de carne;
Y que en haciendo su gusto
Lo demás no importa á nadie.

Llegaron en esto al sitio
Donde están nuestros viandantes,
Los criados del canónigo
Que sendo repuesto traen;
Y puestos todos en círculo
Á la sombra de los árboles,
Matando el tiempo, mataron
Á la vez la sed y el hambre.
En esto llegó hasta ellos
Por aquel lado del valle
Cierta rumor, y mirando
Qué es lo que puede causarle,
Vieron una hermosa cabra
Salir de unos matorrales,
Y detrás de ella un cabrero
Que la llamaba, aunque en balde,
Pues despavorida vino
Junto á todos á ampararse.
Llegó el cabrero, y asiéndola
De los cuernos, cual si hablase
Con persona que entendiese
Sus conceptos y sus frases,
Dijo:—¡Ah cerrera, cerrera!
¿Por qué el aprisco dejaste?
¿Cómo andais vos estos días
Que dais de espanto señales
Y nunca se os vé tranquila
Ni allí ni en ninguna parte?
Mas ya entiendo que sois hembra,
Y esto me explica bastante
Que sois de perverso instinto
Y de condición mudable.»

Dieron gran contento á todos
Estas quejas y otras tales
Que dió el cabrero, y al punto
Dijo el Canónigo afable:

—No os acucieis tanto, hermano,
Por llevaros al instante
La cabra, que si ella es hembra
Como hace poco observásteis,
No habrá fuerza que la obligue
Ni discurso que la ataje
Si tirar al monte quiere
Aunque se despeñe y mate.
Tomad, buen hombre, un bocado,
Bebed un trago y las paces
Haced con ella, dejándola
Que aquí un momento descanse.»

Al decir esto, el Canónigo
Le dió los lomos fiambres
De un conejo; comió el hombre,
Bebió, y al fin sosegándose
Dijo:—En verdad, no querría,
Señores, pues me escuchásteis
Hablar con esta alimaña,
Que por simple me tomáseis.
Rústico soy, mas no tanto
Que á las bestias equipare
Con los hombres; si algo dije
Que encontréis vituperable,
Sabed que no sin misterio
Hablé cosas semejantes.

—Eso creo firmemente,
Dijo el Cura, y tan distante
Estoy de creeros simple,
Cuanto que el tiempo á enseñarme
Vino, que los montes crían
Letrados, y en miserables
Chozas de pastores, suelen
Nacer filósofos grandes.

—Á lo menos, el cabrero
Replica, suelen mostrarse
Amparadores de tristes
Escarmentados, que traen
Á la soledad sus duelos
Y al silencio sus pesares.
Y á fin de que esta verdad
Resulté clara y palpable

Yo me convido á mostrárosla,
Aunque no me invite nadie,
Siempre que mi fiel relato
No os desazone ni os canse.»

Tomó la palabra al punto
Don Quijote, y dijo:—Hable;
Que esto trasciende á aventura
Y á caballeresco sabe.

Yo os oiré con mucho gusto,
Y estos señores amables
Lo harán también cual discretos
Amigos de novedades
De esas que suspensos dejan
Los sentidos corporales,
Y á las potencias del alma
Dan un deliquio suave.

Así, pues, comience y díganos
Esos misteriosos lances
Que todos escucharemos.

—Menos yo, dice al instante
Sancho, que saco la mia
Y en eso no tomo parte.

Voime á aquel arroyo con
Esta empanada ú hojaldre
Donde para un par de días
Pienso á mis anchas hartarme.

Que según dice mi amo,
Todo escudero de andante
Campeón, está en peligro

De perderse en un salvaje
Bosque, ó en alguna selva
Oscura é impenetrable,

Donde sin hallar salida
Puede morirse de hambre
Y hasta convertirse en momia

Si no prepara buen lastre.»

CXLV

El cabrero cuenta su historia.

Dió su venia Don Quijote
Á su glotón escudero,
Y tendiéndose la cabra
Cabe los pies de su dueño
Así comenzó á decirles
El complaciente cabrero:
—Tres leguas de aqueste valle,
Y en un sitio muy ameno,
Está una pequeña aldea
Rica y de agradable aspecto.
En ella un buen labrador
Vivía, rico en extremo;
Más querido por sus prendas
Que por sus muchos dineros.
Según él la mayor dicha
Que le concediera el cielo
Fué una hija, cuyo rostro
No admite encarecimiento.
Su discreción y donaire
Y su virtud tales fueron
Que al cumplir dieciseis años
Era un ángel verdadero.
La fama de su belleza
Se fué doquiera extendiendo
De tal modo, que venían
Á verla desde muy lejos.
Su padre, en tanto, guardábala
Como oro en paño, advirtiéndole
Que ella ponía candados
Á su honor limpio y honesto.
Era, en fin, tan codiciada
Por todos los de su pueblo
Y requerida por tantos
Diligentes forasteros,

Que su padre se mostraba
Indeciso y aun perplejo
Sin saber á quién daría
Una joya de tal precio.

Era yo, señores míos,
Uno de los que primero
Solicitaron su mano
Con enamorado empeño.
Y como prendas tenía
Por ser limpio mi abolengo,
Grande mi hacienda, y no poca
Mi fama de hombre de ingenio,
Llegué á tener esperanzas
De alcanzar feliz suceso.
Quiso, no obstante, la suerte,
Que otro joven compañero
De mi infancia, y que tenía
Iguales merecimientos
Que yo, también la pidiera
Por esposa al propio tiempo.
Quedó el padre complacido;
Mas dudoso en tal extremo
Que no supo contestarnos;
Antes bien, como discreto,
Quiso que su amada hija
Leandra (que así en efecto
Se llama la rica hermosa,
Que en tal miseria me ha puesto),
Elijiese al que pudiera
Inspirarla más afecto.

Esta indicación del padre,
Que yo justa considero,
No sé si encontró en Leandra
El mejor acogimiento;
Sólo sé que desde entonces
Se nos vino entreteniendo
Con decirnos que era corta
Su edad, y que con el tiempo
Tal vez uno de nosotros
Llenaría sus deseos.
Llámase, señores míos,
Mi competidor, Anselmo

Y á mí mis honrados padres
Diéronme el nombre de Eugenio;
Cuyos nombres os declaro
Por daros conocimiento
De los personajes todos
De este trágico suceso
Que aunque no está concluído
Tendrá desastroso término.
Digo, pues, que á la sazón
En que estábamos temiendo
Y esperando una respuesta
Que al uno diera contento
Y pena al otro, acertó
Á volver á nuestro pueblo
Un Vicente de la Rosa,
Hijo de un pobre labriego,
El cual, de Italia venía
Y de otros puntos diversos
Vestido á la soldadesca
Muy pintado y muy compuesto;
Muy lleno de relumbrones;
Muy estirado y muy tieso,
Con mil dijes de cristal
Y cadenillas de acero.
Hoy se ponía una gala
Y mañana otra; siendo
Todas sutiles, pintadas,
Sin tomo, valor, ni peso.
Vió la gente labradora
Tan galanos embelecó,
Y como de suyo es
Maliciosa en todo extremo,
Notó y contó sus presecas
Por matar ocios y tiempo,
Y vió que de tres vestidos
Era legítimo dueño
Al parecer; pero hacía
Tantos guisados con ellos
Combinando los colores,
Medias, ligas y plumeros,
Que de no haberlos contado
Con tan minucioso empeño

Le hubiera dado cualquiera
Veinte trajes por lo menos.

Este tal, solía sentarse
Sobre un poyo que está puesto
Bajo un álamo frondoso
Que hay en la plaza del pueblo,
Y allí nos tenía á todos,
Admirados, boquiabiertos,
Pendientes de las hazañas
Que nos iba refiriendo.
No había tierra en todo el mundo
Que él no hubiese visto; ni hecho
Memorable, donde dado
No hubiera muestras de ingenio.
Él solo mató más moros
Que hubo en Túnez y en Marruecos,
Y en desafíos parciales,
Fué un Gante, un Luna, un Don Diego
Paredes, sin que ninguno
Le hubiese tocado el cuerpo.
Hablabá de *vos* á todos
Sus iguales, y poniendo
Su linaje en zancos, iba
Siempre ufano, orondo y hueco.
Rasgueaba una guitarra,
Componía malos versos,
Y finalmente se andaba
Holgando por todo el pueblo,
Con todos y en todas partes
Campando por su respeto.»

CXLVI

El cabrero prosigue.

— «Ese soldado que os pinto,
Ese la Rosa que os muestro,
Ese galán, ese músico,
Ese vate callejero.

Fué el mortal que amó Leandra
Con afán demente y ciego.
Vióle por una ventana:
Y sus galanes arreos,
Su arrogancia impertinente,
Sus pujos de caballero,
Sus guerreras aventuras,
Su desenfado grotesco,
Bastaron para robarla
Toda la razón y el seso
Antes que el mismo la Rosa
Se diese cuenta de ello.
Y á tanto su ceguedad
Llegó, que su casa y tierno
Padre, abandonó, fugándose
Á deshora de su pueblo.
Admiró el suceso á toda
La aldea, quedé suspenso;
Anselmo atónito; el padre
Sumido en abatimiento;
Los parientes afrentados;
Los envidiosos riendo;
Solicita la justicia,
Y listos los cuadrilleros.
Tomáronse los caminos,
Registróse el bosque espeso,
Y solo al pasar tres días
La pista encontrar pudieron.
Halláronla en una cueva
En camisa, sin dineros,
Y sin las joyas preciadas
Que llevó en su mal acuerdo.
Lleváronla á la presencia
Del padre herido y colérico:
Preguntóla éste irritado
Y confesó sin rodeos
Que Vicente de la Rosa
La engañó, dándole pérfido
Para sacarla de casa,
Palabra de casamiento.
Contó, en fin, cómo el soldado
Aprovechando el silencio

De la noche, la condujo
Por ignorados senderos.
Llevóla á un áspero monte
Donde su malvado intento
Consumó, si bien no hizo
De su posesión aprecio
Y gozoso con robarla
Dejóle su honor entero.

Esta relación, señores,
Causó en todos un efecto
Singular; pues parecía
Difícil y hasta violento
El creer tal continencia
En semejante sujeto;
Mas ella con tantas lágrimas
Lo afirmó una vez y ciento,
Que el desconsolado padre
Quedó un tanto satisfecho,
Al comprar con sus riquezas
Algo de esperanza y crédito.
No pudo, á pesar de todo,
Dejar de mostrarse recto,
Y destrozándose el alma
Llevó al punto á un monasterio
Á la mal aconsejada
Leandra, por ver si el tiempo
Nos mata á todos, ó hace
Gastar algo el mal concepto
De aquella que siendo cuerda
Obró con tal desacuerdo.
Llevóla á encerrar su padre,
Y desde entonces Anselmo
Y yo, nos quedamos tristes
Sin ver la luz de su cielo.
Pareciéronos una tumba
Nuestra casa y nuestro pueblo,
Y pasábamos el día
Al soldado maldiciendo.
Finalmente, concertamos
Dejar la aldea, y viniéndonos
Á este valle, en él pasamos
La vida con más sosiego.

El cuidando un gran rebaño
De ovejas suyas; yo haciendo
De pastor de muchas cabras
De las que también soy dueño.
Aquí, juntos ó apartados
Alzamos la voz al cielo
Y su ausencia bendecimos
Aunque la echamos de menos.
Muchos de los que la amaban,
Ó su mano pretendieron,
Viniéndose aquí, trocaron
En Arcadia este desierto.

Lleno está de cien pastores
El valle, y el monte lleno
De amantes desengañados
Que aunque con vista, están ciegos.
El nombre de ella grabado
En todos los troncos vemos;
Y en lo intrincado del monte,
Al borde del arroyuelo,
Distintamente le oímos
Repetido por el eco.
Sin esperanza, esperamos,
Sin razón compadecemos;
Sin justicia maldecimos
Y sentenciamos el pleito.
Que si ella no quiso á nadie
Ni en público ni en secreto,
Solo obró en su propio daño
Y á nadie traición ha hecho.
Esta es la causa, señores,
Por la que triste reniego
No sólo de esa cuitada
Si no de todo su sexo.
Por eso á esta cabra, dije
Semejantes improprios,
Que es hembra y la tengo en poco
Aunque es la mejor que tengo.
Si en mi historia fuí prolijo
Seré en el serviros presto,
Que cerca está mi majada
Y si á ella vais, os ofrezco

Leche pura, frutas varias
Y sabrosísimo queso.

CXLVII

Mientes como puños.

GENERAL gusto causó
Y aun mucho más al Canónigo,
El relato del cabrero
Que los tuvo un rato absortos.
—Razón teneis, señor Cura,
Dijo aquel; en los recónditos
Montes, se crían letrados
Y en las chozas hombres doctos.

Con esto dieron á Eugenio
Las gracias con finos modos,
Y Don Quijote le dijo
Entre afable y pesaroso:
—Por cierto, señor cabrero,
Que si consagrarme al prójimo
Hoy pudiera, obedeciendo
Á mis marciales antojos,
Y á los sentimientos míos
Que son siempre generosos,
Ahora mismo partiría
Sobre mi corcel indómito;
Y llegando al monasterio
Donde encerrada supongo
Sin voluntad á Leandra
Y puesta en un calabozo,
Yo de allí la sacaría
Aunque la Abadesa y todos
Los que la oprimen, quisieran
Estorbarlo; y presuroso
En seguida la pondría
Á vuestras plantas de hinojos
Para que con ella hiciérades
Cuanto debe un hombre probo

Facer con una doncella,
Magüer de ella esté celoso.
Yo en Dios, sin embargo, espero
Que habré de salir muy pronto,
Y cuando menos lo cate,
De este estado que deploro.
Que no ha de poder la fuerza
De un mago lleno de encono
Más que el influjo benigno
De encantadores piadosos.
Y si llegare ese instante
Que no debe estar remoto,
Yo para entonces prometo
Mi favor y ayuda, como
Me obliga mi profesión
Y me demandan los votos
Que fice de remediar
Siempre á los menesterosos.»

Miróle el cabrero, y viéndole
Tan desaliñado y roto,
De admiración dando muestras
Al Barbero, que más próximo
Encontró, dijo:—¿Quién es,
Señor, ese raro aborto
Que tal talle tiene y habla
Con aires tan belicosos?
—¿Quién ha de ser, le responde
El Barbero; es el famoso
Don Quijote de la Mancha;
El que nunca tuvo asomos
De pavura; el caballero
Más discreto y valeroso
De cuantos se dedicaron
Á ir por el mundo todo,
Ora desfaciendo agravios,
Ora castigando el dolo,
Ora enderezando entuetos,
Ora en fin quitando estorbos,
Para que todos le aclamen
Por sus méritos notorios,
Terror de magos y brujas,
Y de gigantes asombro.»

—Eso, replica el cabrero,
Parece que tiene asomos
De semejarse bastante
Á lo que ciertos *infólios*
De caballeros andantes
Nos cuentan; mas yo supongo
Que vuestra merced se burla
Al echarle esos piropos,
O que aqueste gentil hombre
Tiene ya seco el meollo
Y enteramente vacíos
Los aposentos más hondos
De la cabeza.—Y yo juro,
Gritó el hidalgo furioso,
Que vos sois un gran bellaco
Malandrín de tomo y lomo.
Que sólo vos sois vacío
Y menguado y torpe, y bobo,
Pues yo me encuentro más lleno,
Más lleno ¡voto al demonio!
Que pudo estarlo en su vida
La que os parió de mal modo.»

Diciendo de esta manera
El hidalgo valeroso
Tomó un pan que cerca estaba,
Y dió con él en el rostro
Del cabrero, remachándole
Las narices; pero el mozo,
Que de burlas no entendía,
Levantándose de pronto
Sin tener respeto á nadie
Y atropellándolo todo,
Saltó sobre Don Quijote,
Y puesto sobre sus hombros
Tanto le apretó el pescuezo
Con ambas manos furioso
Que de seguro le ahogara,
Si Sancho, no menos fosco
Que los dos, no arremetiera
Al cabrero, y con encono
No le arrojara de espaldas
Dejando los platos rotos,

Los manteles arrollados,
El vino trocado en lodo,
Los manjares por el suelo...
Siendo tal el alboroto
Que se armó, tanta la broma
Y aun el maligno alborozo
De aquellos espectadores,
Que hasta se rió el Canónigo.

CXLVIII

Puños como mientes.—Los disciplinantes.

AYUDADO Don Quijote
Por el bravo Sancho Panza
Y libre ya de las férreas
Manos que le sujetaban,
Cogió al cabrero debajo
Y con inaudita rabia,
Cerrando el huesoso puño,
El rostro le aporreaba.
Entre tanto, su escudero
Daba coces y patadas
Á Eugenio, y este un cuchillo
De la mesa buscó á gatas,
Decidido á sepultarlo
Del hidalgo en la garganta;
Cosa que el Cura y Canónigo
Con gran cuidado evitaban.
Hizo, no obstante, el Barbero
Una gran barrabasada,
Pues sin quitar ni poner
Rey, como el Beltrán de marras,
Hizo que quedase encima
El Cabrero; que se harta
De dar fuertes mojicones
Sobre el héroe de la Mancha
Que ya tiene las narices
Y encías ensangrentadas.

Sigue el fragor de la lucha,
Este azuza, el otro ladra,
Y los dos competidores
Se golpean y se arañan.
Sancho está desesperado
Porque sujeto se halla
Por un mozo del Canónigo
Que de la lucha le aparta.

En tal estado los unos
Y los otros se encontraban,
Cuando llegó á sus oídos
El son doliente, y la extraña
Voz, de una aguda trompeta
Que tristísima sonaba.
Volvieron todos los ojos,
Ganosos de ver la causa
De aquel rumor repentino;
Pero quien sintió en el alma
Mayor duelo y alboroto
Y más quebranto y más ansias,
Fué el insigne D. Quijote
Que bajo el cabrero estaba,
Y que dijo de repente:
—No des, espérate, basta,
Hermano de los demonios;
Que del demonio es tu raza
Puesto que las fuerzas mías
Con las tuyas avasallas.
Tente, y por sólo una hora
Concertemos tregua franca,
Que ese clarín que escuchamos
A nuevas lides me llama.
No me quites hoy la gloria
De aquesta aventura rara
Ni dejes huérfano al mundo
De mi protección magnánima.

Calló el hidalgo, y Eugenio
Que ya de moler se cansa
Y de ser molido, accede
Desde luego á la demanda.
Pónese en pie D. Quijote,
Queda libre Sancho Panza,

Y ambos ven á muchos hombres
Que de un recuesto bajaban
Vestidos de blanco, á modo
De silenciosos fantasmas.
Eran gentes de una aldea
Que no lejos de allí estaba
Y que en procesión venían
Á una ermita venerada
Rogando á Dios que enviase
Á su sedienta comarca
El bienestar que prodiga
Lluvia benéfica y grata.
Y aunque D. Quijote ha visto
Cien veces y mil las prácticas
Religiosas de los pueblos
Que así su fe y esperanza
Mantienen, no las recuerda;
Sólo contempla las trazas
De aquellos disciplinantes
Que por el recuesto bajan
Trayendo sobre sus hombros
Una imagen enlutada
Que él toma por gran señora
Y no por la Virgen Santa.
—Sin duda aquellos follones,
Dice para sí, encantada
Ó presa, llevan ahora
Alguna doliente infanta.
Ya verán los malandrines
Lo que ahora les aguarda.
Dice; con gran ligereza
Mueve la segura planta
Y arremete á Rocinante
Que allí paciendo se halla.
Quita del arzón el freno;
Enfrena, toma la adarga;
Monta de un salto; le pide
Al escudero la espada
Y volviéndose hacia todos
De esta manera les habla:
—Agora mismo veredes,
Dignísimas camaradas,

Si importa que haya en el mundo
Quien profese la orden magna
De andante caballería
Que así alivia las desgracias.
Agora veredes, digo,
Cómo al librar á la alta
Señora, que va cautiva
Por aquella ruín canalla,
Comprendeis los mil servicios
Que prestamos á la patria.

Y en diciendo esto, apretó
Los muslos con tales ganas,
Pues de espuelas carecía,
Que á todo galope marcha
El bueno de Rocinante
(Porque carrera tirada
No se lee en esta historia
Que diese aquella alimaña),
Yendo en busca de la gente
Que con voz devota canta.

En vano el Cura, el Barbero
Y el Canónigo trataban
De hacerle volver; en vano
El infeliz Sancho Panza
Con grandes voces decía:
—Ah ¡señor! ¿á dónde marcha
Vuesa merced? ¿qué demonios
Le incitan para que vaya
Contra nuestra fe católica,
Sólo porque en unas sábanas
Se envuelven esos devotos?
Advierta y mire, ¡malhaya
Yo! que son disciplinantes;
Y la que vá en la peana
Es la imagen benditísima
De la Virgen pura y sacra.
Mire, señor, lo que hace
Perdiendo el cuerpo y el alma.

Esto dijo el escudero;
Mas por mucho que gritara,
Don Quijote iba empeñado
En librar á la enlutada,

Y un paso atrás no daría
Aunque el rey se lo mandara.

CXLIX

El golpe de gracia.

LLEGÓ el caballero al sitio
Por dónde el cortejo pasa,
Y parando á Rocinante
Que aquietarse deseaba,
Con turbada y ronca voz
De esta manera les habla:
—Vosotros que por no ser
Buenos, os tapáis las caras,
Atendedme, y escuchad
Con atención mis palabras.

Detuviéronse al instante
Los que la imagen llevaban,
Y uno de los cuatro clérigos
Que letanías cantaban,
Mirando la catadura
De Don Quijote, la escuálida
Figura de Rocinante
Y otras muchas circunstancias
De risa, que descubrió
En el héroe de la Mancha,
Le dijo:—Señor hermano,
Si de hablarnos tiene ganas
Hable presto, que esos pobres
Hermanos, las carnes blandas
Se abren con sus disciplinas
Y hay que abreviar la jornada.
Díganos, pues, lo que guste,
Mas dígalo en dos palabras.
—En una yo os lo diré,
Dijo el hidalgo con calma;
En una y es esta: dejen
Al punto libre á esa alta

Hermosísima señora,
Cuyas tiernísimas lágrimas
Me hacen ver que la lleváis
Por vuestra fuerza obligada,
Y que algún desaguisado
La facéis en hora mala,
Ó de lo contrario sois
Conmigo en campal batalla.
Oyendo tales razones
Aquellos que le escuchaban,
Considerando sin duda
Que está loco el que les habla,
Comenzaron á reirse
De tan buenísima gana
Que furioso Don Quijote
Echó la mano á la espada
Y arremetió de improviso
Á los que van con las andas.
Entonces, uno de aquellos
Que en sus hombros las llevaban,
Dejando á sus compañeros
Su preciosísima carga,
Al encuentro del hidalgo
Salió, y con no menos rabia
Enarbolando la horquilla
Que para el caso llevaba,
Paró con ella el impulso
De la primer cuchillada
Ó tajo que el caballero
Furibundo le asestara.
Quedóse rota en dos partes
La horquilla desventurada;
Mas quedando á aquel un tercio
De ella en las manos, con tanta
Furia descargó al hidalgo
Un golpe, que ni la adarga
Le valió, ni evitar pudo
Que un hombro le destrozara
Haciéndole dar en tierra
Desfallecido y sin habla.

Llegábase allí entre tanto
El infeliz Sancho Panza

Que corriendo jadeante
De esta manera gritaba:
—Basta, no le dé otro palo;
Mire, hermano de mi alma,
Que es un pobre caballero
Encantado, que no trata
Ni trató en su vida, de
Hacer mal á nadie; basta,
No le pegue, no le mate,
Que sería acción malvada.

Guardó silencio el villano;
Mas no fué porque escuchara
Los ruegos del escudero
Que corriendo se acercaba,
Si no por ver que el hidalgo,
Inerte como una estatua,
Ni mano ni pie bullía
Ni señal de vida daba.
Teniéndole, pues, por muerto,
Se alzó la túnica blanca
Y dió á huir por la pradera
Demandando al miedo alas.

Llegaron en esto todos
Los que al hidalgo acompañan,
Inclusos los cuadrilleros
Que sus ballestas preparan;
Y temiendo un mal suceso
Ó una próxima batalla,
Alzados los capirotes,
Puestos á su vez en guardia
Los disciplinantes, giran
En derredor de las andas.
Sus disciplinas empuñan
Y los ciriales agarran
Dispuestos á defenderse
Y á ofender con tales armas.
Mas la fortuna lo hizo
Mejor que todos pensaban,
Pues Sancho no hizo otra cosa
Que arrojarle con mil ansias
Sobre el cuerpo del hidalgo,
Y vertiendo un mar de lágrimas

Sobre él hizo la más triste
Y más risueña plegaria
Ó llanto, creyendo muerto
Á quien tan de veras ama.

El Cura fué conocido
De otro cura que allí estaba,
Y esto á los dos escuadrones
Dió sosiego y confianza.
El primer Cura al segundo
Explicó en breves palabras
Las cosas de Don Quijote;
Y una vez vuelta la calma
Á los inquietos espíritus
Trataron de ver si estaba
Muerto en efecto el hidalgo;
Mas antes que esto lograran
Sólo vieron al cuitado
Dolorido Sancho Panza,
Que arrancándose el cabello
Y mesándose las barbas
Deshecho en copioso llanto
Diz que así se lamentaba.

CL

Lamentaciones.—Vuelta al hogar.

—FLOR de la caballería
Que con sólo un garrotazo
Acabaste la carrera
De tus bien gastados años!
¡Oh, honra de tu linaje,
Gloria y honor de los campos
Manchegos y hasta del mundo
Entero, que de tí falto
Quedará lleno de yiles
Malhechores y bellacos!
¡Oh, liberal sobre todos
Los más grandes Alejandro!

Pues sólo por ocho meses
Que á servirte me consagro
Me diste la mejor ínsula
Que rodea el mar salado!
¡Oh humilde con los soberbios
Y arrogante y temerario
Con los humildes; ilustre
Acometedor de agravios
Y peligros; sufridor
De afrentas; enamorado
Sin causa; sabio entre todos
Los que el mundo llamó sabios;
Imitador de los buenos,
Fiero azote de los malos,
Enemigo de los ruines,
De los follones espanto;
Y en fin, caballero andante
En tiempos tan aciagos
Que es cuanto decirse puede,
¿Cómo no oyes que te llamo?

Con las voces y gemidos
Que hablando así daba Sancho,
Cuenta la veraz historia
Que al fin revivió su amo;
Y las primeras palabras
Que salieron de sus labios
Fueron estas:—Quien de vos
Vive ausente y apartado,
Dulcísima Dulcinea,
No espere mejores tratos.
Ayúdame, Sancho amigo,
Á ponerme sobre el carro
Encantado, pues no estoy
Para andar puesto á caballo
Y tengo el hombro derecho
Por desdicha hecho pedazos.
—Eso haré de buena gana,
Señor mio, dice Sancho:
Volvámonos á la aldea
De la que lejos no estamos
En compañía de aquestos
Señores, pues ó me engaño

Mucho, ú os tienen afeto
Y no han de ir á dañarnos.
Una vez allí, daremos
Orden de hacer con recato
Otra salida que sea
De más provecho y aplauso.
—Bien dices, Sancho; replica
Con parsimonia su amo,
Y hasta creo que es prudente
Aguardar á que los astros
Cambien en bueno, el influjo
Que agora parece malo.»

El Canónigo y el Cura
Y el Barbero lo aprobaron
Todo, diciendo que era
De hombres cuerdos el ser cautos.
Y poniéndole en su jaula
Como antes, celebrando
Las muchas simplicidades
De que hacía gala Sancho,
La procesión su camino
Siguió, volviendo á sus cánticos.

Despidióse el buen cabrero
De todos; los ya cansados
Cuadrilleros, deseosos
De volverse se mostraron,
Y el Cura les satisfizo
El jornal estipulado.
Finalmente, dió el Canónigo
Al señor Cura un abrazo
Suplicando aquél á éste
Que le avisase del caso
Si sanaba Don Quijote
Como deseaban ambos.
Fuéronse todos, excepto
El Cura, el Barbero y Sancho,
Y el boyero unció sus bueyes
Moviéndose al fin el carro.

Iba el triste caballero
Sobre un haz de heno echado
Y con la más rara flemma
Creyó seguir en su encantó.

Seis días, seis días lentos
Fueron de este modo andando,
Y un domingo al medio día
En la aldea penetraron.
Llena se hallaba la plaza
De hombres desocupados,
Y llenas las puertas todas
De mujeres y muchachos.
Los cuales, viendo la jaula
Y dentro de ella al hidalgo,
Mostráronse al punto todos
Con razón maravillados.
Llegó la noticia á casa
Del manchego temerario,
Y su sobrina y su ama
Rompieron en triste llanto.
Y fué cosa de gran lástima
Oir sus desesperados
Gritos, y las bofetadas
Que á sí mismas se pegaron
Dando las greñas al viento
Y al infierno los libracos
De andantes caballerías
Que á Don Quijote robaron
El seso en hora menguada
Poniéndole en tal estado.

CLI

Teresa ó Juana.

· Á las nuevas de la vuelta
Del valeroso manchego
La mujer de Sancho Panza
Vino á buscarle al momento
Preguntándole ante todo
Si venía el asno bueno.
—Mejor viene que mi amo,
Dice al punto el escudero,

Y ella replica:—¡Bendito
Sea Dios que tal bien me ha hecho!
Y agora, amigo, contadme:
¿Qué bien sacásteis de vuestros
Viajes y escuderías
Y vuestros largos paseos?
¿Qué saboyana traeis
Para mí? ¿qué sayal nuevo?
¿Qué zapaticos y medias
Que luzcan los hijos vuestros?
—A decir verdad, responde
Sancho, yo no os traigo eso;
Mas os traigo, mujer mía,
Cosas de mayor momento
Y consideración.—Pues digo
Que recibo gusto en ello.
Mostradme, amigo, al instante
Esas cosas, que deseo
Alegrarme el corazón
Que estuvo tan descontento
Y tan triste, en estos siglos
En que ausente, os dí por muerto.
—En casa os las mostraré,
Mujer, ensanchad el pecho
Y por agora las gracias
Dad al Señor; que en saliendo
Otra vez con mi amo en busca
De aventuras, vereis presto
Convertido á Sancho en Conde
Ó en Gobernador, y dueño
De una insula que sea
Tamaño como un gran reino.
—Mucho, señor, me holgaría
De cuanto me estais diciendo,
Aunque no sé lo que es insula.
—Tienes razón, no se ha hecho
La miel, para dar en boca
Del asno; sólo te advierto
Que á su tiempo lo verás,
Y que te dará contento
El oír que señoría
Te llamarán con respeto

Tus vasallos.—¿Qué me dices,
Sancho, que ya no te entiendo?
—No te acucies, Juana (28) cállate;
Guarda, si puedes, silencio,
Y sábetelo solamente
Que es cosa de mucho precio
Y lo más lindo del mundo
Servir á los caballeros
Andantes, que van buscando
Aventuras; pues si es cierto
Que algunas salen torcidas
Y hay golpes y manteamientos,
Yo sé de propia experiencia
Que es cosa linda por cierto
Ir atravesando montes,
Escudriñando senderos,
Pisando peñas, cruzando
Selvas y bosques inmensos,
Visitando los castillos
Y las ventas, dando al cuerpo
Lastre y gusto al apetito,
Sin pagar ningún dinero,
Con otras cosas que callo
Y habré de contarte luego,
Si bien digo, que hay maletas
Con escudos de por medio.»

De este modo conversaba
Con su mujer, el travieso
Y positivista Sancho,
En tanto que el caballero
Don Quijote, es en su casa
De gran pesadumbre objeto.
Cuidadosas la sobrina
Y el ama, en su antiguo lecho,
Después de verle desnudo
Le echaron con mucho tiento.
Él en tanto las miraba
Con atravesado gesto
Sin caer acaso en cuenta
De lo que con él han hecho.
Finalmente, el señor Cura
Á las dos contó en secreto

Las trazas que él y maese
Para traerle se dieron;
Y al encargarlas que cuiden
De que no se escape luego,
Otra vez los malos libros
Con el alma maldijeron
Y á los que escriben patrañas,
Y mentiras y embelecós.
Con lo cual se retiraron
Al punto el Cura y Barbero
Dejando postrado en cama
Al valeroso manchego.

.....

CLII

Nebulosidades.

Duró mucho la dolencia
Del insigne caballero?
¿Volvió á salir por el mundo
De amor y esperanzas lleno?
¿Tornó á ejercer Sancho Panza
Las funciones de su empleo?
Y en tal caso ¿en qué aventuras
Ambos á dos se metieron?
Grandes nebulosidades,
Noticias vagas, recuerdos
Misteriosos envolvían
Tan intrincados sucesos.
Súpose sólo al principio
Que se esparció por los pueblos
Comarcanos, la noticia
De haber el hidalgo muerto.
Después se supo que varios
Importantes académicos
Del lugar de Argamasilla
Epitafios escribieron
En honor de Don Quijote,

De su entusiasta escudero,
De la simpar Dulcinea,
Y hasta (el caso es algo feo)
De Rocinante y del asno
Que con nadie se metieron.
Después salió á luz un libro
De un autor tordesillesco
Que oculto tras un seudónimo
Mostróse injusto y grosero. (29)
Insultando al gran Cervantes,
Autor del Quijote viejo
Y legítimo, se puso
Á dar un Quijote nuevo.
Mas CERVANTES, que aun estaba
Lleno de vida y de ingenio,
Rebosando en justa ira
Mató al intruso soberbio,
Y otra vez sacando á plaza
Al Quijote verdadero
Demostró que aun existía
El ingenioso manchego,
Según hallará el curioso
Que quiera seguir leyéndonos,
Y que en la parte segunda
Verá casos estupendos.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

NOTAS

(1)

Tú, cuya cuna modesta
Fué ocasión de cien litigios
Como lo fué la de Homero
Entre los pueblos antiguos.

(DEDICATORIA Á CERVANTES, página 5.)

Sabrán nuestros lectores, y si alguno lo ignora creemos oportuno manifestárselo, pues no siempre se ha de escribir sólo para las personas doctas y eruditas, que una vez muerto Cervantes, el cual jamás consignó en sus escritos el nombre de su pueblo, con lo que se demuestra que no debió irle muy bien en él, fueron muchas las poblaciones de España que se disputaron la posesión legítima de la verdadera cuna de aquel inmortal escritor cuya fama póstuma fué cundiendo de día en día á pasos de gigante, entre naturales y extranjerros. Madrid, Sevilla, Lucena, Esquivias, Toledo, Consuegra, Alcázar de San Juan y Alcalá de Henares, se disputaron durante un largo período de años, y casi con encarnizamiento, aquella especie de gloriosa paternidad; siendo las dos últimas de las antes citadas poblaciones las que con mayor razón continuaron adelante con su pleito. Las tradiciones que se conservan en Alcázar de San Juan, de haber vivido allí un Miguel de Cervantes, y el existir en sus libros parroquiales una partida de bautismo en que consta que fué cristianado en dicha población en 9 de Noviembre de 1558 un niño hijo de Blas de Cervantes Saavedra y de Catalina López, al cual se le puso el nombre de Miguel, daban gran fuerza á estas argumentaciones. Alcalá de Henares, por su parte, poseía entre sus antiguos registros eclesiásticos otra partida de igual índole en la cual se consigna que fué bautizado allí en la parroquia de Santa María, también con el

nombre de Miguel, otro niño que nació el día 9 de Octubre de 1547, siendo sus padres Rodrigo Cervantes y la mujer de éste, Doña Leonor de Cortinas. A la vista de tales documentos los demás pueblos, incluso el de Consuegra, donde se ha encontrado en estos últimos tiempos otra partida de bautismo haciendo constar que en 1.º de Septiembre de 1556 Diego Abad de Árabe, clérigo, bautizó á Miguel, hijo de Miguel López Cervantes y de su mujer María de Figueroa, al margen de cuya partida hay una nota en la cual se afirma que aquel Miguel fué autor de *Los Quijotes*, tuvieron que desistir por razones poderosas, de sus pretensiones y disputas, quedando Alcázar y la antigua *Cómpluto* en posesión de sus pretendidos derechos que todavía siguieron disputándose, alegando la primera entre otras, la importante y significativa circunstancia de figurar en el documento legal que posee, el apellido Saavedra que Cervantes usó constantemente en vida; y apoyándose la segunda en la concordancia de ciertas fechas y muy principalmente en que Cervantes, ó sea el verdadero autor del Quijote, asistió como soldado y perdió su mano izquierda en la célebre batalla naval de Lepanto, ocurrida en 1571, fecha en que sólo hubiera tenido 13 años á ser el nacido en Alcázar, siendo por lo tanto mucho más verosímil que lo fuese el bautizado en Alcalá que ya contaba 23. Por esta razón, que no deja de ser convincente, y por que en la partida de rescate de nuestro héroe y en algún otro documento se indica que fué natural de Alcalá, la opinión pública ha dictado su fallo en favor de esta última famosa ciudad; mas no por eso ha dejado de protestar Alcázar, como puede verse por el libro que con el título de: «Juicio analítico del Quijote» publicó en 1863 D. Ramón Antequera, Alcalde que fué de Argamasilla de Alba, el cual, aunque con falta de buen estilo literario y sobra de inútiles disquisiciones, no ha dejado de hacer algunos curiosos comentarios.

De todo lo antedicho, se deduce que los contemporáneos de Cervantes y los inmediatamente sucesores de éstos, se cuidaron muy poco entonces de averiguar la gloria que pudiera caber á la verdadera patria de nuestro esclarecido novelista. Por estas razones ha dicho con sobra de justicia el sensato y estudioso escritor Sr. Benjumea, que «los pueblos semejan á los buitres, aficionados á carne muerta. pues abandonan á sus hijos cuando vivos y luego se disputan sus cadáveres.»

Y antes que este reputado escritor hemos dicho nosotros en nuestra continuación de EL DIABLO MUNDO de Espronceda:

«Que al vivo niegan con el pan la gloria
y prestan luego adoración á un nombre.»

(2)

«Que entre duelos engendraste
Ó en calabozo sombrío.»

(DEDICATORIA, página 6.)

Es opinión muy generalizada la de que Cervantes concibió y escribió la primera parte de *El Ingenioso Hidalgo*, hallándose detenido arbitrariamente en la cárcel de Argamasilla, por efecto de cierta célebre y estupenda alcaldada; y que en la persona de su héroe trató de poner en ridículo á cierto hinchado hidalgo manchego, llamado Quesada, Quijada ó Quijano, que fué el que le prendió. También se dice que quiso zaherir á un tal Rodrigo Pacheco, pero nosotros opinamos, que sus intentos debían tener mas altos fines, pareciéndonos improbable que una obra de tal magnitud y trascendencia, fuese hija de una tan rápida improvisación, hallándose su autor en tales condiciones y circunstancias. Más lógico nos parece creer que la escribió en Sevilla, durante su larga permanencia en dicha capital, y lo corrobora el saber que Lope de Vega citó mucho antes de estar Cervantes en Argamasilla el título del *Quijote*. Dió sin duda lugar á la suposición que antes hemos apuntado, y tal vez á la supuesta prisión de Argamasilla, que va perdiendo mucho de su crédito, el haber dicho Cervantes que aquel espiritado hijo de su imaginación había sido engendrado en una cárcel; mas aparte de que puede creerse que hablaba en sentido figurado aludiendo á las estrecheces, miserias, privaciones y pesares de su azarosa vida, ¿quién sabe si ya no pasó alguna vez la sombra del andante caballero por la precoz imaginación de nuestro autor, cuando éste se hallaba en las obscuras mazmorras argelinas? De todas maneras, causa verdadero asombro el que un hombre tan combatido por la desgracia, como lo fué Cervantes, pudiese escribir sin amilanarse y sin caer en el más profundo desaliento, una obra tan aguda y llena de donaires que encerraba á la vez tan provechosas y admirables enseñanzas.

(3)

«Blanco de Paz te calumnia,
Lope te insulta engreído,

Te excomulga un sacerdote
Y un juez te cuelga un delito.*

(DEDICATORIA, página 6)

Juan Blanco de Paz, fué un avieso y envidioso fraile dominico, natural de Montemolín, que estuvo cautivo en Argel con Cervantes, y que delató á éste, cuando intentaba realizar una escapatoria con otros cristianos españoles á quienes ayudaba un renegado llamado Girón. Salvó á Cervantes de una muerte segura y terrible su serenidad, su valor, su juventud y su abnegación unidas al alto concepto que de su ingenio y de su virtud tenían los demás cautivos y hasta los mismos moros incluso su rey; pero Blanco de Paz, convertido en vil soplón del Santo Oficio, del cual se fingía comisario, escribió á España acusando á Cervantes de tibio en la fe cristiana, y calumniándole de mil maneras, dignas de la universal reprobación que después ha recaído sobre el nombre de aquel miserable. Estas calumnias pesaron siempre en el ánimo de las gentes crédulas ó malvadas, amargando en muchas ocasiones el alma del que se sentía herido alevosamente, sin que le valieran los certificados de buena conducta que trajo a su vuelta de Africa, y la serenidad de su conciencia. Con razón se ha dicho que de la negra calumnia siempre queda algo.

*
* *

Tal vez por tales motivos sufrió ingratos desdenes, por parte de algunos hombres de raro talento que debieron admirarle. El gran Lope de Vega, que en vano quiso competir con Cervantes escribiendo novelas en prosa, trató á éste con un despego que rayaba en feo y grosero insulto. Tal vez no existían más causa ni razón que la de verle abatido por la desgracia y que había medrado tan poco en su carrera militar, puesto que no pasó de soldado; pero así y todo, nuestro héroe merecía mayor consideración y estima por su valerosa conducta en Lepanto, por su noble integridad probada mil veces, y por el genio que revelaban sus inmortales escritos. Lope de Vega, estrechado tal vez por su propia conciencia y por el concepto público, llegó á confesar que aquel tullido valía algo; pero arrepentido después, le injurió más ó menos en secreto, bien por sí, ó bien por medio de sus amigos, entre los cuales se contaba el supuesto Avellaneda.

*
* *

La excomunión lanzada contra el autor de *Don Quijote* fué sin duda un acto impremeditado, por el mismo que la fulminó y que sin duda no turbó mucho la tranquilidad de la con-

ciencia del excomulgado; pero que de todas maneras, debió perjudicarle en el ánimo de las personas timoratas. «Don Diego de Valdivia, alcalde que era de la Real Audiencia de Sevilla, dice el señor Benjumea en su Novísima historia de Cervantes, dióle orden y comisión, de que fuese á la ciudad de Écija y tomase y embargase el trigo que en sus fábricas estaba para el servicio del Rey. Cervantes hubo de cumplir esta orden al pie de la letra; pero contra el beneplácito de la autoridad eclesiástica de dicha ciudad, que fulminó contra él censura y excomunión.» «Este hecho increíble, añade el señor Benjumea, que muestra la irritabilidad de los señores Provisor y Vicario de aquella Diócesis, y cuán prontos estaban para lanzar á cada paso, y contra inocentes, tan terribles rayos, se halla perfectamente comprobado.»



Hallándose Miguel de Cervantes casi en los extremos de su poco afortunada existencia, vino también á amargársela un incidente que nuestro célebre escritor y laureado poeta D. Manuel José Quintana explica del siguiente modo:

«Al tiempo en que se publicó la primera parte del *Don Quijote*, vivía Cervantes con su familia en Valladolid, donde la corte se hallaba, y como la suerte quisiese hacerle pagar con un desaire la palma literaria que acababa de conseguir, aguardó á aquella ocasión, para uno de los más amargos desabrimientos que pudieran sucederle. En un encuentro que hubo junto á su casa entre dos caballeros la noche del 27 de Junio de aquel año (1605) fué herido mortalmente uno de ellos llamado Don Gaspar de Ezpeleta, natural de Navarra, joven y dado, según la costumbre de entonces, á rondas y á galanteos. Dió voces, pidió socorro, y cayendo y levantando, con la espada desnuda en una mano y el broquel en la otra, se acogió al portal de la casa de Cervantes. Acudió éste á los gritos del herido, y entre él y otro morador de la casa, le subieron á la habitación de Doña Luisa de Montoya, viuda del cronista Esteban de Garibay, que también allí vivía. Murió Ezpeleta en la mañana del 29, y de resultas de las diligencias judiciales practicadas para la averiguación de aquel funesto lance, Cervantes, su hija Doña Isabel de Saavedra, su hermana Doña Andrea, y la hija de esta Doña Constanza de Ovando, fueron puestos en la cárcel sin que valieran al escritor sus canas y sus respetos, ni á ellas su sexo y su calidad.»

Este proceso al cual aluden el señor Quintana y otros varios biógrafos de Cervantes, fué hallado no hace muchos años, y extractado y comentado por el erudito señor Pellicer,

y si bien se viene por él en conocimiento de la inculpabilidad de nuestro gran novelista, respecto al desafío y muerte de Ezpeleta, desde luego se vé que ha sido origen del cúmulo de infames calumnias con que hasta en nuestros días ha procurado alguien afeár la conducta del príncipe de nuestros ingenios, suponiendo que pudo vivir al calor de ciertas femeninas granjerías. Consta, en efecto, en dicha causa, que todas las señoras que vivían en aquella casa, y que fueron llamadas á declarar, se echaban unas á otras la nota de recibir malas visitas; mas aparte del significativo testimonio del Sr. Benjumea, que luego citaremos, y por el cual se puede conocer, que curiales interesados pudieron malear el curso y letra de las actuaciones, sabido es hasta dónde pueden llegar los agravios y desagravios mujeriles y la falta de compasión con que muchas veces suelen tratarse recíprocamente, en particular si existen ofensas ó rivalidades entre ellas. De todos modos, no es digno, ni lógico, ni admisible, el creer que el bravo y pundonoroso militar, el eminente escritor, que tenía la conciencia de su valer; el hombre en fin que había soporado su pobreza con heroica resignación, siempre entregado al trabajo, que suele ser el antídoto de los vicios y de los crímenes, llegase á prostituirse y envilecerse hasta el punto de trocarse en miserable rufian de nadie, y menos de personas tan allegadas y queridas. Esta grosera y malvada suposición que deshonra más al que la hace que al mismo contra quien se dirige, viene á demostrarnos, que sólo la lejana posteridad ha sabido hacer respetables los merecimientos de quien cometió el horrible delito de ser pobre, siendo á la vez tan grande.

Hay que advertir al propio tiempo, que en la época á que nos referimos, la fama de Cervantes estaba ya bien cimentada, y que aunque le faltaba el apoyo de los políticos y cortesanos, en cuyos círculos no cabía su carácter independiente y veráz, el Conde de Lemos le protegía; el público recibía sus obras con gusto, y al fin y al cabo, algo debían producirle éstas, para atender siquiera á sus más apremiantes necesidades sin descender á ninguna clase de bajezas ó inmoralidades.

Se desprende, pues, de todo lo dicho, que nuestro célebre manco de Lepanto, sufrió un injusto atropello por parte de un juez y de una curia que obraron con pérfida intención ó con sobrada ligereza, queriendo colgarle el milagro de la muerte de Ezpeleta. Y esta opinión nuestra la confirma plenamente el referido señor Benjumea, quien al ocuparse en el incidente á que nos referimos, se expresa de este modo:

«Como era consiguiente, dice, la justicia comenzó la sumaria en averiguación del hecho, y aunque Cervantes no tuvo otra parte que la de su héroe en todas las desdichas, que

fué ayudar y socorrer al doliente y menesteroso, tuvo la desgracia de ser atropellado por el juez y preso en unión con su familia. Tomáronle declaraciones, y su inocencia se mostró tan al descubierto, que á los seis días fué puesto en libertad, igualmente que los suyos, cosa notable en aquellos tiempos, en que la acción judicial no solia ser muy expedita, y que habia muy alto en favor de la absoluta inculpabilidad de los atropellados.

A lo cual añade luego el significativo y substancioso párrafo que sigue:

«Recientes averiguaciones dan por resultado que la dama en cuestión (la que fué causa del desafío y muerte de Ezpeleta), era mujer de un escribano de punta en Valladolid, y dicho se está que para salvar la honra de un funcionario público de tantas uñas y valimiento en aquella época, no se encontró víctima más á propósito que el noble caballero que corrió á socorrer á un herido. No en balde cuando ocurre una desgracia huyen los hidalgos españoles á todo correr, por no verse envueltos como testigos en las causas criminales.»

Hasta aquí el mencionado escritor; nosotros sólo añadiremos que así se juega en muchas ocasiones con la honra de los hombres por más que ellos sean probos é inocentes. Un *error judicial*...! buena está la palabra; bien nos parece la calificación; pero si el error envuelve una terrible sinrazón, un verdadero crimen, ¿dónde está la vindicta humana que no aplica el condigno castigo y no exige la debida responsabilidad á los jueces inconscientes que incurren en tan trascendentales ligerezas?

¡Cuántas veces se haría Cervantes estas observaciones en los seis días que duró su prisión! Y si hubiera podido adivinar las abominables deducciones y los falsos comentarios que de ello habían de sacar algunos en lo sucesivo, fundándose en aquel proceso vicioso, ¡cuántas amarguras no hubiera devorado!

(4)

Á un señor Duque de Béjar

Rica joya ofreces tímido,

Y él, desdeñándote, muestra

Que de tal favor no es digno.

(DEDICATORIA, página 6).

«El Duque de Béjar, cuya protección buscó Cervantes para la primera parte del Quijote, después de admitir dificultosa-

mente este obsequio, alzó la mano en los favores que le dispensaba, instigado de un fraile cuya autoridad era grande en su casa. Dicen que Cervantes retrató al vivo el carácter de este impertinente, en el eclesiástico con quien altercó D. Quijote: El religioso, pues, y Cervantes, eran incompatibles. Venció el primero, y el Duque, olvidando al escritor, se llenó de ignominia á los ojos de la posteridad irritada de su preferencia.» (Pellicer) (Quintana).

Véase á su tiempo lo que decimos acerca de este particular, en una de las notas que acompañan á la segunda parte de este ROMANCERO.

(5)

•Por falsos Avellanedas

Te miraste escarnecido.

Te robaban é insultaban

Cometiendo dos delitos.

(DEDICATORIA, página 6.)

Había publicado Cervantes en 1605 su gran novela, que en la primera edición dividió en cuatro libros; y andaba ocupándose en redactar la continuación de la misma, cuando con gran sorpresa suya llegó á sus oídos, la inverosímil é inesperada nueva de que acababa de ver la luz pública, otro libro titulado segunda parte ó tomo segundo del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, que contiene (decía) su tercera salida, y es la quinta de sus aventuras, compuestas por el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas, con licencia en Tarragona, en casa de Felipe Roberto; año de 1614, en 8.º

Nueve años tardó este miserable intruso en confeccionar su obra, y durante tan larga fecha, conservó siempre la animadversión á Cervantes que se traduce de aquella, de la cual tuvo éste noticia cuando tenía muy adelantada su segunda parte.

Como aun nos hemos de ocupar de tan indigno escritor, sólo diremos aquí que según todas las probabilidades, Cervantes conoció su verdadero nombre, y que el P. Murillo y D. Juan Antonio Pellicer, opinan que aquel supuesto autor de Tordesillas era un fraile dominico, compositor de comedias y aragonés, llegando algunos á asegurar que era el confesor de Rey. Como quiera que sea, la posteridad sólo ha concedido á su nombre y á las groseras injurias con que atacó á Cervantes, el más profundo desprecio.

(6)

«Que es tu prosa fácil verso
Según suena en mis oídos.

(DEDICATORIA, página 7.)

No diremos, como aseguró el célebre literato Don José Marmerto Gómez Hermosilla en su *Arte de hablar en prosa y verso*, que el *Quijote* de cuya obra era sumamente apasionado, se halle escrito en verso. Esta afirmación que raya en la hipébole y en la paradoja, hizo reír á muchos, particularmente á ciertos y determinados versificadores, que careciendo de oído poético tienen que ir contando por los dedos, y una á una las sílabas de las rimas que con improbo trabajo componen. Por lo demás, el señor Hermosilla no fué del todo exacto al hacer semejante afirmación. La obra imperecedera de que tratamos está escrita en admirable, castiza y gallarda prosa; pero hay en ella tales cadencias, giros tan encantadores y tal dulzura y tan admirables armonías, que desde luego puede asegurarse que apenas existirá un sólo libro escrito en castellano que se preste con más facilidad á los giros de la más galana y perfecta metrificaci6n; pudiendo asimismo afirmar por nuestra parte que apenas nos ha costado trabajo alguno el convertir en romance algunos pasajes. La descripción que hace Don Quijote, hablando con Vivaldo, de las prendas personales de su simpar Dulcinea; el cuento que Sancho refiere á su amo hallándose ambos en Sierra Morena; la carta que dirige Don Quijote á su amada; la escena del encantamento de ésta; las palabras que una voz misteriosa dirige al caballero del Lago y otros muchos que sería demasiado prolijo enumerar, están escritos de tal suerte y con tan admirable y poética dicción, que más que en prosa parece que están escritos en verso.

Se hallan á cada paso intercalados en su admirable prosa, octosílabos y endecásílabos tan llenos y rotundos que hemos juzgado oportuno intercalar algunos en nuestro ROMANCERO. Entre otros muchos recordamos los siguientes:

«Al volver de una punta de una peña

.....
Dando voces por estas soledades

.....
Que la fortuna, de mi mal no harta,

Tiene tomados los caminos todos

.....
Término de la humana gentileza.

Con otros muchos que sería demasiado prolijo citar.

(7)

•Y deja en cien lenguas cultas
Sus altos hechos escritos.»

(DEDICATORIA, página 7.)

Antes de pasar á mejor vida, pudo sentir Cervantes la legítima satisfacción de ver traducida su obra en casi todas las lenguas cultas de Europa. En las notas que acompañan al segundo tomo de nuestro ROMANCERO añadiremos algo referente á este particular.

(8)

¡Feliz loco que así piensa
Realizando altos prodigios!
Feliz loco una y mil veces
Que admirarse al mundo hizo!

(DEDICATORIA, página 8.)

Quisiéramos ser muy sobrios, sumamente parcos, al redactar las presentes notas, sabiendo, como sabemos, y no debemos olvidar, que particularmente en lo que vá transcurrido del presente siglo, se ha tratado hasta la saciedad, de Cervantes, de sus obras y de su época; sin que haya habido un sólo escritor ni un sólo periodista, de más ó menos encumbrados vuelos literarios, que haya dejado de echar su cuarto á espadas con motivo de ese manoseado asunto, que no por eso deja de ser siempre interesante.

La abundancia de pareceres y de más ó menos importantes y concienzudos estudios, ha venido á darle proporciones extraordinarias, y á ofrecer datos curiosísimos y vida y vigor á la controversia; pero por mucho que se haya discutido acerca del valor intrínseco, de la importancia de *El Quijote*, y del éxito asombroso que obtuvo su publicación, particular-

mente en el extranjero, donde fué mayor la resonancia, todavía creemos que no se ha pronunciado el último fallo ni la última palabra. Y como nosotros, por el trabajo que hemos emprendido, y porque hemos analizado esa magnífica obra, nos creemos en el deber de dar nuestra humilde opinión sobre ella y sobre su autor, rogamos á nuestros lectores que nos dispensen las proporciones extraordinarias que damos á estas mal pergeñadas líneas, y que nos permitan dejar correr la pluma un poco desahogadamente.

Han dicho algunas personas doctas, y así lo vemos consignado en el «Diccionario enciclopédico» y en el «Diccionario biográfico», publicados por la casa editorial de Gaspar y Roig, dirigido el primero por literatos y hombres políticos eminentes, que si bien el gran mérito de Cervantes está reconocido universalmente, *tiene quizá la tacha de haber combatido un fantasma, ridiculizando las costumbres caballerescas que ya habían caído en completo descrédito.*

Nosotros nos conformaríamos con semejante opinión, y la acataríamos por proceder de personas tan caracterizadas y dignas de respeto, si no tuviéramos formado un concepto completamente distinto de la verdadera intención profundísima que ocultaba Cervantes al escribir la historia de su amojado y valiente caballero. Ingenioso Hidalgo le llamó su autor con absoluta y discretísima propiedad, y muy ingenioso tenía que ser en efecto para no herir las quisquillosas susceptibilidades de los poderosos de su época, promoviendo los enojos del Santo oficio, que no le hubiera perdonado jamás la idea de poner abiertamente en ridículo las extravagantes costumbres y las negras creencias que á la sazón preponderaban en aquella sociedad devota, fanática, intolerante y supersticiosa.

Han creído algunos que nuestro célebre novelista quiso poner en evidencia y combatir con las poderosas armas del ridículo, la tendencia constante de los Carlos y Felipes de la decadente dinastía de la casa de Austria, tan amiga de avasallar al mundo entero y tan descalabrada en todas partes donde quiso establecer ó consolidar su dominación. Los que han opinado de esa manera han creído entrever en la desdichada figura del asendereado caballero, la personificación de aquella política invasora y desatentada que costó á España tanta sangre y tantísimos tesoros además de la despoblación del reino. Nosotros no rechazamos ni nos adherimos á esa sospecha que puede ser tan verosímil como aceptable; pero estamos firmemente persuadidos de que los móviles ocultos que inspiraron la magnífica concepción de el Quijote, que tanto éxito obtuvo en las naciones más cultas de Europa, eran mucho más levantados y transcendentales, según hemos dicho y según más adelante procuraremos demostrar.

Volviendo por el pronto á nuestro tema anterior, debemos decir que Cervantes era demasiado conocedor de la literatura de su época, para no comprender desde luego que los vanos, mentirosos y disparatados libros de la andantesca caballería, eran cuerpos caducos y casi putrefactos. Existían á la sazón las novelas *tupanurias*, tales como *La Dorotea* de Lope de Vega y *La Celestina*, comenzada por Rodrigo de Cota ó por Juan de Mena, continuada por Fernando de Rojas y puesta en verso más tarde, al menos una parte de ella, por Pedro de Urrea que imprimió este último trabajo en Logroño en 1613; habiendo obtenido dicha obra tan notable éxito que llovieron imitaciones sobre ella; pudiendo afirmarse desde luego, que vino á iniciar el género realista ó naturalista, lleno de desnudeces y obscenidades, que hoy han puesto tan en boga, presentándolo como cosa flamante, el famoso novelista francés Mr. Emilio Zola y cuantos se han apresurado á seguir su escuela, imitándole con más ó menos afortunado éxito.

Además de las antes citadas producciones (*La Dorotea* y *La Celestina*) llamadas impropriamente comedia la una y architragedia la otra, pero que jamás pudieron caber en el teatro, á pesar de estar dialogadas, conocíase también en España, cuando Cervantes escribió su obra maestra, las novelas del llamado género *picaresco*, de que fueron buenas muestras *La vida de Lazarillo de Tormes, sus fortunas y adversidades*, que se publicó en Amberes en castellano el año de 1553, reimprimiéndose un año más tarde en la misma ciudad y en la de Burgos, lo cual demuestra el buen éxito que obtuvo; y la titulada *El Picaro Guzman de Alfarache*, compuesta por el sevillano Mateo Alemán. Tanto esta como la anterior hallaron numerosos imitadores entusiastas y fueron continuadas por otros escritores con mayor ó menor acierto y con más ó menos próspera fortuna.

Existía asimismo en aquella época la novela sentimental llamada *amatoria*, cuyo género inspiró las tituladas *Aurelio é Isabela hija del rey de Hungría*, que escribió Juan de Flores, mereciendo esta obra el ser traducida en lengua italiana, francesa é inglesa; la llamada *Historia de los amores de Clarea y Florisea*, compuesta por Alonso Nuñez de Reinoso, natural de Guadálajara y residente en Venecia, cuya obra, al decir de algunos literatos versados en tales lecturas, parece que fué algo imitada por Cervantes en los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, á no ser que en ello hubiese involuntarias coincidencias. Finalmente, entre las novelas de esta índole, más ó menos interesantes y entretenidas, figuraban en la mencionada época la *Selva de Aventuras* de Gerónimo de Contreras, otro libro del mismo autor, titulado *Dechado de varios sujetos* ó sea la historia en verso y prosa de algunos varones ilustres españoles; la *Historia de la Reina Sevilla*, de autor desconocido:

El libro de los honestos amores de Peregrino y de Finebra, por Hernando Díaz, impreso en Salamanca en 1548; *La enamorada Elisea*, original de Gerónimo de Covarrubias, que vió la luz pública en 1594, y otras varias que parece ocioso enumerar.

Entre otras obras de grato pasatiempo y de diverso carácter que D. Buenaventura Carlos Aribau en su «Discurso preliminar sobre la primitiva novela española» y sobre los novelistas anteriores á Cervantes, califica de *novela miscelanea*, se contaban *El Patrañuelo*, *La sobremesa* y *Alivio de caminantes*, de Juan de Timoneda; *Los cuentos* de Juan Aragonés, y *Los cuentos inéditos* de Alonso de Villegas; pero ninguna de estas producciones era digna de fijar la atención del inmortal autor del *Quijote*.

También existía en su tiempo la novela *histórica*, que abrió tan ancho campo á la literatura del porvenir y á las felices disposiciones de los hombres de viva imaginación y de esclarecido talento. «Un tal Antonio de Villegas (dice el señor Aribau en su citado Discurso), de cuya condición y sucesos no tenemos más noticia, dió á luz en Medina del Campo, año de 1565, un libro titulado *Inventario de obras en metro castellano*, y entre ellas se leen algunas páginas en prosa de un valor muy subido, que contienen la *Historia del Abencerraje* y la hermosa *Jarifa*. Remitimos á nuestros lectores, (añade), á esta lindísima composición, de que pudiera gloriarse la pluma más aventajada.»

Todavía, sin embargo, encerró mucho mayor mérito y obtuvo con justicia más general y unánime aceptación, el hermoso trabajo de Ginés Pérez de Hita, vecino de Murcia, autor célebre de las *Guerras civiles de Granada*, de cuya obra se han hecho numerosas ediciones, siendo tal su mérito y tan brillante su estilo, que como observa con justa razón el citado señor Aribau, si tomamos cualquier pasaje de esa obra, nos parecerá escrito modernamente por una diestra pluma, después que el lenguaje ha participado del progreso de los conocimientos en materias ideológicas. Parece que adivinó el modo con que habían de hablar los españoles más de dos siglos después que él.»

Tales eran las fuentes literarias que existían respecto á la novela, y tales los modelos que podían tomarse en cuenta cuando escribió Cervantes el *Quijote*. Los insípidos libros de la andantesca caballería, iban ya efectivamente de capa caída, y el espíritu exageradamente aventurero y caballeresco era una cosa completamente caduca, caída ya en desuso. ¿Por qué quiso nuestro inmortal novelista combatir con lo que se dice que era á la sazón un cadáver? ¿Es que quiso dar vida á un fantasma para aniquilarlo después? ¿Es que no estaban latentes y encarnadas en la sociedad las mil monstruosida-

des de tiempos anteriores? Y si éstas estaban arraigadas y eran permanentes, ¿de qué mejor modo podía ponerlas en evidencia, sin afrontar peligros y persecuciones sin cuento, que sacando a luz a un pobre loco aferrado á las antiguas tradiciones, crédulo hasta el fanatismo; soñador, visionario, sustentador de todo lo que pudiera ser absurdo, sobrenatural y maravilloso? ¿De qué mejor manera hubiera podido presentar á los hombres de su tiempo el espejo de la verdad donde pudieran ver exactamente reproducida la imagen de sus flaquezas, de sus miserias, de sus aberraciones y hasta de sus crímenes? ¿De qué mejor modo podía tratar de corregir sus costumbres, que deleitándolos y haciéndoles reír?

No dejaba de ser, sin embargo, sumamente difícil producir hilaridad á los graves y empingorotados familiares del Santo Oficio, al espíritu teocrático que todo lo avasallaba y al egoísmo é indiferencia de ciertos poderosos magnates y hombres de Estado que imponían sus orgullosos mandatos á las clases ignorantes y desvalidas.

Habían sido Europa y Asia un ensangrentado palenque en el cual se peleaba algunas veces por cosas grandes, sublimes y santas, y otras por objetos tan nimios y baladíes como la miserable albarda de un jumento y la abollada bacía de un barbero, que convirtieron en campo de Agramante la pobre venta situada en las llanuras de la Mancha, que tan admirablemente nos describe Cervantes. El poder feudal y la andantesca caballería habían dejado ya sus huesos en la codiciada Palestina; pero antes y después de iniciarse la gigantesca lucha sostenida con tanto empeño por los príncipes cristianos y por innumerables caballeros de todas las naciones con el fin de ganar el Santo Sepulcro, y de colocar en el trono de Jerusalén á Godofredo de Bouillón, habían renacido con tal fuerza las antiguas leyendas, que no hubo cruzado, por insignificante que fuese, que no fuera tenido por un héroe digno de competir con cualquiera de aquellos Doce Pares famosos á quienes la fábula había engalanado con maravillosos y estupendos atributos.

Cesaron las cruzadas, derrumbóse aquel nuevo imperio, se extinguió el feudalismo, callaron los magos y encantadores, pereció la flor y nata de los caballeros andantes, y acabaron los juicios de Dios y las pruebas del agua y del fuego; pero cuando parecía que estaba próxima una era de brillante y magnífica civilización, el espíritu pendenciero, la intolerancia y el fanatismo volvieron á crear nuevos conflictos, á engendrar nuevos monstruos y á intimidar los espíritus mas valientes. Los abusos de la teocracia, que una vez destruido el poderío de los señores feudales robusteció el de los reyes y príncipes, dieron margen á la Protesta y á la Reforma, y entre los pueblos cristianos se entibió una lucha san-

griente y enconada de las que fueron víctimas innumerables combatientes. Cundió el terror por todas partes; y la excomunión, el entredicho y los castigos fueron cada día más exagerados.

Allá en el tiempo en que vivía Cervantes se escribían ya muy pocos libros de caballerías; pero las creencias más absurdas se enseñoreaban del mundo, y las negras supersticiones se hacían cada vez mayores en las naciones más adelantadas de Europa. Alemania, Italia, Inglaterra y Francia, sin contar otros países mas atrasados, eran un inmenso semillero de preocupaciones absurdas, de falsos milagros y de errores comunes. Se creía en pavorosas apariciones de almas en pena; eran temidos los días climatéricos; temblaban las gentes ante la idea de que Satanás viniera á pedirles el alma; de que una vieja bruja les hiciera mal de ojo; de que un muerto viniese por permisión divina á demandar misas y demás sufragios; ó de que por las noches al doblar una esquina, ó al sentirse la campana de la queda ó del cubre fuego, cargase con sus cuerpos una legión de diablos, duendes, fantasmas ó hechiceros, con objeto de llevarlos á misteriosos antros poblados de vampiros sedientos de sangre humana, de astrólogos judiciarios, de practicantes de la magia negra ó de perversos expendedores de filtros, bebidas abortivas y toda clase de drogas infernales; todo lo cual endurecía las conciencias, engendraba terrores imaginarios y se traducía en los rigores de las leyes y en las sentencias que dictaban los Tribunales. No bastaba decapitar ó quemar á un reo. Antes de llevarle al cadalso se le pellizcaba con tenazas enrojecidas, y como si esto fuese poco, se vertía sobre aquellas quemaduras recientes, sobre aquellas heridas ó llagas horrorosas, aceite ó pez hirviendo y plomo derretido. Esta pintura sera demasiado sombría; pero es completamente exacta.

No hay precisión de asegurar, que España se puso al nivel y casi pudiéramos decir que á la cabeza de esta carrera de fatal retroceso y oscurantismo. Terminada la grandiosa epopeya, que también puede llamarse hecatombe, de su conquista, los cristianos vencedores fueron inexorables con los moriscos vencidos, pues no sólo les impusieron sus leyes y sus costumbres, sino que para conservar á todo trance la unidad religiosa les obligaron á renegar de sus creencias y de su culto; y como si no fuese bastante que se presentaran en público como fervientes católicos cristianos, se creó un tribunal poderoso y temible que debía fiscalizar todos los actos de su vida privada procurando sondear los senos más recónditos de sus inseguras y confusas conciencias. Entonces cualquier malvado pudo realizar sus venganzas y satisfacer sus odios acusando al vecino de haberse ejercitado en llevar á cabo los más abominables crímenes religiosos. Los odios de

raza ó el deseo de hallar recompensa, fingiéndose santurrones y devotos, convirtieron en delatores á muchos malvados ó fanáticos que decían haber sido testigos de actos diabólicos y de profanaciones terribles. Se acusaba á cualquier prójimo ó prójima de tener pacto con el demonio, y las brujas, los aparecidos, los duendes y los trasgos llenaron los espacios invadiendo los hogares y atemorizando las conciencias. Pobláronse los calabozos, funcionó sin cesar el tormento, y los dolores horribles que éste producía en las pobres víctimas arrancaban confesiones de hechos falsos é imaginarios que las llevaban muchas veces á la hoguera donde eran quemadas vivas ante numerosa concurrencia de personas reales, magnates y altos dignatarios que se gozaban viéndolas padecer y morir.

No tenemos tiempo, ni espacio, ni humor para extendernos en explicar tantos horrores producidos por el fanatismo, la hipocresía y la superstición. Los que quieran convencerse de que no recargamos el cuadro pueden ver, si gustan, á más de otras muchas obras en las cuales se describen aquellas repugnantes y pavorosas escenas, los célebres procesos incoados en aquella época y otras posteriores, y muy particularmente los seguidos por la Inquisición de Valencia en 1583 y 1653 contra Gracia Herrera y Esperanza Badía, acusadas de hechiceras. También es digna de especialísimo estudio la relación del Auto de fe celebrado en la ciudad de Logroño, en los días 6 y 7 de Noviembre de 1610 que comentó y publicó nuestro insigne compatriota el renombrado literato D. Leandro Fernández de Moratín. Allí se vé al diablo convertido en macho cabrío y en otras alimañas, siempre en constante comunicación con los pícaros procesados; y á las brujas y hechiceras adorando sapos repugnantes, embadurnando sus cuerpos con asquerosos untos, cabalgando sobre palos de sendas escobas, cruzando el espacio tañendo zambombas, panderas, gaitas ó castañuelas, al dirigirse todos los sábados á sus aquelarres, donde celebraban sus sombríos conciliábulos y sus lúbricas saturnales, en tanto que el *quiquiriquí* del gallo vigilante y madrugador no les anunciaba la venida de un nuevo día. Y todos estos absurdos y visiones se traducían en oscuros procesos; y las declaraciones de culpabilidad que arrancaba el trastorno físico y moral producido por la tortura, venían á ser como sancionadas por el inexorable tribunal sentenciador que aparentaba tomar en serio tan horribles despropósitos.

Tal era el negro cuadro que presentaba la sociedad europea en el período histórico en que floreció Cervantes; el cual como hombre de ingenio y de corazón, debió condenar en el fuero interno de su conciencia tantas y tan monstruosas aberraciones; formando el generoso y levantado propósito de

combatirlas ridiculizándolas; pero no siéndole posible atacarlos de frente porque esto le hubiera costado tal vez la libertad, y aun acaso la vida, recurrió á su poderoso ingenio y á su inventiva maravillosa poniendo de relieve con la magia de su estilo, con la novedad de sus risueñas imágenes, con sus bellas descripciones, con sus chistes chispeantes, con la infinita variedad de sus episodios, de sus tipos llenos de donosura y de sus máximas sublimes, todo lo que había de ridículo y de espantoso en aquellas costumbres odiosísimas; y como quiera que éste gran pensamiento no cabía en los estrechos moldes que le ofrecía la literatura de su época; como la fina sátira en que debía envolver su valiente, colosal y generoso intento no podía entrar en los límites de la novela lupanaria, de la novela picaresca y mucho menos de la sentimental y amorosa, ó en la histórica, vióse precisado á inventar y dar vida á un nuevo género festivo, lleno de encantadora novedad, y escribió un libro *sui generis* completamente suyo que nadie hasta hoy ha podido ni sabido imitar.

Su pensamiento, pues, era generoso y levantado; su tendencia altamente humanitaria. Fingiendo combatir á los fantasmas del pasado, combatía los del presente y los del porvenir. Los libros de la caballería andantesca fueron sólo un pretexto; la realidad estaba en las malhadadas costumbres y en las negras supersticiones que atacaba. Era preciso velar todo lo posible su tendencia humana y civilizadora, y así lo comprendieron los hombres ilustrados de todos los países que leyeron con avidez el *Quijote*. En vano insistió Cervantes en asegurar una y cien veces que su único propósito era dar al traste con las mentirosas leyendas caballerescas. Algo pudo haber de esto y mucho le valieron semejantes afirmaciones para librarse de terribles venganzas y persecuciones; pero es probable que el duque de Bejar, Avellaneda y otros muchos presintieran algo de lo que su feliz ingenio supo disimular de una manera admirable.

Desgraciadamente las quimeras y errores que nacen al calor de las ardientes fantasías del vulgo, suelen ser plantas nocivas y mortíferas que tardan mucho en desarraigarse. Cerca de un siglo después de haberse publicado la primera parte del *Quijote*, vemos subir el oleaje de la hipocresía y de la superstición por encima del elevado trono que ocupaba el infeliz rey de España D. Carlos II, á quien se hizo creer que tenía los enemigos en el cuerpo, y que con mengua de su egregia estirpe permitió que le exorcizaran. Mucho más tarde el célebre y erudito Padre Feijoo, tuvo pie para escribir muchos volúmenes con el sólo objeto de combatir la idea de los falsos milagros, de las santidades apócrifas, de los días climáticos, de las mentidas apariciones, del mal de ojo, de los zahories, de los nigrománticos, de los saludadores y de otras

mil ficciones absurdas que á pesar de todo han llegado hasta nuestros días, puesto que aun existen personas tan ignorantes que creen en los duendes, en las almas que se aparecen y en otros mil agüeros y quiméricas consejas.

No obsta esto, sin embargo, para que dejemos de estar persuadidos de que Cervantes vertió con gran éxito las semillas de la verdadera ilustración que se va difundiendo por todas partes, y que si ahora pudiera levantar la cabeza aquel ingenio eminente, le sería lícito exclamar con legítimo orgullo: — «Yo fui el primero que presentando á mi sublime loco en abierta lucha con tanto trasgo y tantos accidentes preternaturales, conseguí ahuyentar las nubes pavorosas que ocultaban ese sol resplandeciente que ilumina hoy los horizontes del presente y del porvenir de la humanidad.»

(9)

Y aún que aprendan de memoria
Algún pasaje los niños?

(DEDICATORIA, página 10).

Al ocurrírsenos la idea que expresan los anteriores versos, creíamos ser los primeros que intentaran poner al alcance de las imaginaciones infantiles lo mismo que de los lectores adultos amigos de la brevedad, la gran obra del inmortal Cervantes. Posteriormente y cuando llevábamos muy avanzado nuestro trabajo, llegó á nuestras manos un libro de autor anónimo titulado «El Quijote de los niños», en el que descartando y abreviando, sin más que suprimir pasajes, la historia del *Ingenioso Hidalgo*, se reduce considerablemente su volumen, aunque al reducirlo conserva siempre su sabor clásico. A pesar de esto, que á nuestro juicio le ha de hacer poco grato y seductor para los lectores á quienes se dedica, obtuvo excelente aceptación, como lo prueba el estar declarado de texto para las escuelas por el Consejo de Instrucción pública, y el haberse hecho de ella seis ediciones hasta el año 1877, fecha del ejemplar que tenemos á la vista.

Nosotros, que hemos trabajado muchísimo para poner al alcance de todas las inteligencias nuestro ROMANCERO, sin hacer horribles mutilaciones y procurando conservar todo lo más saliente de la admirable obra de Cervantes, deseáramos obtener los estímulos y el buen éxito que alcanzó al parecer, el libro de que queda hecha mención.

(10)

«Que se apellidó Quijano»

(ROMANCE II, página 16).

A pesar de que Cervantes hace decir á su héroe al ocuparse de las glorias de antiguos caballeros andantes, que él descende por línea de varón de los Gutierre *Quijada*, en cambio pone en boca del Cura al hablar de D. Quijote en las famosas aventuras de la venta, el apellido *Quijano*.

En la obra titulada «Juicio analítico del Quijote, por Don Ramón Antequera» trata este de demostrar con verdadera prodigalidad de detalles, que el verdadero apellido era Quijano, y que este existió realmente. Nosotros nos contentamos con indicar los dos que le asigna Cervantes.

(11)

Seis días ya transcurrieron
Y mi señor no parece.

(ROMANCE XI, página 39).

En todas las ediciones del Quijote que hemos tenido á la vista dice el ama lo siguiente:

«Seis días ha que no parece él, ni el rocín, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí!»

Y sin embargo, la ausencia del ingenioso hidalgo, en su primera salida, sólo duró dos días con una noche, pasando esta en la venta en donde fué armado caballero. Según el curioso cómputo hecho por el ilustre y laborioso Académico de la lengua D. Vicente de los Ríos, D. Quijote salió por primera vez de su casa en busca de aventuras el día 28 de Julio de 1604 y volvió el 29 del mismo mes y año.

Hay que creer que Cervantes incurrió en una equivocación, ó que quiso indicar que el ama mentía exagerando á sabiendas la gravedad de su situación.

(12)

..... Casi todos
Pasto de las llamas fueron.

(ROMANCE XI, página 40).

El capítulo VI del *Ingenioso Hidalgo*, donde el Cura y el

barbero llevan á cabo el escrutinio de la librería de D. Quijote es, tal vez, la parte de aquella gran joya literaria donde su inmortal autor da más pruebas de su facundia y fina sátira, á la vez que de un conocimiento perfecto de la literatura de su época. En este capítulo se pasa revista á un gran número de obras y de autores, poniendo de relieve en pocas, pero intencionadas frases, los defectos de las unas, las bellezas de otras, y la valía de aquellos, sin que entre los últimos se olvide Cervantes de sí mismo poniendo en boca del licenciado, á propósito de *La Galatea*, las siguientes frases: «Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena intención, propone algo y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete; quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega, y entre tanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre.»

De las demás obras y autores de que se hace escrutinio, con galano estilo y concienzuda crítica, son condenadas al fuego, tras de ligero examen, las tituladas: *Las Sergas de Esplandian*, *Amadis de Grecia*, *Don Olivante de Laura*, *Florismarte de Hircania*, *El caballero Platir*, *El caballero de la Cruz*, *Palmerín de Oliva*, *La Diana Segunda del Salmantino*, *El Pastor de Iberia*, *Ninfas de Henares*, *Desengaño de celos*, *Bernardo del Carpio* y *Roncesvalles*.

Después de destinar al fuego las expresadas obras, son exceptuadas de dicha pena las de *Amadis de Gaula*, por ser la primera en el género de la caballería andantesca; *Espejo de caballerías* por contener algo verdadero de la historia de Francia; *Palmerín de Inglaterra* por estar compuesto por un discreto rey de Portugal; *D. Belianis* condenado sólo á destierro con la *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*, por contener menos exageraciones que los otros. Pasando luego de las obras de caballería á las poéticas, son salvadas del fuego: *La Diana de Jorge de Montemayor* después de pequeño expurgo; *La Diana*, de Gil Polo, *Los diez libros de Fortuna de amor*, por Antonio de Lofraso, *El Pastor de Filida*, *Tesoro de varias poesías*, *El cancionero*, de López Maldonado, *La Galatea*, *La Araucana*, de Alonso de Ercilla, *La Austriada*, de Juan Rufo, *El Monserrate* de Cristóbal de Virués y *Las lágrimas de Angélica*.

Recomendamos la lectura del capítulo á que nos vamos refiriendo, ya que la índole de nuestra obra nos impide reproducirlo íntegro como quisiéramos, por ser una hermosa muestra del gran ingenio de Cervantes, á la vez que una brillante demostración de sus conocimientos literarios tan donosamente sentidos como magistralmente expresados.

(13)

«Dejar que en este torneo
Nos venzan los cortesanos.»

(ROMANCE XII, página 41.)

Aquí expresa Cervantes, valiéndose de la locura de Don Quijote, las grandes amarguras que debía sentir su corazón al verse manco, y cubierto de gloriosas cicatrices, viviendo en el abandono y la indigencia, mientras que el fastuoso valido del Rey, Duque de Lerma, que no quiso protegerle cuando volvió de su cautiverio, derramaba el oro y los honores á manos llenas sobre mil y mil infatuados y estúpidos cortesanos, que sólo sabían mentir, adular y arrastrarse ante el poderoso Ministro. Por eso dijo también Cervantes en otra parte «que el gobierno de S. M. trataba de proveer para que se socorriesen los soldados viejos y estropeados en servicio de la patria.» ¡Triste ironía y verdad amarga, que sin duda le proporcionaban mayor número de irritados é implacables enemigos, á pesar de verse tan ingeniosamente envueltas entre delicados y tupidísimos velos!

(14)

«Erupto se dice, Sancho.»

(ROMANCE XXI, página 62.)

Lo del erupto lo hemos anticipado tomándolo de la segunda parte.

(15)

«De erudición tan extraña
Tantas muestras multiformes.»

(ROMANCE XXXIX, página 107.)

Nada, en efecto, se ha escrito en lengua castellana que encierre tantas y tan perfectas bellezas como estas admirables fantasías creadas por la extraviada razón del *Ingenioso Hidalgo*. Todo el capítulo décimooctavo de la primera parte, es á no dudarlo un modelo de inventiva y de magnífica dicción, por lo cual recomendamos su lectura íntegra ya que no nos ha sido posible trasladarlos fielmente á nuestro ROMANCERO, como hubiéramos deseado.

(16)

«Ó gentes que algún delito,
Con sumo cuidado tapan.»

(ROMANCE XLIII, página 122.)

La aventura del cuerpo muerto conducido por los campos en medio de la noche, con tan temeroso y poco común aparato, ha hecho pensar á muchos discretos comentaristas que Cervantes quiso aludir y aludió de hecho á algún suceso misterioso y extraño acontecido en aquella época. Creyó Navarrete, y otros varios aceptaron su opinión, que nuestro gran novelista quiso referirse á la traslación de los restos de San Juan de la Cruz, de Úbeda á Segovia y restitución de Segovia á Úbeda, «en cuyas jornadas sucedieron grandes milagros de apariciones, voces y diálogos;» pero aparte de que esto no se ajusta bien al texto de la mencionada aventura, creemos más aceptable y factible lo que opina el Sr. Benjumea, quien recordando muy oportunamente lo muy apasionado que se mostró siempre Cervantes de su jefe militar y protector especial el célebre D. Juan de Austria, y teniendo en cuenta ciertos rumores sobre las antipatías de Felipe II hacia el vencedor de Lepanto y la muerte de éste, atribuida en público á unas *calenturas pestilentes* y en secreto á los efectos de un veneno administrado por orden del Rey, cree que sólo Cervantes pudo sacar á plaza semejante suceso apelando á los recursos de su traviesa, discreta y poderosa fantasía.

«La noche, la oscuridad (observa sobre esto el citado señor Benjumea), la manera de aparecer como *satanases del infierno* con la presa de un cuerpo muerto en sus manos, y el carácter anti caballeresco que toma D. Quijote trasformándose en Juez residenciador de los enlutados y teniendo á sus pies á un delincuente, son magníficos rasgos decorativos de la solemnidad y pavor del hecho que se recuerda y del interrogatorio que vá á tener lugar, después que hubo apaleado á todos los de la murmuradora comitiva. El responder el bachiller caído que el cuerpo muerto era de un *caballero*, (no dice *santo* ni *fraile*), el preguntar D. Quijote breve, curiosa é inquisitivamente ¿Quién le mató? El replicarle que Dios por medio de unas *calenturas pestilentes que le diéron*, la observación irónica, insinuante y sospechosa de incredulidad que hace el hidalgo, el desprecio y aun crueldad con que Sancho habla de los vencidos, cosa contra su carácter y su costumbre, y otras varias circunstancias y señales, sin olvidar que hay en este capítulo traza de recortes y supresiones á última hora en el manuscrito de Cervantes, todo concurre á ver una referen-

cia clara y manifiesta á lo ocurrido con D. Juan de Austria y no al suceso insignificante de fray Juan de la Cruz.

El autor del párrafo que acabamos de transcribir se extiende en otras consideraciones para demostrar la exactitud de sus asertos. Nosotros creemos que hay bastante con lo dicho y nos limitamos á llamar la atención sobre la singular destreza, admirable sagacidad y gran valor que necesitó Cervantes para escribir sobre tales cosas, reinando en España un hijo de Felipe II y estando como estaba ojo avizor el temido y suspicaz poder del Santo oficio.

(17)

Por romper una silleta
Delante del Papa, el Cid
Fué excomulgado de veras.

(ROMANCE XLIV, página 124).

Aquí respira Cervantes por su propia herida al hacer que D. Quijote aluda á la excomunión formulada contra el Cid, puesto que él como hemos insinuado, fué también objeto de entredicho. Es raro que la censura le permitiese tales desahogos cuando vemos en otros pasajes que debió someterse á muchas y muy raras y pueriles exigencias.

El hecho referente al Cid lo han consignado en sus páginas diferentes historiadores, y en uno de nuestros antiguos romances se explica de este modo:

«En la iglesia de San Pedro
Don Rodrigo había entrado.
Dó vido las siete sillás
De siete reyes cristianos,
Y vió la del Rey de Francia
Junto á la del Padre Santo
Y la del Rey, su señor,
Un estado más abajo.

Fuese á la del rey de Francia
Con el pie la ha derribado;
La silla era de marfil,
Hecho la ha cuatro pedazos

.....
El Papa cuando lo supo
Al Cid ha descomulgado;
Sabiéndolo el de Vivar
Ante el Papa se ha postrado.
—Asolvedme, dijo, Papa;
Sino seráos mal contado.

(*Romancero del Cid*).

(18)

«Llevando la hurtada prenda.»

(ROMANCE LIX, página 168).

La idea del robo del asno que llevó á cabo Ginés de Pasamonte, y que dá lugar á las graciosísimas lamentaciones de Sancho, debió ocurrirle á Cervantes cuando ya tenía terminada la primera parte y esta se hallaba próxima á imprimirse. Por esta razón, y no habiendo puesto cuidado en corregir oportunamente el resto del original, se nota más adelante en varios pasajes el contrasentido que resulta al decir que Sancho iba caballero en el rucio que ya no poseía. En la segunda edición aparece corregido en dos pasajes el indicado anacronismo; pero aun queda subsistente en otros tres. Tampoco se dan á conocer en dicha primera parte las trazas que se dió Ginesillo para hurtar el asno sin que Sancho lo advirtiese, cosa que sólo explica Cervantes en la segunda. Nosotros hemos anticipado esa explicación para evitar la repetición de advertencias inútiles.

(19)

«Que cargado con su albarda
Anduvo mas de una legua...»

(ROMANCE LIX, página 169).

Nada dice Cervantes respecto á lo que hizo Sancho con la albarda que quedó en su poder después de serle robado el rucio; pero dada la miserable condición del codicioso escudero, y dado que más tarde fué la citada albarda manzana de discordia y objeto de gran discusión en la famosa venta, es indispensable inferir que Sancho debió conservarla á todo trance y cargar con ella, según nosotros decimos.

(20)

Según es de conocida
En el mundo literario.

(ROMANCE XCIX, página 288.)

La novela del *Curioso impertinente*, verdadera joya de nuestra literatura, es conocidísima y ha servido más de una vez de patrón y norte á escritores de gran valía, tanto por la galanura de su estilo, cuanto por el interés de su fábula; aunque es opinión muy admitida que esta no fué ideada por

Cervantes, atribuyéndole algunos una antigüedad mucho mas remota. De todos modos, su mismo autor reconoció que no estaba en el Quijote más que ingerida ó intercalada. Por esta razón hacemos de ella tan brevísimo extracto.

(21)

«Maravillados del caso
Celebráronle á sus archas»

(ROMANCE CIII, pág. 302.)

En el romance que acaba con los dos versos precedentes hemos dejado correr nuestra pluma más allá de los límites que nos hemos trazado al procurar ajustarnos siempre á la esencia, cuando no al texto exacto del original; toda vez que en esta ocasión hemos puesto en boca de Cardenio frases enérgicas dirigidas á su rival. Creemos, no obstante, que el inmortal autor del Quijote no pudo, al escribir su obra, falsear el caracter de ese personaje episódico hasta el punto de convertirle, ya estuviese loco, ó ya cuerdo, como ahora lo estaba, en un sér tan abyecto, meticuloso y degradado, que al ver á Luscinda en brazos de su raptor, se sintiese intimidado hasta el inconcebible extremo de dejar que sólo su amada y Dorotea, afrontasen las circunstancias difíciles en que unos y otros se encontraban. En todos los pasajes anteriores, bien en sus accesos de demencia, ó bien en sus momentos de lucidez, el buen Cardenio apostrofó siempre al fementido hijo del Duque, tachándole de hombre sin fe y sin palabra; y al oír la sentida y triste historia de Dorotea contada por ella misma, su indignación sube hasta el punto de ofrecerle sus buenos servicios *prestándola juramento, por la fé de caballero y de cristiano, de no desampararla hasta verla en poder de Don Fernando; y que cuando con razones no le pudiese atraer, haria uso de su libertad de caballero para con justo título desafiarle.* (Capítulo XXIX de la primera parte.)

No se aviene con estos antecedentes, la conducta observada por el desesperado amante en aquel inesperado encuentro. Dice el texto, que al oír Cardenio el grito que dió Dorotea, salió despavorido del aposento inmediato y lo primero que vió fué á Don Fernando que tenía abrazada á Luscinda. También Don Fernando conoció luego á Cardenio, y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea, quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les había sucedido.

Parecía natural que Cardenio, enamorado, celoso y ofendido, manifestase de algún modo las explosiones de su justa ira, reconcentrada durante tantos días de locura y sufrimientos; mas no sucede así, siendo Luscinda la que arrodillada á los pies del aristócrata, declara su amor á Cardenio y le pide

que le quite la vida; oyendo lo cual Dorotea, que ha vuelto de un desmayo, viendo que aquél retiene todavía entre sus brazos á Luscinda, poniéndose también de hinojos ante su seductor, le pide gracia para ella que es su única, legítima y amante esposa; y sólo cuando el hijo del Duque movido por las razones de Dorotea, abre los brazos á ésta soltando á Luscinda, quien á su vez cae desmayada, vemos de nuevo aparecer á Cardenio, es decir, al amante ultrajado y ofendido que, según el mismo texto, «se había puesto á las espaldas de Don Fernando porque no le conociese, y que ahora pospuesto todo temor y aventurando á todo riesgo, acudió á sostener á Luscinda, etc.»

Aquí no sólo resulta rebajado y falseado el carácter de Cardenio, sino que además, se ve y se palpa la más flagrante contradicción, que no puede ser hija de las distracciones más ó menos frecuentes en que Cervantes pudo incurrir durante el largo transcurso de su complicada y amenísima obra. Se trata de un mismo capítulo, de unos mismos incidentes, y es imposible suponer con fundamento que cuando acababa de afirmar *que ambos rivales se habían visto y reconocido*, dijese casi á renglón seguido, que el uno, el más agraviado, fuera á *ponerse á espaldas del otro á fin de que éste no le reconociera*. ¿Y quién era, por otra parte, Don Fernando para infundir tanto pavor y tantas temerosas consideraciones? ¿Quién era aquel hombre ante el cual se mostraba Cardenio tan irresoluto y amilanado que no sólo guardaba inverosímil silencio después de tanto ultraje como de él había recibido, sino que ni aun siquiera osaba ponerse ante su vista?

Lo diremos de una vez: D. Fernando era hijo de un opulento Duque. ¿Tuvo miedo Cervantes al dedicar su obra al de Béjar, de herir las susceptibilidades de este potentado y de otros nobles que pudieran tener hijos semejantes? Para nosotros está fuera de duda, aunque no lo hayan consignado los comentaristas del Quijote, que el capítulo de que se trata debió sufrir grandes variantes y modificaciones de última hora, antes de ser entregado el manuscrito a la imprenta. Por esta razón y porque hoy no existe el miedo que entonces infundían aquellos magnates poderosos, hemos puesto en boca de Cardenio lo menos que éste podía decir á su altivo rival. En una palabra, hemos escrito lo que nos parece lógico, dada la situación de los personajes, y lo que en nuestro concepto debió escribir Cervantes de primera intención.

(22 y 23)

Me ví sólo, abandonado

(ROMANCE CX, página 323.)

Algunos escritores y comentaristas del Quijote, entre

otros el P. Sarmiento, creen ver en la historia de Rui Pérez de Viedma la disfrazada relación de los hechos acaecidos á Cervantes durante su cautiverio, llegando algunos hasta atribuir á la hermosa Zoraida la maternidad de una niña (Isabel de Saavedra) hija natural de aquél, y fruto de los novelescos amores descritos en la narración del cautivo. Nosotros, apoyándonos en las mismas atinadas observaciones que para destruir aquella opinión consigna el Sr. Fernández de Navarrete, creemos que si bien Zoraida no es un personaje nacido al calor de la fantasía del insigne autor de aquella historia, ni tal vez lo sea tampoco el mismo protagonista, no por eso alude en ella Cervantes á sus propias aventuras que no coinciden en puntos esencialísimos con los datos irrecusables que de ellas se conservan, pues ni él fué capitán, ni en su rescate intervinieron otras personas que no fueran su familia y el P. Gil, que fué quien trató con el rey Azán su amo, ni concuerdan, en fin, otros detalles referentes á Zoraida, si esta era realmente, como Cervantes la pinta, una poderosa y bellísima hija de un dignatario llamado Agi Morato. Mas bien nos inclinamos á creer que existiese la historia, y que conocida por Cervantes, así como el personaje Rui Pérez de Viedma, añadiese detalles de su propio cautiverio, reuniéndolo todo en tan interesante fábula, que adornó con todas las bellezas que le inspiró su fantasía.

Consignarémos, por último, como prueba que destruye la idea de las relaciones entre Zoraida y Cervantes, que consta que Agi Morato era en 1581 uno de los alcaides más ricos que vivían en Argel, el cual tuvo una hija que casó con Muley Maluch, rey de Fez, en 1576, según hace constar Antonio de Herrera en su *Historia de Portugal*.

Todo lo antedicho demuestra á nuestro parecer, que Cervantes mezcló con ingenioso artificio hechos verídicos y pasajes novelescos en la historia del cautivo, pero que sólo aludió ligeramente á sus propias aventuras.

(24)

Llamado tal de Saavedra

(ROMANCE CXI, pág. 326)

En este pasaje es donde realmente se alude Cervantes á sí mismo, al poner en boca del capitán Rui Pérez de Viedma, algunos elogios que por su moderación revelan su grandísima modestia. Su accidentada vida, constituye una verdadera novela, que bien quisiéramos poder extractar siquiera en nuestra obra; pero, privados de esto, consignaremos al menos á continuación, algunos detalles de su cautiverio, recomendando á aquellos de nuestros lectores que deseen co-

nocerla por extenso, los notables y extensos estudios biográficos de Mayans, Quintana y otros, y muy particularmente los de Ríos y Navarrete, que encabezaron con sus estudios las dos ediciones costeadas por la REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, cuya docta Corporación ha protegido en todo tiempo con extraordinaria y paternal solicitud, la inmortal obra de Cervantes.

Respecto al cautiverio de éste, que según todas las probabilidades comenzó el 26 de Septiembre de 1575, se han podido reunir curiosos é irrecusables datos. Sábese, pues, que fué apresado ó que correspondió en el reparto de presas al arraéz Alí Mamí ó Dalimamí, renegado griego, quien rindió la galera *El Sol* donde iba Cervantes, el cual debió defenderse valerosamente. Una vez cautivo, fué encerrado en el *baño real*, especie de corral donde depositaban los que, según la opinión del amo, habían de rescatarse; pasando luego á ser propiedad de Azán Bajá, que empezó su gobierno incautándose de la mayor parte de los cautivos de rescate, contándose entónces (hacia fines del año 1577) como hasta dos mil compañeros de infortunio, entre los cuáles se distinguió siempre nuestro inmortal autor. El motivo de pasar Cervantes á poder de Azán Bajá fué la intentada fuga de unos cristianos, descubierta y achacada á nuestro héroe, quien por su parte, no sólo pretendió cuatro veces escapar de su esclavitud, con grave riesgo de su vida, sino que concibió también el atrevido propósito de producir en Argel una revolución y entregar la ciudad al rey Felipe II, según refieren el capitán Gerónimo Ramírez, y el Doctor Antonio de Sosa, ambos amigos y compañeros de reclusión de Cervantes, que se captó las simpatías de la mayor parte de sus desgraciados compatriotas, tanto por su amable trato y sutil ingenio, como por su audacia, patriotismo y virtuoso proceder; debiendo exceptuarse de aquéllos, el doctor Juan Blanco de Paz, que según antes hemos dicho, era fraile dominico, y que llevó á tan alto grado su odio á Cervantes y sus villanas persecuciones, que no sólo delató al rey Azán uno de los proyectos de fuga de aquél, sino que según también hemos indicado, fingió tener autorización del Santo Oficio para proceder contra él y abrir una información en contra suya.

De tantas desgracias, de tan crueles pruebas, consiguió librarse Cervantes, viendo su honra acrisolada salir airosa por medio de una información que á su ruego se verificó en Argel en 10 de Octubre de 1580, ante el ilustre y M. R. Señor Fr. Juan Gil, redentor de España. En este documento, hacen cuantos testigos comparecen, toda clase de pronunciamientos favorables á nuestro insigne novelista, que gozoso con aquella prueba de sus buenos procederes, llegó á España á fines del año 1580, después de obtener su rescate por

la suma de 500 escudos, á la que contribuyeron su madre y hermanos, quienes ayudados del P. Gil, de la caridad de la Orden de Redentores y de algún particular, completaron la cantidad de 6.770 reales, á que según los curiosos cálculos que consigna en su obra el señor Navarrete, ascendió el total de gastos del rescate.

Una vez en su patria, lejos de realizarse sus legítimas pretensiones de adelantamiento, obtuvo como premio de sus trabajos y meritorios servicios, el abandono de unos y la indiferencia de los otros, no permitiéndonos la índole de nuestra obra seguirle paso á paso en la azarosa senda de su vida singular y extraordinaria.

(25)

Todos son marfuces.

(ROMANCE CXII, pág. 331).

La palabra *marfúz*, que significa *falso, pérfido, engañador*, pertenece al arábigo en el que Cervantes llegó á tener bastantes conocimientos por su larga permanencia en Argel; como lo prueba el haber arabizado su apellido trocándolo en CIDE HAMETE BENENGELI, pues según opinión de D. José Antonio Coude, BEN ENGELI, significa *cervat* ó *cervanteño*, con lo que se alude no sólo al apellido Cervantes sino á las armas que usaba esta ilustre familia, que tenía grandes ramificaciones en la Mancha.

(26)

Vendré por tí el primer juma.

(ROMANCE CXIII, pág. 338).

Quiere decir el próximo viernes.

(27)

Lleno de rústicos zafios,
De rufianes y de brujas.

ROMANCE CXXXVIII, pág. 424).

Como comprobación de lo depravado que se hallaba entonces el arte escénico, citaremos la opinión del Dr. Suarez de Figueroa, que así escribía del teatro de su época: «Representanse comedias escandalosas, con razonados obscenos y concetos humildísimos, lleno todo de impropiedad y falto de verosimilitud...»

«Allí habla sin modestia el lacayo, sin vergüenza la sirviente; con indecencia el anciano y cosas así.»

No es de extrañar, pues, en Cervantes el lenguaje que emplea al tratar de las comedias de su tiempo, ni el respeto que mostró hacia Lope de Vega, único que pudo encauzar algo la corrección de costumbres en el arte escénico.

(28)

No te acucies, Juana, cállate

(ROMANCE CLI, pág. 468).

Al principio de la obra llama Cervantes Mari Gutierrez á la que ahora nombra Juana. Ya hemos dicho y diremos algo, más adelante, de estas frecuentes y disculpables distracciones del inmortal autor del Quijote.

(29)

Mostróse injusto y grosero.

(ROMANCE CLII, pág. 470).

En la nota número 5 nos hemos ocupado ya del falso Avellaneda y de las diatribas é injurias que estampó en su obra contra Cervantes. Á ella remitimos al lector, así como á las de la segunda parte de nuestro libro, en las que hablaremos aún del insolente y malvado autor anónimo al cual nos referimos.

No terminaremos estas notas sin hacer presente que al comenzar nuestro ROMANCERO lo hicimos por puro pasatiempo; que nos estimuló más tarde la benévola acogida que dispensó á nuestro pensamiento una parte respetable de la prensa periódica de Madrid, de provincias y aun del extranjero, á la cual ofrecemos el leal y sincero testimonio de nuestra gratitud; debiendo añadir que al acabar hoy nuestro trabajo y al darle á luz, sólo abrigamos el propósito de refrescar la memoria de aquellos que hayan leído una ó más veces el *Quijote*, interesando al propio tiempo á los que no lo hayan leído para que no dejen de estudiarle con detención. Tal vez con esto lograremos llenar el vacío que produjo la falta del verdadero *Buscapie* que ofreció publicar Cervantes, el cual tal vez no llegó á ser escrito por éste, ó por desgracia para las bellas letras, debió perderse para siempre.

Madrid, Diciembre de 1889.

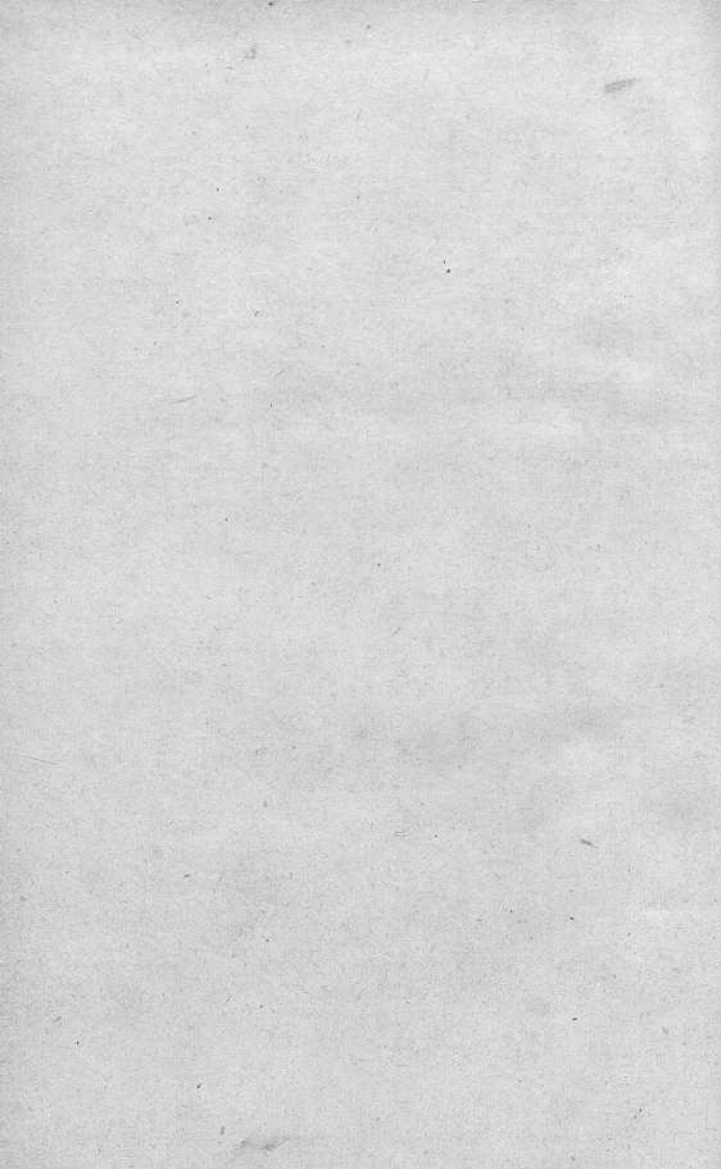
FIN DE LAS NOTAS.

ÍNDICE

Á CERVANTES.—DEDICATORIA, página 5.—Romance I. Vocación malhadada, 13.—II. Preparativos, 16.—III. La primera salida, 18.—IV. Cabe la venta, 20.—V. Paréntesis, 21.—VI. Don Quijote y el Ventero, 24.—VII. Vela de armas. Espalдарazos, 27.—VIII. Andresillo y su amo, 31.—IX. Á casa, 34.—X. Lluvia de palos, 35.—XI. Escrutinio, 38.—XII. Descanso forzoso, 40.—XIII. Segunda salida. Los molinos de viento, 43.—XIV. Don Quijote y Sancho. Pláticas familiares, 46.—XV. Los frailes y el coche, 47.—XVI. Petición de Don Quijote, 50.—XVII. Reto vizcaino, 52.—XVIII. Furia del caballero, 53.—XIX. Esperanzas de Sancho, 55.—XX. Juramento singular, 56.—XXI. Cabreros hospitalarios, 60.—XXII. Reflexiones de Don Quijote, 62.—XXIII. Medicina barata, 63.—XXIV. El enamorado Crisóstomo, 64.—XXV. Don Quijote abre su pecho, 66.—XXVI. El entierro. La aparición, 70.—XXVII. Tan discreta como hermosa, 73.—XXVIII. Deslices de Rocinante, 76.—XXIX. Los yangüeses, 78.—XXX. Efectos de una paliza, 79.—XXXI. Otra venta ó castillo, 83.—XXXII. Maritornes, 85.—XXXIII. El puño de un gigante, 88.—XXXIV. Un miembro de justicia, 90.—XXXV. Confidencias íntimas, 92.—XXXVI. El bálsamo de Fierabrás, 96.—XXXVII. Manteamiento, 99.—XXXVIII. Quimeras heroicas, 104.—XXXIX. La pedrada, 107.—XL. Nuevos contratiempos, 109.—XLI. Coloquios, 112.—XLII. Aventura espantable, 114.—XLIII. Afanes escuderiles, 119.—XLIV. Los temores de Sancho, 123.—XLV. Ruidos incomprensibles, 125.—XLVI. Valor y miedo, 127.—XLVII. Donde Sancho cuenta un cuento, 131.—XLVIII. Donde Sancho se

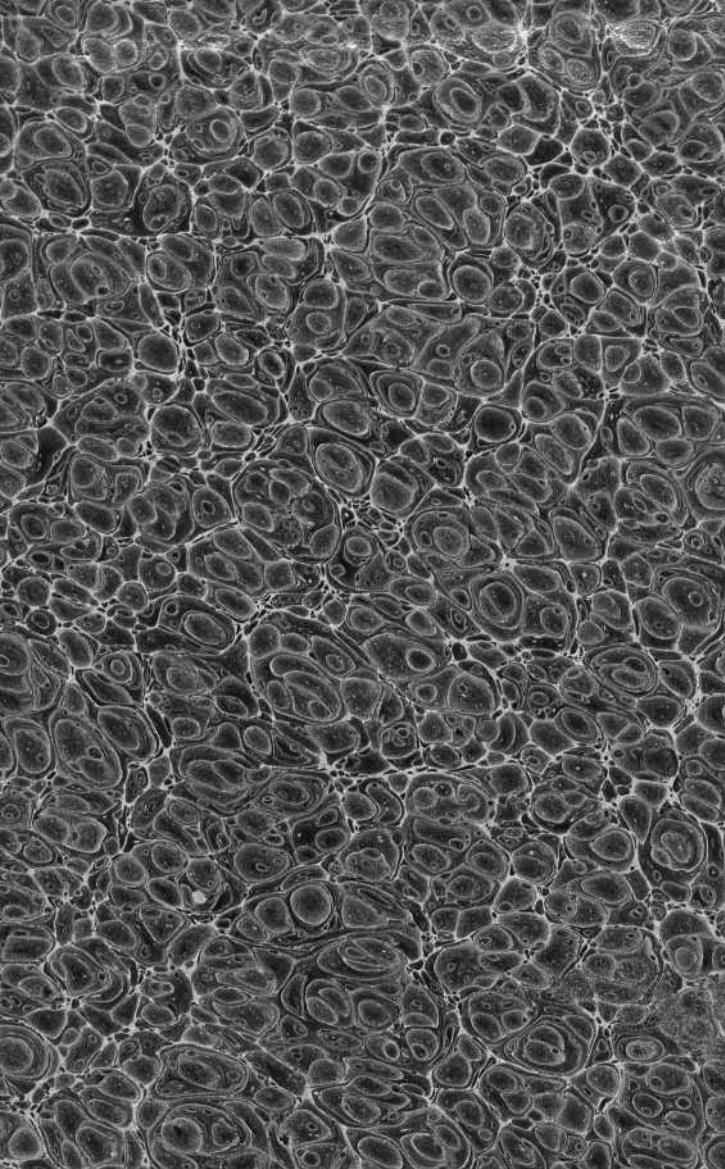
extralimita, 137.—XLIX. Á bromas de escudero, veras de caballero, 140.—L. La cuestión de los batanes, 142.—LI. El yelmo de Mambrino, 144.—LII. Dulces pláticas, 148.—LIII. Los galeotes, 151.—LIV. Sancho se conmueve, 154.—LV. Don Quijote se interesa, 156.—LVI. Triunfo, 161.—LVII. Derrota, 164.—LVIII. Precaución, 166.—LIX. La gran pena de Sancho, 167.—LX. Hallazgo en Sierra Morena, 170.—LXI. El desconocido, 172.—LXII. Encuentro, 175.—LXIII. Cardenio comienza su historia, 178.—LXIV. Sancho se despide, 183.—LXV. El mensaje, 187.—LXVI. La penitencia, 193.—LXVII. Apuros de un escudero, 195.—LXVIII. De cómo Sancho contó al Cura y al Barbero las hazañas de su amo, 199.—LXIX. Conspiración, 202.—LXX. El Cura y el Barbero encuentran á Cardenio, 205.—LXXI. Cardenio reanuda su historia, 208.—LXXII. Luscinda, 211.—LXXIII. Don Fernando, 213.—LXXIV. Un nuevo encuentro, 217.—LXXV. Dorotea, 220.—LXXVI. Nobleza y villanía, 221.—LXXVII. La promesa olvidada, 225.—LXXVIII. Triste y fugitiva, 229.—LXXIX. Reconocimiento, 234.—LXXX. La vuelta de Sancho Panza, 236.—LXXXI. Todos conspiran, 238.—LXXXII. La demanda, 241.—LXXXIII. A la lid, 244.—LXXXIV. Conjuración, 247.—LXXXV. El señor Licenciado se despacha á su gusto, 249.—LXXXVI. Sancho tira de la manta, 252.—LXXXVII. Palinodia, 254.—LXXXVIII. Historia de la Infanta Micomicona, 255.—LXXXIX. Fin de la historia, 258.—XC.—Alegrías de Sancho y su amo, 260.—XCI. El gozo en el pozo, 261.—XCII. Reconciliación, 265.—XCIII. Fausto suceso, 267.—XCIV. Dulcinea pintada por Sancho, 268.—XCV. Al Micomicón, 273.—XCVI. Otra vez Andresillo, 275.—XCVII. Mientras Don Quijote duerme, 279.—XCVIII. Obras caballerescas, 283.—XCIX. El curioso impertinente, 285.—C. Cuchilladas en..... cueros, 288.—CI. Diluvio de huéspedes, 293.—CII. La tapada, 295.—CIII. La voz del honor, 297.—CIV. Decepciones. Pena de Sancho, 303.—CV. Ligerezas escuderiles. Enojos de Don Quijote, 305.—CVI. Los que vienen y se irán, 309.—CVII. Llegada del cautivo y de su hermosa compañera, 310.—CVIII. Las armas y las letras. (Discurso de Don

Quijote), 313.—CIX. Donde el cautivo comienza su historia, 317.—CX. Sigue la historia, 321.—CXI. La caña benéfica, 325.—CXII. Zoraida. Carta morisca, 328.—CXIII. Entrevista, 332.—CXIV. Astucia mujeril, 338.—CXV. Rapto y fuga, 340.—CXVI. La maldición del moro, 344.—CXVII. Fin de la historia del Cautivo, 347.—CXVIII. El Oidor y su hija, 351.—CXIX. Temores y sobresaltos, 354.—CXX. Suceso feliz, 358.—CXXI. Los amores de Clara. Tristeza de Don Quijote, 362.—CXXII. Soliloquios, 364.—CXXIII. Lazos traidores, 367.—CXXIV. Los caminantes, 369.—CXXV. El reto. Sucesos varios, 373.—CXXVI. La venia. El amante de Clara, 377.—CXXVII. Un nuevo personaje, 380.—CXXVIII. El yelmo y la albarda, 381.—CXXIX. Prosigue el mismo pleito, 385.—CXXX. El campo de Agramante, 390.—CXXXI. Auto de prisión. Apóstrofes, 395.—CXXXII. Paz octaviana, 399.—CXXXIII. A la lid! Impertinencias de Sancho. Furia de Don Quijote, 402.—CXXXIV. Encantamento, 407.—CXXXV. ¡Pobre Don Quijote!, 411.—CXXXVI. De cómo todos abandonaron la venta, 414.—CXXXVII. Donde Sancho descubre el pastel, 418.—CXXXVIII. El Cura y el Canónigo, 424.—CXXXIX. Preguntas capciosas que hizo Sancho á su amo, 425.—CXL. Lógica inflexible, 428.—CXLI. Pláticas eruditas, 432.—CXLII. El caballero del Lago, 436.—CXLIII. La dama encantada, 439.—CXLIV. Una cabra fugitiva, 442.—CXLV. El cabrero cuenta su historia, 446.—CXLVI. El cabrero prosigue, 449.—CXLVII. Mientes como puños, 453.—CXLVIII. Puños como mientes. Los disciplinantes, 456.—CXLIX. El golpe de gracia, 460.—CL. Lamentaciones. Vuelta al hogar, 463.—CLI. Teresa ó Juana, 466.—CLII. Nebulosidades, 469.—NOTAS, 471.



170/64



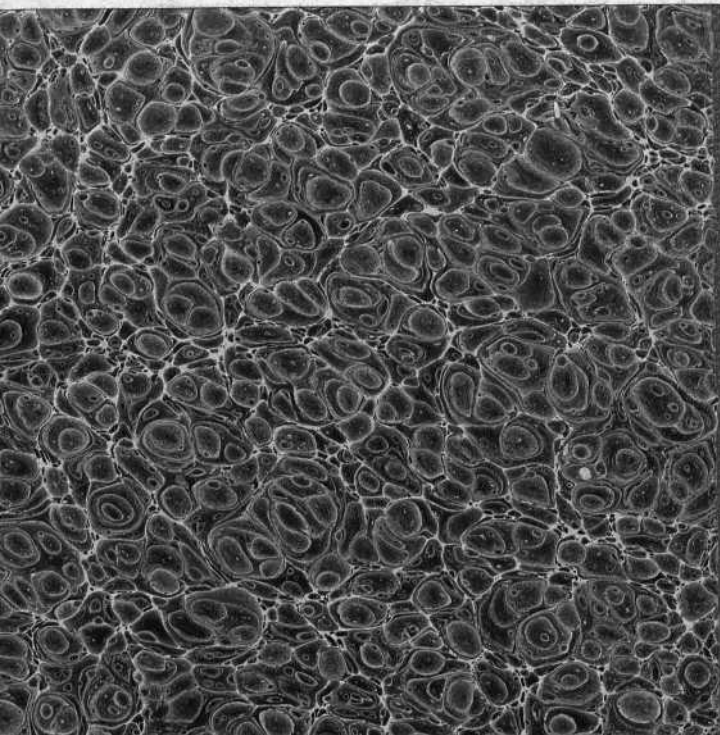


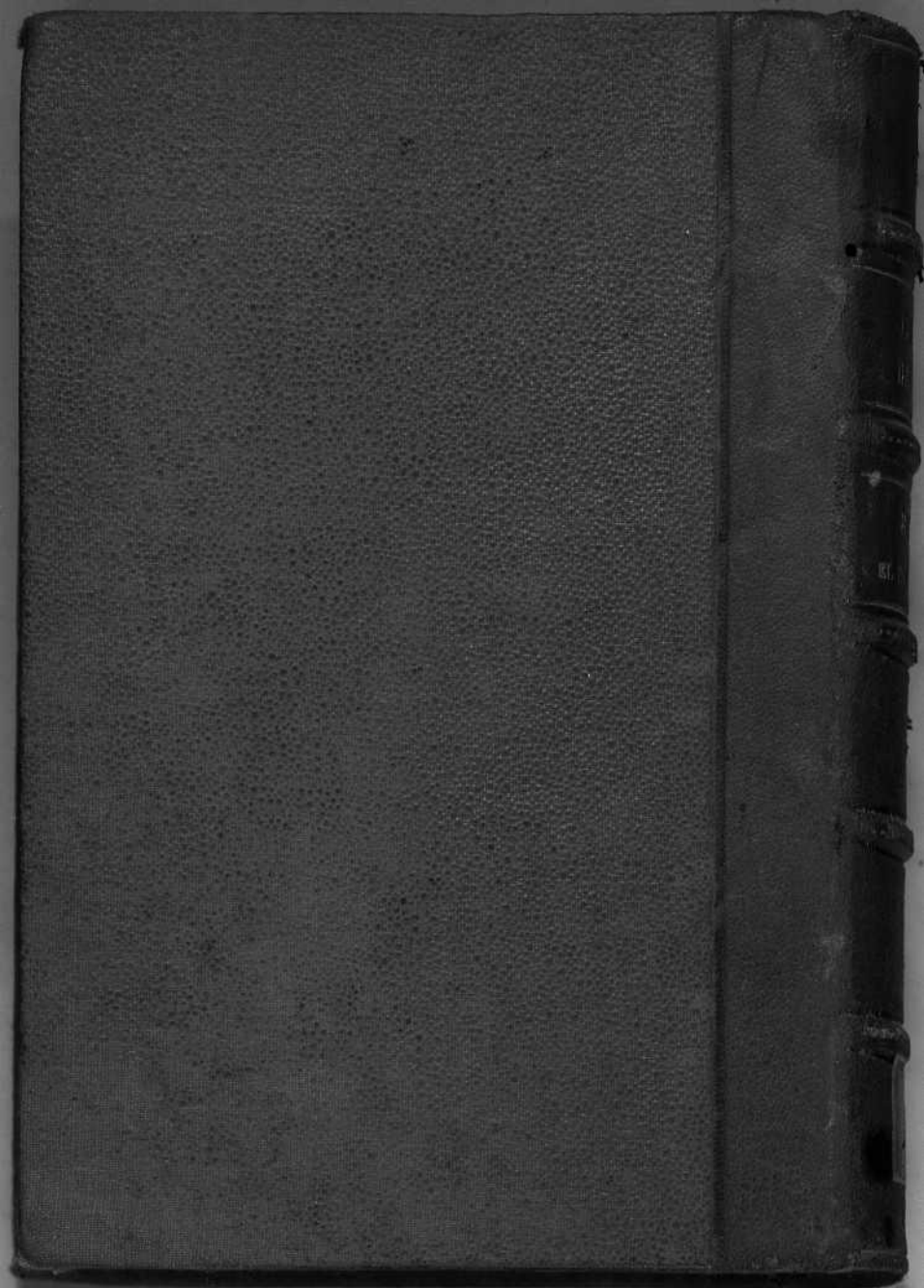
MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número.	4160	Precio de la obra.....	
Estante..	71	Precio de adquisición.	
Tabla.....	3	Valoración actual.....	
Número de tomos....			





CARRILLO
DE ALBORNOZ

ROMANCERO
DE
EL INGENIOSO HIDALGO

1

4160.

S C de A